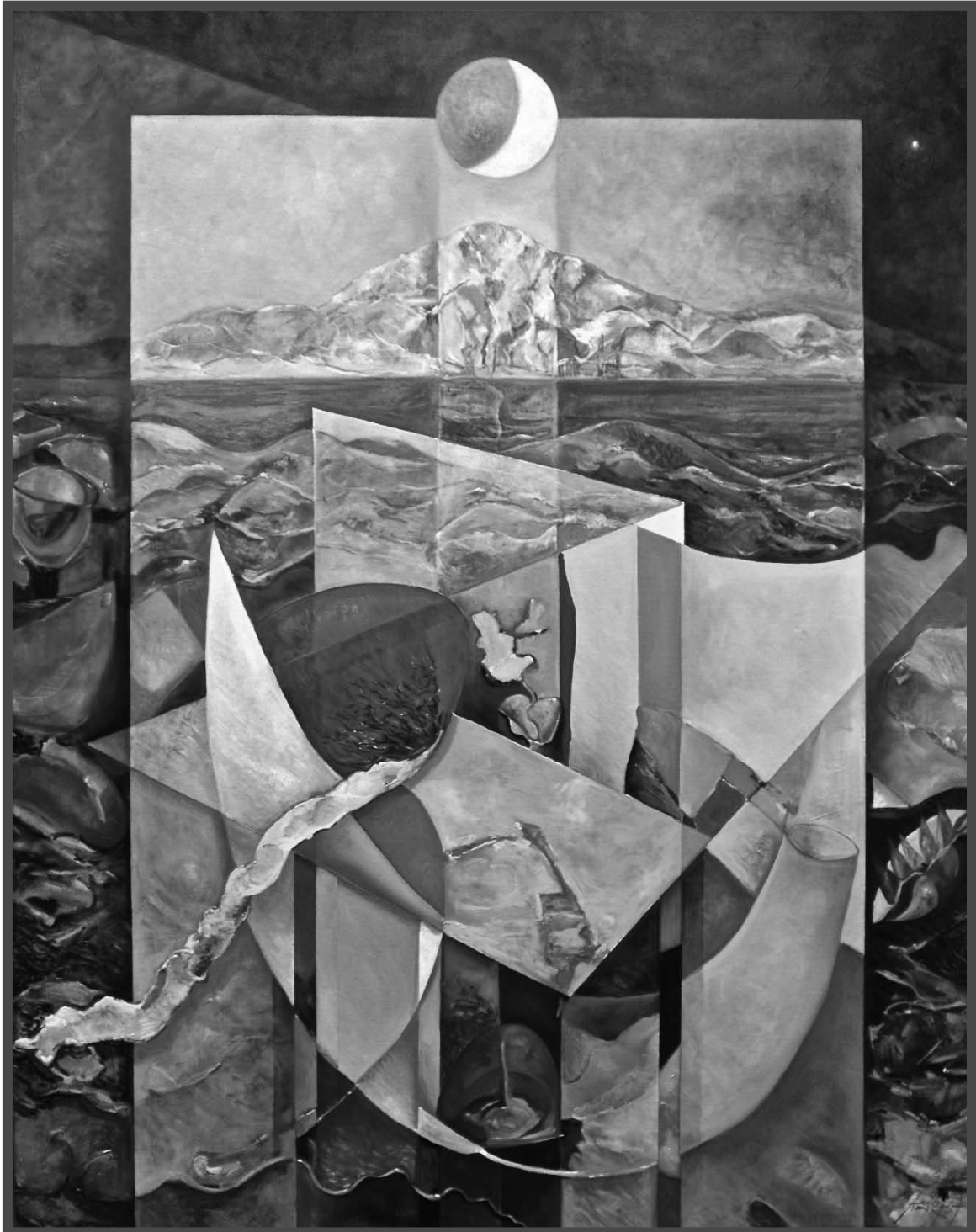


DOS ORILLAS



REVISTA INTERCULTURAL
AÑO 2014 XIII – XIV

Revista Intercultural DOS ORILLAS

Año 2014 – Nº 13-14

“EL ESTRECHO DE GIBRALTAR: FRONTERA LITERARIA”

Dirección:

Paloma Fernández Gomá

Responsable de edición:

Paloma Fernández Gomá.

Equipo de Redacción:

Juana Castro

Juan José Téllez

Mohamed Chakor

José Sarria

Manuel Gahete

Rosa Díaz

Ahmed Oubali

Encarna León

Webmaster:

Ramón Tarrío Ocaña

Responsable Medios de Comunicación:

Nuria Ruiz Fernández

Dirección y Administración:

Algeciras

palomafgoma@gmail.com

ISSN: 2255-1816

La Revista Intercultural “Dos Orillas” es una publicación que se edita con la colaboración de la Delegación de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Algeciras.

Número extraordinario editado en colaboración con



Sumario

Año 2014 – Nº 13-14

Los números 13 y 14 de la Revista Intercultural “Dos Orillas” son un monográfico dedicado a la literatura de viajes que, bajo el título de “**EL ESTRECHO DE GIBRALTAR: FRONTERA LITERARIA**”, ha sido coordinado por **José Sarria**.

[1] Bienvenida. “DOS ORILLAS: DECLARACIÓN DE LITERATURA Y VIDA EN EL ESTRECHO”. José Ignacio Landaluce Calleja. Alcalde-Presidente del Excelentísimo Ayuntamiento de Algeciras. Página 6.

[2] Introducción. Paloma Fernández Gomá. Directora de la Revista Intercultural DOS ORILLAS. Página 7.

[3] Preámbulo. ALGECIRAS Y EL ESTRECHO DE GIBRALTAR, ÚLTIMA FRONTERA LITERARIA. José Sarria Cuevas. Coordinador del monográfico. Secretario General de la Asociación Colegial de Escritores de Andalucía. Páginas 8-10.

[4] ENSAYO

Abdellatif Limami, Antonio Bravo Nieto, Carmen Vidal Valiña, Enrique Lomas López, Jesús Fernández Palacios, José Antonio González Alcantud, José Manuel Benítez Ariza, José Juan Yborra Aznar, Juan José Téllez, Luis Alberto del Castillo, María Antonia López-Burgos del Barrio, Maribel Lázaro Durán, Mohamed Abrighach, Mohamed Ahmed Bennis, Mustapha Adila, Rafael García Valdivia, Rajae Boumediane El Metni, Sergio Barce. Páginas 11-99.

[5] CREACIÓN LITERARIA (poesía)

Alberto Torés, Antonio Gala, Antonio Garrido Moraga, Aziz Tazi, Encarna León, Fernando de Ágreda, Francisco Morales Lomas, Jorge de Arco, José Sarria, Juan Cobos Wilkins, Juan Emilio Ríos, Juan José Téllez, Khedija Gadhoun, Manuel Gahete, María Victoria Atencia, Mohamed Ahmed Bennis, Mohamed Doggui, Nisrin Ibn Larbi, Nuria Ruiz, Paloma Fernández Gomá, Pilar Quirosa Cheyrouze, Rachida Gharrafi, Raquel Lanseros y Rosa Romojaro. Páginas 100-129.

[6] CREACIÓN LITERARIA (narrativa)

Ángel Olgoso, Karima Toufali, Mohamed Bouissef, Sergio Barce. Páginas 130-142.

[7] ÁLBUM FOTOGRÁFICO

Álbum fotográfico de las “Dos Orillas” realizado por el fotógrafo Pepe Ponce.
Páginas 143-156.

[8] ILUSTRACIÓN DE PORTADA

Ilustración del pintor campogibaltareño Juan Gómez Macías.

DOS ORILLAS: DECLARACIÓN DE LITERATURA Y VIDA EN EL ESTRECHO.

Desde la orilla literaria que acerca el corazón a sus intenciones, surca los mares digitales de la comunicación esta revista "DOS ORILLAS", que bajo el timón y la tutela de la escritora PALOMA FERNÁNDEZ GOMÁ, se torna en navío de la cultura, portadora en arte y parte del talento y la creatividad de ambas orillas del Estrecho de Gibraltar, desplegada en la geografía tan singular de esta porción de Andalucía, que desde Algeciras a Marruecos, firma una declaración de literatura y vida en El Estrecho, que todos suscribimos.

Y esta bienvenida, este prólogo no es sino una declaración de mis intenciones como Alcalde de Algeciras, a quien represento y que firmemente apuesta por este hermoso proyecto, y también en mi humana condición de lector, que me conduce indefectiblemente a participar de este convite literario y emocional que se nos avecina, y para quien deseo la longevidad literaria y la difusión que sin duda merece, el cotidiano trabajo y el generoso esfuerzo intelectual, que con la ilusión siempre presente, muestra al mundo esta algecireña que nació en Madrid, Paloma de la palabra, jugando al verso libre de vivir y compartir, idiomas y lecturas, bajo las formas digitales que hoy -los tiempos siguen cambiando- mueven al mundo y a sus fronteras físicas y humanas.

DOS ORILLAS, no es sino una maravillosa invitación para volver a subirse al tren de las Humanidades, y recorrer el porvenir más cercano, desde la esperanza y la fe en el ser humano y sus creaciones, reinventado la comunicación y la palabra a cada paso, a cada página... y en cada lectura a la que oficial y personalmente les insto a que ocupen, con su tiempo y sus sentidos, a la tolerancia y la expresión abiertos.

José Ignacio Landaluce Calleja
Alcalde-Presidente del Excelentísimo
Ayuntamiento de Algeciras

Algeciras, la ciudad que acoge a todos y mira hacia el futuro, es el centro de partida y la referencia de este monográfico titulado **EL ESTRECHO DE GIBRALTAR: FRONTERA LITERARIA**, que cuenta con la participación de un elenco muy importante de más de cuarenta escritores de las dos orillas, que han querido contribuir con sus valiosas aportaciones tanto en el ámbito poético como narrativo o ensayístico para celebrar lo que supone este punto de encuentro, que es el Estrecho de Gibraltar, con la ciudad de Algeciras como cabecera indispensable, donde concurren viajeros de orígenes distintos, que siempre aportan diálogo, intercambio de pareceres y de costumbres, valores todos ellos de vital importancia para un pueblo como el de Algeciras abierto al mundo desde las dos orillas que contempla su geografía.

Por esta ciudad han pasado personajes de relevancia en el mundo literario como Paul Bowles o Federico García Lorca que se hospedó en el hotel Reina Cristina, como muchos otros de los visitantes ilustres que estuvieron en nuestra ciudad, tal es el caso de Arthur Conan Doyle, Charles de Gaulle, Winston Churchill u Orson Welles

También visitaron Algeciras Don Pío Baroja y Rubén Darío, quien dijo:

“Desde que llegué a Algeciras, sentía que ya no me encontraba en España. No descendí en la estación, sino a la entrada del muelle, a un paso del Hotel Anglo – Hispano y del Hotel Reina Cristina, dos establecimientos ingleses.”

Referencia del viaje de estos dos últimos escritores quedó reflejada en el artículo que me envió el profesor Abdellah Djibillou, titulado: “Cien años de la visita de Pío Baroja y Rubén Darío a Tánger (1909- 2003)”.

Toda una interconexión de elementos que han forjado la historia de Algeciras, dejando su huella y haciendo de Algeciras una ciudad comunicativa, abierta, acogedora y cosmopolita, donde se ha ido forjando un bagaje cultural de trascendencia que mira hacia las dos orillas.

Paloma Fernández Gomá

Directora de la Revista Intercultural DOS ORILLAS

PREÁMBULO

ALGECIRAS Y EL ESTRECHO DE GIBRALTAR, ÚLTIMA FRONTERA LITERARIA.

La literatura occidental es inconcebible sin los relatos de viajes. La *Odisea* (siglo VII a.C.) de Homero y la *Eneida* (siglo I a.C.) de Virgilio son, posiblemente, los dos testimonios más incontestables de esta afirmación. En el siglo II sorprende el imaginario viaje a la luna que, literariamente, lleva a cabo el escritor satírico Luciano de Samosata, en su *Libro II*.

El transcurso de la historia nos ha dejado magníficas obras que dan testimonio del impacto que ha supuesto en el creador el contacto con otras civilizaciones, con culturas y lenguas diferentes y con territorios desconocidos para el que se consideraba hasta el momento como “mundo civilizado”. Fue el granadino Hasan bin Muhammed al-Wazzan al-Fasi, más conocido como León el Africano, quien por encargo de su mentor, León X, nos legó la magnífica obra *Descrizione dell’Africa* (1526). Más tarde, siguiendo su estela, el también granadino, Luis del Mármol Carvajal, compiló en tres tomos la *Descripción General de África* (1573-1599).

Tiempo y espacio falta, en este breve preámbulo, para argumentar con detalle lo que la literatura contemporánea debe a las crónicas de viaje y al escritor viajero: Cervantes y los viajes de Don Quijote, Julio Verne, Stevenson, los viajes de Gulliver o Joseph Conrad. Ya en el siglo XX la literatura será deudora de las experiencias aventureras de Antoine Saint-Exupéry, de los miembros de la “Generación Perdida” (Dos Passos, Ezra Pound, Faulkner o Hemingway, quien traslada a la literatura, de manera excepcional, sus descripciones de viajes) o de la “Generación Beat” (Kerouac, Burroughs, Ginsberg, Bowles o Corso, entre otros).

Los espacios físicos y las ciudades siempre han tenido un atractivo especial para los creadores y, en particular, para los escritores. Las urbes legendarias, los lugares mitológicos o soñados han forjado el destino de algunos grandes autores. Así ocurrió con Alejandría y Cavafis o Lawrence Durrell, las ciudades griegas y Henry Miller, Trieste y James Joyce o Tánger y muchos de los escritores que cayeron bajo el encanto de esa “sala de espera entre conexiones, una transición de una manera de ser a otra”, tal y como describía Paul Bowles a la ciudad norteafricana. Pierre Lotti, Burroughs, Tennessee Williams, Gore Vidal, Jack Kerouac, Truman Capote, Mohamed Chukri, Jean Genet, Allen Ginsberg, Gregory Corso, Gertrude Stein, Juan Goytisolo, Yourcenar, Mrabet o el matrimonio de los Bowles experimentaron en Tánger, durante casi tres décadas, la seducción de la *vedette* que posa altiva en la puerta de África, al decir de Pierre Lotti.

Uno de esos lugares que con mayor fuerza ha sido objeto del interés de los escritores viajeros ha sido, desde antiguo, la zona del Estrecho de Gibraltar, Algeciras y las ciudades de ambas riberas. Así, la mitología griega habla del décimo trabajo de Heracles (Hércules), quien para conseguir los rebaños de Gerión, que habitaba la isla de Eriteia (actualmente, Cádiz), tuvo que separar las rocas que unían África y Europa, dando lugar al relato legendario del nacimiento de las imaginarias columnas de Hércules (los dos promontorios, el de Kalpe, asociado al Peñón de Gibraltar, y el de Abila, identificado con el monte Hacho en Ceuta o el monte Musa en Marruecos), que señalaban los confines del mundo conocido.

El siglo XVIII y XIX será testigo del nacimiento del denominado “Camino Inglés” o Ruta de los Viajeros Románticos, cuyas referencias literarias del entorno de la serranía de Ronda, Gibraltar o Algeciras contribuyen a la construcción romántica de las ciudades y lugares del Campo de Gibraltar y emplazamientos aledaños. Los viajeros ilustrados de la época liberal fraguan la imagen mitificada de Algeciras, de la bahía y de su entorno, dando a conocer al mundo entero sus valores identitarios, culturales o paisajísticos. Una nómina compuesta por grandes autores europeos o norteamericanos como Merimeé, Washington Irving, Disraeli, Boissier o Alexander Mackenzie, serán los forjadores de esta realidad literaria.

Quizás, de los variados ejemplos que se pudieran identificar, uno de los más significativos, en cuanto a la huella que un lugar o una ciudad deja en el escritor, lo supone el Nobel de Literatura William Butler Yeats, quien en 1927, cuando viajaba hacia el sur con el fin de alcanzar lugares más cálidos que paliaran sus dolencias, y tras alojarse en el Hotel Reina Cristina, concibió la idea de crear un poema acerca del sentido de la vida y la muerte, tomando como referencia a las garzas que había visto en Algeciras, y que diariamente se trasladaban a África en busca de alimentos para regresar nuevamente hasta esta otra orilla. El título del poema sería “En Algeciras”, significativamente subtítulo “Meditaciones sobre la muerte” que se encuentra en su libro *La escalera de caracol*: “Aves de presa y pico corvo, pálidas/ que se alimentan con parásitos sucios/ de los rebaños y hatos marroquíes/ cruzan por el angosto estrecho hacia la luz/ en la opulenta medianoche del jardín y sus árboles/ hasta que rompe el alba sobre aquel mar mezclado./ A menudo, en la noche, cuando yo era un muchacho/ le llevaba a un amigo/ -esperando mayor, sustancial alegría/ que una mente mayor puede ofrecernos-/ no las de las metáforas de Newton,/ sino conchas auténticas de la orilla de Rosses./ Mayor gloria en el sol,/ un nocturno frío en el aire/ llevan a la imaginación a preocuparse/ por el Gran Preguntante;/ qué puede Él preguntar, y qué si me pregunta/ puedo yo responder con confianza adecuada”.

Estas consideraciones justifican, sobradamente, la necesidad de dedicar un número de la revista “Dos Orillas” al estudio y análisis, de manera monográfica, acerca de la impronta que Algeciras, el Estrecho de Gibraltar y las ciudades de ambas orillas, han marcado en los escritores.

En este número, que se presenta bajo la denominación de “El Estrecho de Gibraltar: frontera literaria”, el lector encontrará material de primer orden acerca de este hecho literario, en el que han participado, generosamente, destacados investigadores y profesores de las universidades de Madrid, Granada, Alicante, Rabat, Agadir o Tetuán, los cronistas oficiales de Algeciras y Melilla, premios nacionales de literatura, premios nacionales de la crítica y premios Andalucía

de la crítica, junto a un elenco de creadores españoles, marroquíes y tunecinos de reconocido prestigio que hacen de esta edición una publicación llamada a convertirse en texto de referencia en materia de literatura de viajes.

José Sarria Cuevas

Secretario General de la Asociación Colegial
de Escritores de Andalucía
Coordinador del monográfico

ENSAYO



ALGECIRAS, ÓLEO DE 1864

LAS DOS ORILLAS DEL POETA TETUANÍ ABDERRAHMAN EL FATHI A TRAVÉS DE *DESDE LA OTRA ORILLA**

Por Abdellatif Limami

Catedrático de Lengua y Literatura Hispánicas
Facultad de Letras
Universidad Mohamed V de Rabat

Desde la otra orilla es un título más que sugerente. Nos sitúa desde el principio en una de las dos orillas que constituyen geográficamente uno de los vínculos más significativos entre España y Marruecos: una proximidad que facilita el sueño y que nutre el imaginario colectivo.

Se habla del título como la llave necesaria para penetrar el mundo de la escritura (prosa sea o poesía): una especie de código con que se abre la escritura y que materializa en muy pocas palabras el sentido oculto de toda una obra. Los ejemplos aquí no faltan: *Doña perfecta* de Galdós, *Las puertas de los sueños* de Rodolfo Gil Grimau, *España, aparta de mí este cáliz* de César Vallejo; *Cancionero y romancero de ausencias* de Miguel Hernández...

En el caso de *Desde la otra orilla*, el título nos sitúa desde el principio en un espacio dual. El punto de arranque es una orilla, contenida y llevada en el mismo título de la obra, siendo la otra, sugerida a través del lenguaje.

La primera orilla, desde donde se materializa y nace el soplo poético (Marruecos) está definida en la portada por objetos, colores, letra árabe... En cuanto a la segunda (España), está sugerida por el propio idioma utilizado: el castellano. Los dos espacios quedan finalmente presentes a través de una sola palabra, "orilla", que remite a los dos espacios del Mediterráneo.

Y en esto suscribimos completamente lo que viene contenido en el título que ha dado José Ramón Ripoll, a su introducción/prólogo a esta obra: "*Desde su otra orilla*" (p.5), lo que en sí supone que el poeta no puede ser definido más que en relación con las dos orillas que constituyen en cierta medida sus señas de identidad. Eso no es más que la materialización de la experiencia vital del creador: un hispanista marroquí oriundo de la ciudad de Tetuán, cuya carga histórica en lo que atañe a la relación hispano-marroquí ya no está por demostrar.

El poeta Abderrahman EL FATHI, tanto por su ubicación geográfica como por su orientación profesional (hispanista investigador), es ya, como diría el poeta granadino García Lorca; "*esposo legítimo*" de un mar que lo lleva constantemente de una ribera a otra. Y por este mismo motivo, sus poemas no pueden ser más que una encarnación de este vaivén de unos parámetros culturales a otros, de un espacio a otro, de un amigo a otro... finalmente, de un mundo a otro.

Desde la otra orilla es una de las publicaciones poéticas más recientes de Abderrahman EL FATHI. Consta de cinco subdivisiones que nos trasladan de un espacio poético a otro:

-*“Triana, imágenes y palabras”* (1998) que nos ubica en el nostálgico Al Andalus (actualizado en cierta forma), con sus hombres (Abderrahman III, Lorca, Camarón...), pero sobre todo, y metafóricamente, con un espacio que llora la propia ciudad de Tetuán:

*“Tetuán llora tu huida,
empuña su flor y ¡Grita!
Se arrepiente de fluida
amargura. ¡Córdoba!
¡Espera, detente!
Cada vez más cerca,
me sofocan tus suspiros
y me asustan tus cuchillos.”*(p.25);

-*“Abordaje”* (2000) que nos sitúa en un Estrecho, paso obligado para “atracar” en la otra orilla; un Estrecho en cuyas profundidades hay vida, pero que es también devorador de vidas y de esperanzas; un verdadero y auténtico cementerio marítimo:

*“Aparecen los tiburones se llevaron el anillo
Espera una madre
la Guardia Civil
se lo ha traído.
Las novias lloran
en un puerto sin barcos, sin gaviotas
con pateras
con MUERTE.
Y una madre espera a su hijo
pero una ola se enamoró del moreno
y a las profundidades lo
arrastró”* (p.50);

-*“África en versos mojados”* (2002) que no es más que una suma de gritos rebeldes en contra de un espacio donde *“brilla la falta de dignidad”* (p.68) y donde la verdadera deshonra, es *“permanecer en tierra”* (p.73); el poeta se refiere aquí a la otra orilla donde le ha tocado vivir:

*“La tormenta africana azota
se derrite de soles dorados
hambrientos de todo norte
ajenos a las cruentas
llamadas. Ajenos;
a las verdes colinas
asomaban sus esperanzas
a la ribera del sueño”* (p.77);

Por fin, *“El cielo herido”* (2003) y *“Primavera en Ramallah y Bagdad”* (2003) que recogen, no sin cierto dolor y emoción por parte del creador, toda la tragedia de Medio Oriente; una tragedia que se contempla y se vive en la resignación más absoluta.

Es el caso de cierta primavera dolorosa en Bagdad:

*“Qué distante es mi dolor
en tus fronteras.
El rumbo de tu historia
late en tus cafés, en tus calles,
en cada sorbo de aire quebrado
/.../
Y mi rabia hundida
en café amargo de Bagdad”* (p.97);

o la del palestino, como eterno exiliado/refugiado que no ha logrado todavía el cobijo donde pueda liberar en paz su aliento:

*“Y ahora en Tierra,
refugiado en el exilio
también refugiado
en la calle exiliado
de nuevo refugiado,
desplazado en tierra.
Humillado, triste y siempre
refugiado en tierra sagrada”* (p.168)

En la obra entonces, y desde las primeras páginas, es decir desde los primeros esbozos poéticos que definen de entrada la antología, la sombra de Federico García Lorca se asoma en la *“oscura ciudad de Tetuán”* (p.17), dejando la voz del poeta tetuaní *“arrinconada”* y él, *“olvidado”* en una sombra, sin luz, sin oda, pero con un cobijo donde *“fluyen las alegrías de un día cualquiera”* (p.23).

Así, y como mendigo desamparado, el poeta busca la sombra del paraíso perdido de Abderrahman III, que, con el erótico sueño, le hirió en lo único que le quedaba: un corazón floreciente, convertido en versos, ahogado en *“las profundas aguas del estrecho”* (p.31).

Así son los poemas de esta voz tetuaní, tan tiernos y tan poéticos, y en que todos los géneros *“se estremecen en sus entrañas”* (p.40), y en que surge *“el primer DOLOR”* (p.40).

Como única y sólida compañera de estos suspiros, queda la mar, *“sólo la MAR”* (p.42), tan inmensa y único *“náufrago de la eternidad”* (p.45).

Y como un desarraigado, fruto de las olas traicioneras del mar del Sur, de un mar que cada vez más va creciendo, el “yo” poético sigue buscando lo que llena con resignación, cobardía e impotencia nuestras columnas periodísticas: *“una amarga travesía”* (p.53) que termina con novios y novias sin anillo; un anillo perdido para siempre en las profundidades del mar.

Y como siempre ocurre en la vida, una resignación trae y llama a otra; la de Bagdad y Ramallah esta vez que empujan el poeta a denunciar su silencio, maldecir y llorar su existencia, quemar su ropa y su identidad árabe, y

....denunciar su silencio (véase p.101). Pero, más que un grito, es un susurro que emana de las entrañas de un ser sensible que se siente como prisionero de sueños, corazones y cuerpos, y de diablos que, con sus majestuosas alas, sollozan en su Estrecho.

El poeta se conforma entonces con el silencio que le ofrecen su libertad, sus sirenas, sus olas, su ausencia. Pero a veces, despierto de sus intimidades y subjetividades, sufre la primavera del distante espacio y la “*presencia silenciosa de destrucción*” (p.98). Y entre el hablar y el denunciar, se consume otra vez entre “*ausencia*” y “*silencio*” (p.101).

¿Qué más da? –dirá finalmente el poeta- si como ellos, se siente “*sin dioses ni profetas*”, encerrado en su habitación, sin refugio, y con la noche como compañera; y ¿qué más da? si se siente perdido en sus aires y en sus “*vuelos desconocidos*”. En fin, poco importa si la evidencia se hace sueño bajo el histórico Tánger que lo espía por todos sus bulevares y si el propio poeta ingresa en la confusión hasta llegar al extremo de no saber si está hablando del cielo herido o de una frialdad que no ahoga, Mientras “*Todos te cantan / y yo te lloro*”. (Véase pp. 131-135).

Así, con sus pocos años, el poeta se siente envejecido, como para encarcelar sus suspiros y ser preso de las “*brumas del placer*” (p.138), interpellando su alma para llevarla a Ramallah y vivir “*la ilusión/ de una gaviota / en un garaje cualquiera* (p.153) y “*así morir de nuevo en el aire*”(p.155). Poco importa –dirá el poeta- si “*las palabras se rebelan / los ríos se secan / y los mares lloran tristezas*” (p.162); y poco importa si el sueño del poeta ha de ser libre, pero atado a sus lágrimas: “*Dulce sensación de fracaso / obtuso y obstinado*” que “*renace siempre con un primer / beso nunca recibido/ Saliva de amor rechazado*” (p.170).

Poco importa finalmente si el poeta no alcanza nombrar las cosas, para volver otra vez a la soledad lorquiana, sin alcanzar siempre la esencia de las cosas: (“*No te llamo por tu nombre*”, “*no alcanzo tu dolor*”.... (p.191) por ser todo cobijado en su entrañable Estrecho, y en sus míticas orillas, paso obligatorio de todos sus alientos y soplos poéticos: “*Luces se acercan / siempre tras un horizonte/ azul / brillan las miradas / en los ojos / abiertos de Tánger, y llegar / inquietas / al corazón del mar / en el lunar de tu Estrecho*” (p.197).

* Abderrahman EL FATHI; *Desde la otra Orilla*; Quórum editores; 2004; Cádiz; España

UNA GUÍA DESCONOCIDA DE LA CIUDAD DE TETUÁN: EL *TETUÁN ARTÍSTICO Y PINTORESCO* DE JUAN BEIGBEDER Y ANTONIO GOT

Por Antonio Bravo Nieto

Doctor en Historia del Arte
Director Centro Asociado a la UNED Melilla
Cronista Oficial de la Ciudad Autónoma de Melilla

Las guías de ciudades forman casi un género literario propio, en permanente transformación y que tuvo en los finales del siglo XIX y principios del XX un especial auge debido a la expansión europea por todos los continentes. Por lo que respecta al Norte de Marruecos, Tetuán forma parte de ese grupo de ciudades “redescubiertas” desde una óptica occidental y por esa razón vamos a detenernos en la que fue su primera guía, el *Tetuán Artístico y Pintoresco* de Juan Beigbeder y Antonio Got, que nunca llegó a ser publicada en su totalidad. Ambos militares españoles están en Tetuán en los primeros tiempos de la ocupación de la ciudad por las tropas hispanas, por lo que su trabajo refleja un momento anterior a las transformaciones urbanas que se producirían a partir de 1913. El más conocido de ellos es Juan Beigbeder Atienza¹ que llegó a destacar como Alto Comisario de España en Marruecos y como ministro de Asuntos Exteriores. Sin embargo suele olvidarse que se formó en la Academia de Ingenieros Militares (1902-1907), lo que le permitía disponer de una formación que explica el rigor de sus descripciones de monumentos de Marruecos. La reciente novela de la escritora María Dueñas, *El Tiempo entre costuras* (2009), ha rescatado su figura hasta convertirlo en un personaje cinematográfico. El otro autor de esta obra fue Antonio Got Insausti (nacido el 28 de agosto de 1878), del arma de Artillería y que sobresalía por sus capacidades artísticas que podemos apreciar en los numerosos dibujos y acuarelas que realizó a lo largo de su vida². El primer problema que nos encontramos a la hora de estudiar el *Tetuán Artístico y Pintoresco* es que realmente nunca fue publicado como una obra unitaria, aunque apareció de forma parcial en una guía de 1917³. Sin embargo sabemos que la obra fue escrita al menos cuatro años antes de esta fecha.

¹ Nace el 31 de marzo de 1888.

² Gómez Barceló, José Luis. *Vistas de ciudades de Marruecos y una crónica gráfica del desembarco de Alhucemas (1925) de Antonio Got Insausti*, Colección de Agustín Marañés Morilla, Ceuta: Ciudad Autónoma, 2003. También: Díez Sánchez, Juan. “Artillero, dibujante y cronista de guerra, Antonio Got Insausti”. *Akros*, nº 10, 2011, p. 62-66.

³ Sobre este tema, véase: Gómez Barceló, José Luis. “Los anuarios de Marruecos de la Editorial Ibero-Africano-Americana (1917-1930)”. Trabajo inédito que he podido consultar por cortesía de su autor. También las referencias aportadas por Gozalbes Cravioto, Enrique. “Los inicios de la investigación española sobre arqueología y arte árabes en Marruecos (1860-1960). *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas*, XLI, 2005, p. 225-246.

Gracias a la investigación de D. José Luis Gómez Barceló, hemos podido conocer una interesante correspondencia entre Juan Beigbeder y Antonio Ramos y Espinosa de los Monteros, que era un eminente africanista y escritor ceutí⁴. Por una carta de 25 de febrero de 1913 sabemos que Beigbeder le pedía a Ramos que se diera prisa respecto a lo que denomina “mis capítulos”, porque “Got se impacienta”. Esta referencia es fundamental para fechar el trabajo, puesto que los capítulos ya estaban escritos con anterioridad a la ocupación española de Tetuán. También nos revela el carácter de autoridad que Antonio Ramos ejercía entonces en el joven militar que utilizaba parte de su tiempo en Granada (1913) estudiando historia y relacionándose con alguien tan prestigioso como el orientalista Antonio Almagro Cárdenas.



Guía de 1917



Tetuán artístico y pintoresco

Existe también una referencia de Eduardo Gallego⁵, de julio de 1914, que nos viene a indicar lo mismo, al citar “los valiosos estudios que ... ha realizado otro brillante oficial del cuerpo, el capitán Beigbeder, que armonizando sus aficiones militares (...) con las artísticas literarias, ha redactado, en colaboración con el capitán Got de Artillería, un trabajo admirable sobre la arquitectura tetuaní”. Por

⁴ Las cartas pertenecen al Archivo General de Ceuta AGCE, Fondos Históricos FH, legajo 7, expediente 40. Están fechadas en 1913.

⁵ Gallego, Eduardo, “Las tropas y servicios de ingenieros en Marruecos”, *Memorial de Ingenieros del Ejército*, octubre de 1914 (escrito en julio de 1914), p. 396.

las mismas fechas, Juan Beigbeder⁶, también escribe un interesante trabajo sobre Tetuán y su descripción por geógrafos de la Edad Media y Moderna, lo que refleja a una persona realmente interesada por la ciudad y su historia.

El conocimiento anterior (desde un punto de vista monumental) sobre Tetuán es muy disperso y aparece reflejado en libros de viaje o guías de Marruecos, a veces escritos por viajeros ingleses y franceses⁷. El trabajo más serio es sin duda el escrito por A. Joly⁸, en el que se aprecia un exhaustivo conocimiento del trazado interior de la ciudad y de sus murallas (los croquis de las calles son realmente interesantes), aunque no se describen con minuciosidad sus monumentos. En muchos de estos trabajos se repiten una serie de tópicos, caso de *Le Maroc Septentrional* de Ch. René Leclerc, que describe en 1905 a Tetuán como una ciudad musulmana al uso, plagada de clichés, aunque también aporta interesantes datos sobre la ciudad, denunciando (en línea con cierta hispanofobia francesa del momento), a centenares de españoles que trabajaban en Tetuán como muleros y albañiles. Leclerc subraya la importancia de los palacios de Abd el Kader Rezini, Hadj Mohammed Bricha, Si Mohammed el At't'ar y Si Er Rekina. De este último critica el trabajo de los albañiles españoles que utilizaban elementos decorativos que él consideraba inadecuados, caso de las yeserías en forma de cuernos de la abundancia que parecían haberse puesto de moda en esos primeros años del siglo XX.

Todavía en 1913, fecha de la ocupación de Tetuán, aparecía un anuario de Marruecos⁹ en el que las referencias a la ciudad son muy pobres, aunque es de gran interés la descripción que se hace sobre la fabricación artesanal de azulejos.

Por estas fechas Beigbeder y Got estaban escribiendo su libro pero, por motivos que desconocemos, no se publicó. Sin embargo, parte de su trabajo aparece recogido en la *Guía del Norte de África y Sur de España* publicada en 1917 por Manuel L. Ortega¹⁰. En esta obra aparece, a partir de la página 235, un bloque temático titulado *Tetuán artístico y pintoresco*, donde se explica que el capítulo introductorio denominado “Lo que vimos al llegar a Tetuán” (p. 235-249) y los capítulos dedicados al “Mexuar, un castillo feudal del siglo XVIII” (p. 250-256), “Las Mezquitas” (p. 257-268), “Las Fuentes de la ciudad” (p. 269-270) y “Los Morabitos” (p. 271-274) formaban parte de un libro inédito de Juan Beigbeder y de Antonio Got. Sin embargo hay otros capítulos de este mismo bloque que no parece que formaran parte del libro de ambos (al no ser citados expresamente), aunque en la Guía sí que forman un conjunto. Nos referimos a los titulados: “Misión Católica” (p. 275-277), “El Mel-Lah” (p. 278-280), “La plaza de España” (p. 281-282), “Necrópolis tetuaníes” (“El cementerio moro” -p. 283-285-, “Cementerio católico” -p. 285-288 artículo firmado por Ramón Arrabal-, “El cementerio israelita” -p. 288-289-), y “Mercados” (p. 290-294). Estos capítulos no parecen pertenecer al libro de Beigbeder y Got, y pueden haber

⁶Beigbeder, Juan. “Descripciones de Tetuán por los geógrafos de la Edad Media y Moderna”, *África Española*, nº 19, tomo IV, agosto de 1914, p. 383-408.

⁷Cousin, Albert y Saurin, Daniel. *Annuaire du Maroc*, par. 1907. Publié sous le patronage du Comité du Maroc. Paris. Tetuán en las páginas 418-422 reproduce una obra de Ch. René Leclerc, *Le Maroc Septentrional*, 1905. El libro fue escrito entre Tánger y París en mayo de 1905.

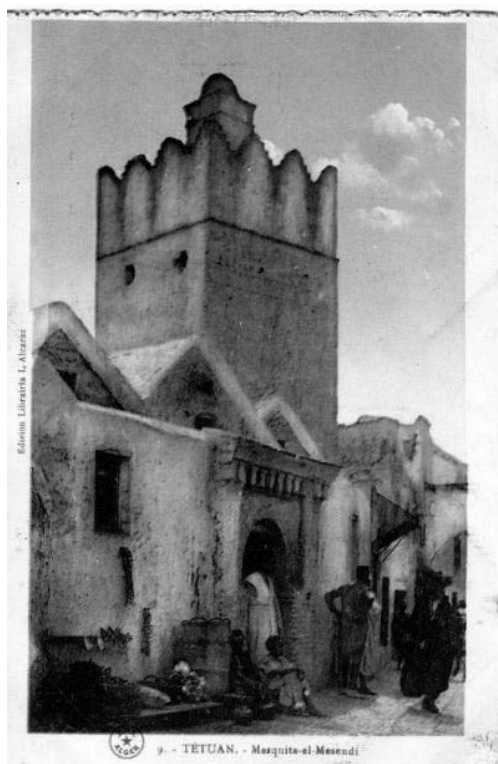
⁸Joly, A, con la colaboración de M. Xicluna y L. Mercier. “Tétouan”. *Archives Marocaines*, vol IV, p. 199 a 343. La ciudad es descrita sobre todo entre las páginas 241 y 343.

⁹1913 *Anuario Español de Marruecos*, Suárez y Abad impresores, Madrid, 520 p. La descripción de los sistemas de mosaicos tetuaníes aparece en la página 293.

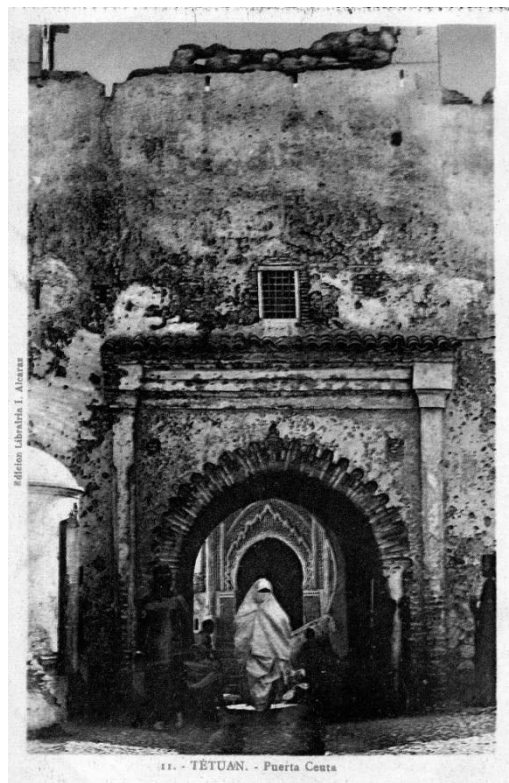
¹⁰*Guía del norte de África y sur de España: oficial: zona de España en Marruecos, Cádiz, Málaga: año 1917* / Manuel L. Ortega, director gerente. Año I, Madrid: Tipografía Moderna, 1917, 1004 p.

sido añadidos para completar la visión de Tetuán en esta guía. Además existen evidentes diferencias de estilo y redacción entre ellos.

Por otra parte existe un capítulo final, “Los aliceres de Tetuán” (p. 295-297), que aparece firmado solamente por Juan Beigbeder, lo que puede hacernos pensar que fue escrito por este autor con posterioridad a la redacción del *Tetuán artístico y pintoresco*, y añadido como una aportación personal a la obra de 1917.



Tetuán. Mezquita el Mesendi.



Tetuán. Puerta de Ceuta.

Es curioso que sea a causa de varios descuidos del editor de la guía de 1917 (Manuel L. Ortega) que podamos contar con más detalles que nos permiten conocer otras características del libro original inédito. En el texto relativo a los capítulos de las fuentes o de las mezquitas se hace referencia a una serie de dibujos y fotografías que sin embargo no aparecen en ella: “a los dibujos que las acompaña”. Se trata de descuidos de edición que no suprimió unas referencias que sí debieron existir en el texto original. Por tanto, podemos afirmar que la obra contendría series de dibujos – seguramente realizados por Got- y fotografías junto a los textos, y de los que desconocemos cualquier otro particular.

En otro orden de cosas, el texto de Beigbeder y Got nos muestra dos modelos aproximativos al patrimonio de Tetuán¹¹. Por un lado los recorridos no dejan de ser el tópico encuentro de un occidental dentro de una medina musulmana, plagado de sensaciones, sorpresas y admiración. La aproximación, como ellos mismos escriben, se enmarca dentro de “nuestra curiosidad de artistas”. En ella, las cualidades y capacidades de Antonio Got como dibujante y la formación de Beigbeder como ingeniero militar se fundieron felizmente.

La introducción está llena de rasgos subjetivos, intentado introducir al viajero dentro de una ciudad que todavía no había empezado a transformarse como consecuencia de la llegada de la administración española: descripciones de calles llenas de bullicio, escenas de zocos y tenderetes, artesanías diversas y reflejos de una sociedad estereotipada, componen esta introducción, donde se nos dice que la ciudad está caracterizada por sus 7 puertas y 36 mezquitas¹² y donde no falta la inevitable descripción de cómo los autores se perdieron entre su laberinto de calles¹³.

El capítulo del abandonado palacio del Mexuar, palacio del Pachá Ahmed, es de un gran interés porque nos describe, entre la percepción romántica y el rigor positivista, todos sus elementos estructurales y decorativos. En este capítulo es donde apreciamos el correcto uso de una terminología que delata una mirada experta: pilastras, merlones, trompas, mocárabes, jambas, bóvedas esquifadas, etc. De gran interés es el análisis de los alicatados originales del edificio, cuya tradición artesanal ya por entonces se había perdido en su mayor parte, tanto en sus formas como en los colores (negros y azul cobalto). También se señala la similitud con los talleres de la Alhambra de Granada¹⁴, alabando la categoría de los trabajos ornamentales de la madera¹⁵.

La descripción de este palacio finaliza con la recomendación de que fuera restaurado y reutilizado debido a su gran valor artístico e histórico. Esta aseveración era ya un anacronismo cuando apareció la guía, puesto que por entonces ya se había convertido en el Palacio oficial del Jalifa.

El siguiente capítulo es el dedicado a las mezquitas. Hay que hacer constar que ni Beigbeder ni Got pudieron entrar en la mayor parte de sus interiores, “para nosotros cristianos, vedados a penetrar en las mezquitas y estudiar su disposición interior” (p. 565), por lo que las descripciones se limitan casi siempre a las portadas y a los alminares. Relacionan los autores las 36 mezquitas por barrios: 20 en El Bled, 8 en Trancatz, 6 en El Aiun y 2 en MSala o Luneta, y pasan a describir las 17 más importantes, por lo que este texto es el estudio más antiguo y más completo realizado sobre las mezquitas y santuarios de Tetuán realizado por un escritor español. Así se describen la Yamaa Bachá (donde ven influencias tunecinas¹⁶), Sidi Saidi donde destacan las proporciones académicas de su minarete que ven relacionado con el de la Qarawiyin de Fez¹⁷, Yamaa Er Resini, Yamma Kebira (descrita por Pedro

¹¹ Utilizamos la misma grafía de los nombres árabes utilizada por los autores, puesto que en su mayor parte son perfectamente reconocibles.

¹² Este capítulo se suprime ya desde la edición de 1923.

¹³ La narración de cómo el visitante se pierde en el corazón de cualquier medina marroquí en la primera mitad del siglo XX es tan tópica, como el acto en el que el viajero debe pagar una multa casi inevitable en las guías o libros de viajes más contemporáneos.

¹⁴ Cita la obra de Antonio Almagro Cárdenas, *Museo Granadino de antigüedades árabes*, 1886.

¹⁵ Cita la obra *Carpintería de lo blanco y trazado de alarifes*, de Diego López de Arenas, 1633, Sevilla. Del que sigue la terminología usada.

¹⁶ Citan a H. Saladin, *Manuel d'art musulman*, 1907, p. 194.

¹⁷ Citan a Ben Batuta y el *Qartas*, traducción de Beaumier, p. 69.

Antonio de Alarcón y posteriormente visitada por Lafuente Alcántara), la Yamma Sidi Ali Ben Raisun, Yamaa Aiun, y otras de menor relevancia¹⁸.

En los capítulos dedicados a las fuentes de agua se relacionan los diferentes tipos, y destacan el de Bab Okla, y en cuanto a los morabitos, tratan del fenómeno centrado en los que existían extramuros, fuera de la ciudad¹⁹. Por último, el capítulo de los Aliceres de Tetuán, firmado en solitario por Beigbeder, es un muy interesante trabajo descriptivo de esta artesanía del alicatado, con descripción de las técnicas y modelos que ya estaban en plena decadencia por entonces.

La guía de Ortega de 1917 seguirá imprimiéndose en las ediciones de 1923²⁰, 1924²¹, 1926²², 1927²³, 1928²⁴, 1929 y 1930²⁵, aunque en algunos casos se suprimieron capítulos completos de la obra de Beigbeder y Got y en otros sólo algunos párrafos. La edición de 1923 mantiene lo fundamental, aunque ya no aparecen las primeras vivencias personales de los autores del capítulo inicial. Será a partir de la edición de 1924 cuando la reducción sea más significativa: se mantiene la supresión de las “Impresiones de un viajero”, se mantiene el capítulo del palacio del Mexuar al completo, desaparece la descripción de las mezquitas que sólo conserva su relación nominal, y se mantienen los capítulos de las fuentes y los morabitos, mientras que se suprime totalmente el último apartado de los Aliceres.

Pero no serían las guías de Manuel L. Ortega las únicas que iban a recoger el trabajo que nos ocupa. En 1928 aparecía el tomo nº 61 de la voluminosa enciclopedia Espasa Calpe²⁶, en la que figura un artículo sobre Tetuán. Si analizamos el contenido de este artículo podemos comprobar que en su redacción se utilizan ampliamente los textos de las citadas guías, caso de las descripciones de la plaza de España o del barrio judío. En este mismo sentido también fueron utilizados los textos de Beigbeder y Got, sobre todo el trabajo sobre el Mexuar o palacio del Jalifa (p. 277-280), que se copia íntegramente o el relativo a las fuentes de la ciudad (p. 280-281). Sin embargo otros importantes capítulos de estos autores (caso de las mezquitas de Tetuán) no son utilizados en la enciclopedia. Podríamos pensar que el autor²⁷ del artículo enciclopédico se sirvió ampliamente de los textos de las guías de Manuel L.

¹⁸La relación de estas mezquitas es: Yamaa Kasba, Rabta, Yamaa Suika, Yamaa Sidi Hamed el Hach, Zauia Derkana, Yamaa Sok el Foqui, Sidi Ali Baraca y Yamaa Lukarch.

¹⁹Los capítulos dedicados a la misión católica, el mellah (con datos interesantes sobre las 16 sinagogas), la plaza de España, las necrópolis tetuaníes (que denotan un carácter más reivindicativo que descriptivo) y las industrias indígenas, no deberían considerarse como pertenecientes al trabajo de Beigbeder y Got.

²⁰*Anuario-Guía oficial de Marruecos - Zona española (Comercio y turismo)* / director Manuel L. Ortega. (1923, año II) Madrid: Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, 1923, 835 p.

²¹*Anuario-Guía oficial de Marruecos: zona española, zona internacional, posesiones españolas en el norte de África y en el golfo de Guinea, Gibraltar: (Comercio y turismo)*. Año III. (1924) Madrid: Editorial Ibero-Africano-Americana, 1924, 936 p.

²²*Anuario-Guía oficial de Marruecos: zona española, zona internacional, posesiones españolas en el norte de África y en el golfo de Guinea, Gibraltar: (Comercio y turismo)*. Año IV. (1926) Madrid: Editorial Ibero-Africano-Americana, 1926, 1007 p.

²³*Anuario-Guía oficial de Marruecos y del África española (Comercio y turismo)*. Año V. (1927) Madrid: Editorial Ibero-Africano-Americana, 949 p.

²⁴*Anuario Oficial de Marruecos y del África Española, Comercio y Turismo*. Año VI, de 1928. Madrid: Compañía Ibero Americana de Publicaciones. Librería Fernando Fe, 1182 p.

²⁵*Anuario-Guía oficial de Marruecos y del África española (Comercio y turismo)*. Año VII. (1930) Madrid: Compañía Ibero-Americana de Publicaciones: Librería Fernando Fe, [1930], 1269 p.

²⁶La referencia nos la ofrece Gozalbes Cravioto, Enrique, art. cit., p. 230. *Enciclopedia Universal Ilustrada Europea-Americana*, tomo LXI, Madrid, 1928, p. 272-287.

²⁷Desconocemos el nombre del autor, porque no figura en el tomo. En las relaciones de autores y colaboradores tampoco hemos encontrado algún personaje vinculado a Tetuán o a las guías citadas.

Ortega y no parece razonable pensar que fueran los mismos Beigbeder o Got (por todo lo ya señalado) los que realizaran el artículo Tetuán para Espasa Calpe.

El trabajo de Juan Beigbeder y de Antonio Got va a marcar de forma muy importante este apartado de visiones, recorridos o guías de Tetuán en ese momento histórico. Las referencias de tipo artístico o monumental de este periodo fueron muy escasas, como podemos ver en un *Anuario general de Marruecos* de 1921²⁸, aunque en otras ocasiones estas descripciones se encargaban a personas con mayor formación, caso del *Anuario general de Marruecos y Guinea* que edita Diego Valera en 1928²⁹ y donde las páginas relativas a Tetuán “Unas horas en el barrio moro” (páginas 391 a 398), fueron escritas por Emilio A. Sanz Tubau (intérprete de la Alta Comisaría). Este autor describe sus calles, tipismo, con leves datos y cronologías y aporta muchos nombres y sitúa calles y oficios, con fotos abundantes (entre ellas una de las mazmorras de Tetuán), tratándose de una verdadera guía con mapa.

En la década de los años cuarenta conocemos nuevas guías y anuarios generales sobre el Norte de Marruecos³⁰, y una guía específica de la Yebala firmada por José María González de Lara, donde la ciudad de Tetuán tiene un peso especialmente importante³¹, pero sin duda el mejor trabajo es el realizado por Antonio J. Onieva en su *Guía turística de Marruecos*³². En esta obra plantea varias posibles visitas a la ciudad de Tetuán (páginas 186 a 288): Centro, Museo, palacio de la Alta Comisaría, Escuela de Artes Indígenas, etc. Dentro de lo que llama barrio moro destaca la visita al palacio del Jalifa, viviendas de Abdeslam el Hach, Mohamed Medina, los cementerios hebreo y cristiano y la judería. En otro trabajo de este mismo autor destinado a viajes para jóvenes³³, Onieva vuelve a introducir un recorrido por Tetuán donde describe la inevitable sorpresa al entrar en una casa musulmana.

Por último, las obras que conocemos de los años cincuenta denotan por regla general una menor calidad y las descripciones de Tetuán se resienten por su brevedad o por no aportar nada nuevo³⁴. Esta característica resulta muy evidente en un trabajo de Ahmed Hantout, datado en los primeros momentos de la independencia, que es ya un esquemático recorrido por la ciudad carente de originalidad, lo que refleja la incomprensible decadencia del producto turístico de Tetuán en ese nuevo periodo histórico que acababa de comenzar para todo el país³⁵.

²⁸ *Anuario General de Marruecos, Agricultura, Industria, Comercio, Minería y Organización Oficial*. Imprenta de Vicente Rico, 1921, Madrid, 508 p. Tetuán figura en las páginas 368 a 375.

²⁹ *Anuario general de Marruecos y Guinea, (Protectorado y Colonias de España)* / director, Diego Valera y López-Cordón. (1928) 1927-1928. Ceuta: Tipografía Parres y Alcalá, 793 p.

³⁰ *AICEM Anuario de la industria y el comercio en Marruecos: 1945*. Tánger: Ediciones Internacionales, 1945, 207 p.

³¹ González de Lara, José María. *Guía Oficial de Yebala ... Tetuán*, Ediciones Hispano- Marroquíes, 1944, 255 p.

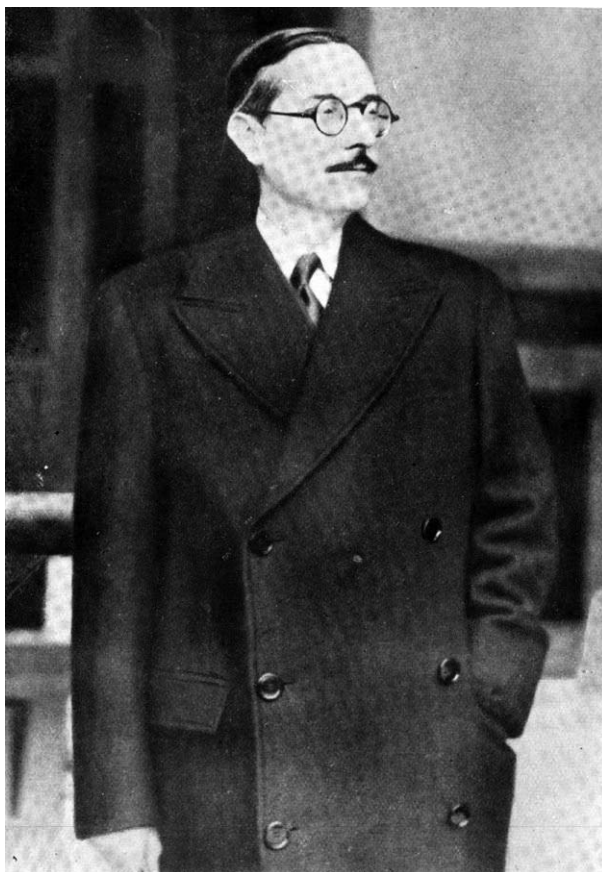
³² Onieva, Antonio J. *Guía turística de Marruecos: (Plazas de Soberanía. Protectorado español. Tánger)* / por Antonio J. Onieva. (1947) Madrid: Artes Gráficas Arges, 1947, 595 p.

³³ Onieva, Antonio J. *¡Viajar! libros de viajes para muchachos, por. Ilustraciones de Ángel Esteban, Circuito 11 (Tetuán)*, Ediciones Madrid, s/d. (pero posterior a 1947), Tetuán en las páginas 54-65.

³⁴ Aguado, Afrodísio. *Guías II Andalucía, Marruecos y Canarias*. Afrodísio Aguado, Madrid, 1952; 872 p. Tetuán, p. 796-811. *Guía de Información General y Comercial del Marruecos Español*, 1954. Tetuán: Cremades, 75 p. *Marruecos, zona jalfiana: guía turístico económica*. (1955) [Madrid]: Alta Comisaría de España en Marruecos, Delegación de Economía, Industria y Comercio, 1955, 207 p.

³⁵ Hantout, Ahmed. *Guía turística, Guide Touristique, Guide to Tetuan, Stadführer*. Tetuán: imp. El Mahdia, s/d (posterior 1956), 64 p. La entrada al viejo palacio del Mexuar costaba entonces 1 Dirham.

Finalizaremos esta pequeña reseña diciendo que el *Tetuán Artístico y Pintoresco*, a pesar de que el texto en su conjunto puede resentirse con el paso del tiempo, no deja de ser el acercamiento más interesante al patrimonio tetuaní de la primera mitad del siglo XX, y su importancia no puede ocultarse en el conjunto de los trabajos publicados al respecto por los autores españoles.



Juan Beigbeder, 1939

MARRUECOS SE ESCRIBE CON NOMBRE DE MUJER: VIAJERAS ESPAÑOLAS AL OTRO LADO DEL ESTRECHO EN LAS PRIMERAS DÉCADAS DEL SIGLO XX

Por Carmen Vidal Valiña

Licenciada en Periodismo y Humanidades
Máster en Estudios Árabes e Islámicos Contemporáneos,
Doctoranda Universidad Complutense de Madrid

En su país de origen, España, eran *rara avis*, mujeres alejadas del prototipo femenino imperante durante las primeras décadas del siglo XX, que hacía de la madre y esposa el ideal femenino. Carmen de Burgos (“Colombine” por su apodo periodístico), Consuelo González Ramos (o “Doñeva de Campos” en su producción literaria) y Aurora Bertrana estaban lejos del prototipo de ese “ángel del hogar” que la Inglaterra victoriana había adoptado y la España de su época no se preocupó de combatir. En Marruecos, país al que llegaron por motivos profesionales las dos primeras y por querencias personales la última, la condición femenina que en España les perjudicaba les permitió acceder a entornos vedados para sus coetáneos masculinos: visitaron burdeles y cárceles, hablaron con las mujeres locales, cuidaron a los soldados y escucharon sus testimonios... Ofrecieron, en suma, una aproximación al Marruecos de la época de gran interés para conocer la cara del país que no sale en la mayor parte de la producción bibliográfica al respecto: la de la cotidianeidad y los pequeños detalles.

Carmen de Burgos y Consuelo González Ramos cruzaron el Estrecho para informar de la campaña del Kert, uno de los episodios bélicos de la durísima Guerra de Marruecos. Por su parte, Aurora Bertrana recorrió el país en los años treinta con un objetivo definido: aproximarse a la vida de las mujeres locales. En los tres casos dejaron testimonio escrito de sus recorridos. La escritura no es en este caso algo anecdótico: el hecho de plasmar en papel sus pensamientos y transmitirlos al gran público les permitía reafirmar su identidad y su valía profesional en un contexto, el de la España de la época, en el que a menudo las mujeres eran consideradas menos válidas que los hombres para desempeñar tareas profesionales, cuando no directamente incapaces.

Sobre la imagen que las tres ofrecen de Marruecos, lo cierto es que aparece marcada por la negatividad en las apreciaciones, la recurrencia constante a los tópicos y la complacencia hacia el colonialismo que su país de origen estaba ejerciendo sobre ese territorio. Las dos primeras características, sin duda, son producto de la tercera. Marruecos era por esa época (y lo seguirá siendo hasta su independencia en 1956) una suerte de “Oriente doméstico” para los españoles, en palabras de Rosa Cerarols Ramírez. La aproximación a este territorio por parte de las viajeras vendrá marcada por una ambivalencia: por un

lado, lo consideran un lugar dominado por la barbarie, que sólo podrá superar esa situación gracias a la “civilización” que España lleva consigo; por otro lado, las tres mujeres analizadas no pueden evitar dejar entrever en sus relatos la fascinación que les provoca: reminiscencias de *Las mil y una noches*, tiendas coloridas, odaliscas...

Otro aspecto común en su producción es la especial atención que dedican a las mujeres locales. ¿Cómo podemos justificar esta atención especial a las mujeres de una sociedad que se acaba de considerar bárbara y opuesta a las más elementales reglas de la civilización? Pues probablemente en base a ese mismo interés de seguir desacreditando a tal sociedad: destacando la ferocidad de las mujeres y su falta de derechos se aporta un argumento más a la barbarie de los “moros” contra los que España combate. La elección de criticar el modo de vida de las marroquíes tiene también en ocasiones otra finalidad: sirve como medio de autoafirmación como occidentales, de posicionarse y reforzar la identidad propia ante el lector. No deja de ser curioso que las autoras hagan referencia a la libertad de que ellas gozan en relación con las marroquíes, cuando en sus propias biografías se enfrentaron con los problemas derivados de su sexo.

Sin embargo, y a pesar de todos los prejuicios y sesgos ideológicos que los relatos de las tres mujeres analizadas presentan, sus obras son de innegable interés por efectuar una aproximación a la realidad marroquí en la que la vida cotidiana y el lado femenino de esa sociedad tienen un protagonismo especial. Son relatos que nos hablan de un humanismo y una proximidad que es difícil intuir en los testimonios masculinos de la misma época. Y, además, muestran que el Marruecos de las primeras décadas del siglo XX también puede verse a través del prisma, original y característico, de la mirada femenina.

EN CATALÀ EN DIEM «ESTRET». EL ESTRECHO DE GIBRALTAR EN LOS ESCRITORES CATALANOMARROQUÍES

Por Enrique Lomas López³⁶

Investigador colaborador del Departamento
de Filologías Integradas de la Universitat d'Alacant
Miembro del "Grup d'Estudis Transversals"

El estrecho de Gibraltar puede ser tomado en consideración desde dos perspectivas complementarias. La primera, puramente geográfica, abarca dos territorios, lugares en los que se inscribe la literatura de pateras, la literatura de la migración física de Abderrahmán El Fathi, Mahi Binebine o Rachid Nini, y en los que se desarrolla lo que podríamos denominar la «literatura neoandalusí» de Yolanda Aldón o Sergio Barce. La segunda, plantea la existencia de un espacio ficcional de negociación identitaria, una especie de *in between* bhabhiano en el que las identidades plurales, magrebíes y europeas, se entrecruzan y dialogan. Los escritores catalanes nacidos en Marruecos participan de ambas consideraciones del Estrecho, si bien la segunda es más evidente, creando así con sus textos una tercera orilla para un mar con tantas costas como realidades culturales convergen en él.

Lejos de poder considerar la cultura catalana³⁷ como algo endogámico y cerrado, esta ha participado en el contacto entre los distintos pueblos del Mediterráneo, si bien con mayor intensidad sobre todo a partir del estallido del golpe de Estado fascista en España y hasta finales del siglo XX, entre el País Valenciano y Argelia, principalmente. Tal es la influencia histórica que el escritor Jacint Verdaguer, en su obra *Excursions i viatges* (1883), afirma que en Argel se podía hablar en catalán con la certitud de obtener una respuesta en un catalán de Alicante o de Mahón (Verdaguer, 1974: 1100).

La llegada de los años 1990 estuvo marcada, si no por el inicio de los procesos migratorios, sí por la concienciación social en España de lo que suponía este fenómeno, llegado principalmente y de manera traumática a través del Estrecho. El Magreb encontró en los territorios de habla catalana el principal lugar en el que asentarse: frente al 1,56% que viven en Andalucía, encontramos un 3,25% en Cataluña, 2,34% en las Islas Baleares y un 1,96% en el País Valenciano³⁸ en relación a la población total de estas comunidades autónomas. No obstante, las diferentes políticas desarrolladas por las tres comunidades autónomas y la propia conciencia lingüística de los hablantes han

36 El presente artículo ha sido elaborado como investigador contratado por el programa del Vicerectorat d'Investigació, Desenvolupament i Innovació de la Universitat d'Alacant para la formación de doctores.

37 Nos referimos a la cultura catalana entendida en su concepción más amplia y no como la cultura de la Cataluña autonómica.

38 Datos de los extranjeros marroquíes, argelinos y tunecinos extraídos del INE a fecha de 1 de enero de 2013.

provocado que el surgimiento de una escritura en catalán solo se desarrolle, hasta el momento, en Cataluña: Najat El Hachmi, Laila Karrass, Saïd El Kadaoui y Mohamed Chaib son sus nombres. Las experiencias migratorias vividas por estos escritores de la primera generación y media³⁹ marcarán la necesidad de desarrollar en sus narrativas una búsqueda identitaria a través de la que hacer encajar las culturas marroquí y catalana.

El hecho de cruzar el Estrecho implicará en estos narradores la interrupción del forjamiento de su identidad en su país, Marruecos, para continuarlo en otro distinto, con otros referentes culturales diferentes. Así, el testimonio el yo migrante de los narradores y personajes, identificado con el yo autor, incluirá estos nuevos elementos identitarios en una identidad híbrida.

De esta manera, el hecho de que Najat El Hachmi se declare catalana en su obra *Jo també sóc catalana* (2004), provocará un choque con las marcas y los impedimentos que las leyes imponen, problemática extrapolable al resto de textos catalanomarroquíes: «Jo ja em veia com qualsevol altra noia catalana [...] però entre nosaltres s'establiria una frontera invisible marcada per les lleis, que distingien les persones pel color d'aquella targeta tan absurda» (El Hachmi, 2004: 83).

La cuestión sobre la mujer es otro aspecto temático divergente clave en estas narrativas. De la denuncia y la superación del patriarcado en *L'últim patriarca* (2008) a la consecución de la libertad absoluta de la mujer con la ruptura de los moldes familiares de dominación en *Petjades de Nador* (2013), pasando por no pocas reflexiones sobre distintos temas, abordadas con mayor o menor profundidad, tanto por ellos como por ellas: el velo, la igualdad de la mujer, el matrimonio, la liberación sexual, las relaciones familiares, la redefinición de la masculinidad.

El contraste entre las dos formas de vida, los dos países, las dos tradiciones no deja de ser un tema que traumatiza e incluso que lleva a la locura como elemento reparador, tal y como sucede con el narrador de *Límites y fronteras* (2008) de Saïd El Kadaoui (2008), su hasta ahora única novela en español. Si la primera vez que cruzaron el Estrecho descubrieron una realidad que les era completamente ajena, en el plano lingüístico, económico, religioso, social, laboral y educativo, los viajes a Marruecos por las vacaciones acrecentarán este cuestionamiento. Descubrirán así un país que ya no les pertenece a pesar de su apego íntimo a él, motivado por sus recuerdos infantiles, y descubrirán que el paso del tiempo y las comparaciones entre sus dos culturas están condenadas a un profundo debate interno.

Este aspecto es quizás el más importante en la obra de Mohamed Chaib, *Enlloc com a Catalunya* (2005), por las constantes peripecias migratorias (y, por ello, por necesitar permanentemente repensar su identidad) a las que el protagonista se ve abocado: de Marruecos a Cataluña, de Cataluña a Marruecos, de Marruecos a Andalucía y de Andalucía a Cataluña.

Preservar la cultura de los orígenes familiares e integrarla en la nueva cultura que adquieren en Cataluña es una tarea que desarrollan en ese intersticio metafórico, en ese lugar en el que uno puede permitirse ser como es: en el Estrecho, en la frontera de las dos realidades, es donde pueden estos

³⁹ Se les considera como el paso intermedio entre la primera y la segunda generación por haber nacido en sus países de origen y por guardar recuerdos de su infancia en estos, mientras que el desarrollo identitario se produce generalmente en el interior del sistema educativo del país de acogida que les otorga una segunda cultura propia.

narradores/protagonistas reconocer las dos culturas como propias. Porque el estrecho de Gibraltar es, en definitiva, el espacio ficticio idóneo para la convivencia identitaria:

“Jo, visc encara a Vic, aquella ciutat que em va acollir ara fa divuit anys, i que m'ha ensenyat tantes coses de la vida, tant positives com negatives. Vic és i ha estat molt important per a mi i igual que la meva ciutat natal, Nador, sento que forma part de mi; i jo formo part de Vic i Catalunya, per què no dir-ho?, em sento catalana i ben privilegiada de poder conèixer dues cultures diferents, oposades, amb el seu encant i la seva màgia cadascuna. [...] No he perdut la meva cultura ni les meves arrels, sinó que he guanyat una altra cultura i uns altres costums. M'agrada fer un bon cuscús per dinar i un entrepà de pa amb tomàquet per sopar. Per què no?! (Karrouch, 2004: 149-150).”

Y no solo en la ficción, sino también en el ensayo se da esta problemática identitaria, ya sea de corte más literario como el ensayo epistolar de Saïd El Kadaoui, *Cartes al meu fill. Un català de soca-rel, gairebé* (2011), o de corte más social, como el de Mohamed Chaib, *Ètica per una convivència* (2006), publicado en su segunda edición con traducciones al español y al árabe.

En definitiva, de las narrativas marroquíes en catalán se extrae la conclusión de que el único espacio de identidad plena es el intersticio que se podría identificar claramente con un estrecho de Gibraltar entendido en sentido metafórico. La crítica marroquí (o hispanomarroquí/hispanomagrebí) a veces los integra, otras los ignora; la crítica catalana los ha incorporado como parte de esa cultura de los *nouvinguts*⁴⁰ que nutre la cultura catalana actual y que viene a confirmar el lema de «Catalunya, terra d'acollida» donde los marroquíes plantean en catalán sus problemas y sus vivencias.

Bibliografía

- CHAIB, M. (2005): *Enlloc com a Catalunya*, Barcelona, Empúries.
— (2006): *Ètica per una convivència*, Barcelona, L'Esfera dels Llibres.
KARROUCH, L. (2004): *De Nador a Vic*, Barcelona, Columna.
— (2013): *Petjades de Nador*, Barcelona, Columna.
EL HACHMI, N. (2004): *Jo també sóc catalana*, Barcelona, Columna.
— (2008): *L'últim patriarca*, Barcelona, Planeta.
— (2011): *La caçadora de cossos*, Barcelona, Columna.
EL KADAUI, S. (2008): *Límites y fronteras*, Lleida, Editorial Milenio.
— (2011): *Cartes al meu fill. Un català de soca-rel, gairebé*, Badalona, Ara Llibres.
VERDAGUER, J. (1974): *Obres completes*, Barcelona, Editorial Selecta.

⁴⁰ Neollegados.

JEAN GENET, MENDIGO EN CÁDIZ

Por Jesús Fernández Palacios

Poeta y articulista
Director de la revista "Campo de Agramante"

Qué más nos da reconocer la biografía y lo inventado por Genet en su novela *Diario de un ladrón*, si lo importante es lo que dice y cómo está escrito. Para qué discernir entre realidad y ficción, si no sabemos con exactitud dónde están los límites. Entendamos mejor la vida como una amalgama de experiencias acumuladas en la vigilia y en el sueño, y aceptemos como ciertos los hechos narrados por ese magnífico truhán en su Diario, poniendo de nuestra parte imaginación para recrearlos.

Sucedía 1934. Cádiz, la ciudad de febrero, disfrutaba de un cálido atardecer: cielo despejado y un mágico contraluz. La primera visión de Genet fue al bordear la bahía donde había llegado con su amante Stilitano, procedente como pareja de los bajos fondos de Europa. Veréis como lo narra: "De tren de mercancías en tren de mercancías llegamos cerca de San Fernando y decidimos continuar el camino a pie. Stilitano desapareció. Se las arregló para darme cita en la estación. No estaba allí. Esperé mucho rato, volví dos días seguidos, seguro, sin embargo, de que me había abandonado. Estaba solo y sin dinero. Cuando lo comprendí sentí de nuevo la presencia de los piojos, su desoladora y dulce compañía en los dobladillos de mi camisa y de mi pantalón: Stilitano y yo no habíamos dejado de ser aquellas religiosas de la Alta Tebaida que no se lavaban nunca los pies y cuya camisa se pudría."

Qué ajeno no estaría entonces de los traslados de presos de la cárcel vieja, por su saturación de época y estado ruinoso, al penal del Puerto de Santa María. Qué ajeno él, precisamente, que había estado tantas veces encarcelado y que la mayor y la mejor parte de su obra la escribiría en prisión. Él, que elevó a categoría de arte sus vivencias de condenado entre condenados. Tal vez le hubiesen importado de advertirlos, quizás hubiera ensayado un primer poema sobre esos presos que se cruzaban en su camino, como hizo años después sobre otros, ya de vuelta en Francia.

Cuando recorría estas tierras aún no había cumplido 24 años. Era un sagitario aventurero -como Lucky Luciano y Jimi Hendrix-, que conoció los reformatorios desde temprana edad, y llegaba a los pies del continente después de haber descendido a los infiernos. "El suelo te hará tropezar", según dice en un verso propio como síntesis del argumento de su vida.

No sé si le hubiéramos reconocido entonces. Quién reconoce a un mendigo.... Luego, sí le habríamos recibido con entusiasmo y admiración: como él no se dejaba, porque siempre procuraba su aislamiento. Pero no fue posible que volviese, ni siquiera a través de determinados contactos con los que iniciamos ese ilusionado propósito. Sólo vino una vez, que sepamos, y así quedaron reflejados algunos de sus recuerdos: "San Fernando está junto al mar. Decidí ir

a Cádiz, construida en medio del agua, pero unida al continente por un espigón muy largo. Cuando emprendí el camino, era por la tarde. Tenía ante mí las altas pirámides de sal de las salinas de San Fernando, y más lejos, en el mar, con la silueta recortada por el sol poniente, una ciudad de cúpulas y minaretes: en la extrema tierra occidental tenía repentinamente la síntesis del Oriente. Por primera vez en mi vida desdeñaba a un ser por las cosas. Me olvidé de Stilitano”.

Qué hizo, qué lugares recorrió y en cuántos días. Es imposible precisarlo. O al menos muy difícil. Si como cuenta: “La ciudad estaba regocijada, ebria de este carnaval...”, es posible que conociera los carnavales de aquel año, celebrados del 10 al 18 de febrero de 1934. Cómo saberlo. Quién nos diría si se cruzó en la calle con “Los vendedores de erizos”, la chirigota de Cañamaque, o si escuchó a la banda municipal interpretar “El trovador” o “Las alegres comadres de Windsor”, en sus conciertos dominicales de la plaza de Mina. Seguro que no fue invitado a la gala de Lolita Astolfi y Conchita Piquer en el Teatro Falla. Que ni siquiera vio la película “Entre la espada y la pared”, en el cine Gades, interpretada por Charles Laughton y Gary Cooper como actor secundario. Y eso que la butaca sólo costaba una peseta. “Yo era pobre y estaba triste”, rememora en su Diario. Mas podemos suponer que sí vería los vapores de Bristol, Génova y Nápoles; que llegara a participar en el bullicio callejero de las máscaras, viviendo como podía a la intemperie. Incluso es probable que hasta se hubiese travestido con falda, blusa, mantilla y abanico. Quién lo sabe.

Su narración concreta otros detalles: “Para vivir, iba por la mañana, muy temprano, al puerto, a la pescadería, donde los pescadores tiran siempre de la barca algunos peces que han pescado por la noche. Todos los mendigos conocen esta costumbre. En vez de ir, como en Málaga, a asarlos al fuego de los demás andrajosos, me volvía solo al medio de las rocas que miran a Puerto Real. El sol nacía cuando mis peces estaban asados. Los comía casi siempre sin pan ni sal. De pie, o echado en las rocas, o sentado en ellas, en el punto más al Este de la isla, cara a la tierra, yo era el primer hombre a quien el primer rayo iluminaba y calentaba. Este primer rayo era la primera manifestación de vida. En las tinieblas, en los atracaderos, había cogido el pescado. También en las tinieblas me reintegraba a mis rocas. La llegada del sol me aniquilaba. Le rendía culto. Entre él y yo se establecía como una intimidad maliciosa”.

En esta narración, llena de poesía, donde nada se dice, claro está, de las inquietudes de la ciudad, ni de los curiosos remedios que los ciudadanos ponían a sus males. ¿Probaría Genet las curas vegetales del Abate Hamón contra la tos? ¿Se llegó a enterar de que la inapetencia, anemia, neurastenia, debilidad, insomnio y mareos se curaban con Hipofosfitos Salud? ¿Creéis que se fijaría en que las mujeres se aplicaban como maquillaje unos polvos de arroz llamados Risler? ¿Llegaría a purificar su sangre con “sal de frutas” Heno? ¡Cuántas ironías de la vida! Qué contraste entre el andrajoso que rascándose rebusca en la basura y ese otro atildado que no sabe qué hacer con su salud.

Un día siguió su camino: “Abandoné Cádiz para irme a Huelva. Expulsado por la Guardia Municipal, volví a Jerez y luego a Alicante, bordeando el mar. Iba solo”. En sus viajes contaba el azar, pero el azar de los mendigos. Así llegó a Gibraltar: “La noche del peñón recorrido, habitado por soldados y cañones dormidos, la masa erótica me enloquecía. Permanecí en La Línea, que no es sino un inmenso burdel, y allí empecé el período de la lata de conserva. Todos los mendigos del mundo -los he visto igual en Europa central y en Francia-

poseen una o varias latas (que contuvieron guisantes o fabadas), a las cuales hace un asa con un alambre. Van por las carreteras y las vías del tren con esas latas colgadas al hombro. Tuve mi primera lata en La Línea”. En esa zona debió de permanecer varios días, y “a veces -según cuenta- iba a Algeciras a pié, vagaba por el puerto y miraba a lo lejos, donde aparecía, en el horizonte, la ciudad célebre”. Genet se refería a Tánger, que tantas veces visitó después hasta su muerte, tras la cual fue enterrado por expreso deseo en el cementerio español de Larache, en una humilde tumba que he visitado más de una vez con respeto y emoción. Una tumba en cuya lápida consta una inscripción que dice: “Jean Genet 19 Dic. 1910 / 13-14 Avril 86”, escrita torpemente por una mano que ni siquiera cuidó la ortografía ni completó el epitafio.

Esa muerte, la de Jean Genet, que nos dejó sobrecogidos pero no tanto, pues la verdad más verificable es que seguirá viviendo por su obra, que es como siempre lo hizo entre sus admiradores. Los pedigüeños, los ladrones, las prostitutas, los homosexuales, los presidiarios y todos sus lectores tenemos la suerte de estar citados con Genet sobre las rocas bajo el sol del amanecer. Basta con deseárselo.



Lápida de Jean Genet (1910-1986)



Jesús Fernández, cementerio de Larache

EL “CURIOSO IMPERTINENTE” ALGECIREÑO ALBERTO GONZÁLEZ TROYANO, VIAJERO DE AQUÍ Y DE ALLÁ

Por José Antonio González Alcantud

Catedrático de Antropología Social
Universidad de Granada
Profesor visitante de la École des Hautes Études
en Sciences Sociales de París
y la universidad de Harvard

Hoy día, paradójica época de lo efímero volátil y de la memoria granítica, habituados a posar nuestra atención en figuras con fortuna mediática, incluidos los “grandes escritores” del pasado, solemos dejar de lado a intelectuales coetáneos de gran trascendencia para ciudades y pueblos, amén de nuestras propias vidas. Sin embargo, y sin necesidad de mirar más lejos, los escritores de la generación del 27, prestaban más atención a los vivos, describiéndolos, valorándolos o a veces incluso polemizando con ellos, que a los ancestros o a los ancianos camino de ancestralizarse, si exceptuamos algún homenaje como los que rindieron los de esta generación prodigiosa a Góngora y Soto de Rojas. Ello se muestra por la cantidad de “siluetas” que dejaron los de la “edad de plata” de sus contemporáneos. Para no salirme de la horma epocal, mi primera intención fue escribir sobre un escritor tangerino ya fallecido al cual profeso gran devoción. Mas me pareció indecente hablar del muerto, a pesar de que un amigo que bien me conoce suele repetirme que en mi obra crítica respeto a los fallecidos y doy caña a los vivos; definición que me gusta sobremanera.

Consciente de todo ello pergeñaré, sin permiso del aludido, unas líneas en escorzo sobre el gran algecireño, Alberto González Troyano –en adelante, Alberto-, con el cual he compartido numerosas complicidades intelectuales e incluso algún que otro viaje en las últimas décadas. Recuerdo el placer que nos cupo hace años en París tomarnos una copa de *cognac* en el espectacular café de la *belle époque* de la Gare de l’Est, mientras aguardábamos el tren que había de llevarnos a Besançon. Gracias a este inveterado romanticismo viajero, Alberto concitó a varios intelectuales de renombre en Ronda en el año 1984; con aquella ocasión afirmó que el movimiento romántico siendo el triunfo de la subjetividad, situaba al “yo en expansión del viajero (...) como centro de valoración” para a partir de él mismo permitirse “repensar el mundo que le rodea”⁴¹. La experiencia romántica del viaje me trae a la memoria aquellas hermosas palabras de Alberto en la revista “Hiperión”, dichas en un hoy lejano 1978: “En su narración el viajero acopla las ruinas y vestigios del pasado

⁴¹ AGT. “Los viajeros románticos y la seducción ‘polimórfica’ de Andalucía”. In: VV.AA. *La imagen de Andalucía en los viajeros románticos*. Málaga, Diputación, 1987, pp.13-20.

encontrados en su desplazamiento con los espejismos y alucinaciones llegadas de la estepa legendaria, y recompone imaginativamente ese mundo de cultos desconocidos, sospechosamente politeístas, en que debe transcurrir la vida del nómada”. Allí el nómada actuaba como un seductor que atraía irremisiblemente a un joven Alberto, que también nos sugería que la experiencia del viaje era intransferible⁴².

Algeciras, ciudad fronteriza por antonomasia, *finis terrae mundi*, tiene así un hijo errante que fue paseando alternativamente su errancia por París, Barcelona, Fez, Cádiz, Sevilla y finalmente Sanlúcar, donde tiene sentados sus reales de escritor prolífico. Todos ellos, que yo sepa son episodios relevantes de su amor nómada. De París se trajo su contacto con el sesentayochismo y el antifranquismo; allá trabajó para la mítica editorial *Ruedo Ibérico*, obtuvo un amigo de siempre, Fernando Savater, y la experiencia de conocer de cerca los cambios y personajes del eurocomunismo en ciernes, de la que extrajo jugosas conclusiones que lo volvieron aún más sabiamente escéptico. En particular trató a Jorge Semprún, el único según Alberto que iba desafiante al comité central del partido comunista con *Le Monde* bajo el brazo en lugar del obligatorio *L'Humanité*. En Barcelona absorbió la época dorada de la ciudad, mientras traducía a Michel Foucault y Jacques Derrida. Luego, si no me falla la memoria, vino una estada como profesor de español en el país jerifiano, en Fez, que le confirió la ineludible experiencia magrebí. Finalmente recaló en Cádiz, ciudad que González Troyano ama profundamente. De ella ha escrito bellas y sentenciadas palabras subrayando que vieja ciudad herculeana se convirtió en un “peculiar crisol, en el que confluían formas muy adelantadas de europeización, sin dejar por ello de mantenerse vivos otros focos sociales en los que se manifestaban las actitudes más castizas del entorno andaluz”. Esta es la Cádiz, urbe en sí del liberalismo andaluz y español, que sin perder sus esencias, está abierta al mundo, y que con el añadido de su insularidad provoca en nuestro autor la melancolía de lo que pudo ser y no fue, la que como sostenía Luis Cernuda pudo haber sido “la capital posible de Andalucía”. Alberto cumple con los requisitos de genuidad y autoctonía sobradamente, puesto que no ha abandonado nunca un cierto aire “castizo” con sus inclinaciones por las producciones locales en el campo literario, sobre todo de los siglos XVIII y XIX, e incluso por el mundo tauromáquico y el flamenquismo tabernario. Pero su casticismo *avant la lettre* no es encierro, al poseer Alberto la virtud mayúscula de historizar y contextualizar siguiendo una perspectiva muy foucaultiana de hacer una “arqueología” de lo que ve. Es el caso del toreo en el que se recorta la figura romántica y posromántica del “héroe” en cuanto sujeto narrativo, y lo hace en consonancia con su amigo Savater, al cual le gustan los juegos agonísticos y los toros, donde el héroe tiene la posibilidad de erguirse. En esos contextos al casticismo le otorga un punto de verdad: “Puede que algunas imágenes aventajadas por la literatura castiza y costumbrista –puestos a buscar veracidad- respondiesen ciertamente a una Andalucía auténtica”, sólo que “recortada en escorzo, en un fragmento parcial de sus gentes y de su atmósfera”. Perspectiva, la suya, que coincide otra vez con aquel bello discurso de Cernuda titulado “Divagación sobre la Andalucía romántica”, de 1935, en el que el gran poeta daba carta de veracidad a la Andalucía del romanticismo, gestada en manos de foráneos con la complicidad

⁴² AGT. “Del viajero y su ambigüedad”. In: *Hiperión*, nº 1, 1978, pp.107-110. De este bello volumen el ilustrador era otro hombre del Estrecho: Guillermo Pérez Villalta.

autóctona. En la misma sintonía, Alberto cree que los viajeros románticos han sido “los desveladores del potencial de imágenes literarias y artísticas de Andalucía”⁴³.

La huida de Alberto González Troyano del encierro castizo tiene como contrapunto a los exiliados y liberales españoles, con predilección para los sevillanos Marchena o Blanco White, y los más recientes Cansinos-Assens y Chaves Nogales. Son los llamados “intercastizos” por Américo Castro. El arte de Alberto reside en la conciliación de los opuestos, y lo hace a fuerza de “sociabilité”.

Uno de los conceptos que mejor podría aplicársele a Alberto sería precisamente el de ser un verdadero adepto de la “sociabilidad”, galicismo que él de buen grado ha aceptado procedente del francés “sociabilité”, que indica la capacidad para sentir y vivir la amistad en grado de verdad. De ahí que el universo de la taberna y el vino, de los toros y sus actores, y del teatro y sus públicos, cuando no el de ópera, sean sus referentes. Para gozar de vida y literatura a González Troyano hay que situarlo frente a un buen manzanilla que alegre el corazón y aligere al entendimiento, en el lado opuesto de esos críticos que han mascado quizás en demasía la hiel del rechazo. Alberto ha adaptado su sentido crítico a las virtudes del buen vivir, lo que siempre supone poner por delante la “sociabilité” frente a la confrontación. Al final de todo Alberto resulta ser partidario de una filosofía ni rencores sedimentados. En el prólogo a la edición de las obras completas de Rafael Cansinos-Assens que el mismo Alberto prologó señalaba que el gran crítico sevillano magnificaba la literatura al convertirla en vida, o que dignificaba la vida dándole el valor de lo literario. Que en definitiva es lo que él hace con naturalidad.

Pero además como hijo del Estrecho, condición que es una verdadera invitación al viaje, Alberto es un viajero irredento. A diferencia del mundo islámico en el cual el mandato coránico de viajar consiste en ir siempre al encuentro de lo idéntico, de la *umma*, la posición de los intelectuales ilustrados es viajar para conocer lo diferente. Una curiosidad que fue la marca de los viajeros extranjeros en España; interés extremo que sirvió para definirlos como los “curiosos impertinentes”. En su “grand tour” a la inversa, desde el Sur hasta el Norte, en tanto viajero sureño para Alberto el eje del pensamiento europeo más novedoso siempre estuvo en París, el gran Moloch del siglo XIX y buena parte del XX, tan bien analizado por Walter Benjamin como la ciudad de los pasajes. Los pasajes: esas construcciones singulares, suerte de calles soterradas por los edificios, donde se exponían las novedades. “Los pasajes son comercio de mercancías de lujo. En su decoración, el arte entra al servicio del comerciante. Los coetáneos no se cansan de admirarlos”, escribe Benjamin. Admiración que recogerá igualmente Louis Aragon, y que mi amigo Alberto y yo hemos podido disfrutar junto alguna vez boquiabiertos, en lo que resta de ese mundo de los pasajes, donde la novedad es el *leifmotiv*.

Conocí a Alberto, antes de saber nada de él, a través del ensayo *Carmen*, que fue Premio Espasa Calpe en los ochenta. La ligereza y precisión de su pensamiento me hicieron pensar que estaba ante un raro intelectual andaluz que había asimilado el pensamiento ilustrado, con sus ramificaciones hasta llegar a la entonces moderna crítica estructuralista. Su manera de hacer las cosas a ojos vista tenía mucho de Roland Barthes, radiografiando París desde

⁴³ AGT. “Los viajeros románticos y la literatura costumbrista”. In: VV.AA. *La imagen romántica del legado andalusí*. Granada, Fundación el Legado Andalusí, 1995, pp.37-45.

la torre Eiffel. Luego, vino el conocimiento personal, y no hubo decepción. Era un extraordinario conocedor de los defectos de su patria, que da por supuestos, sin querer profundizar hasta el dolor, que les provocaba, dicen, a los noventayochistas. Alberto es “hombre de ideas”, como se decía de los viejos ácratas. Ensayista, crítico, de acervo cultural inmenso. Su hogar es un auténtico culto al libro, palimpsesto de mundos literarios donde la primera impresión al abrir la puerta es que no hay ni siquiera espacio para sestar en una mecedora de rejilla, con un buen y raro ejemplar –la búsqueda de la rareza es otra de sus cualidades de bibliófilo- entre las manos.

Habida cuenta de su curiosidad innata ésta le lleva con la frecuencia de los pájaros migratorios a darse “una vueltecita”, como él dice con gracejo castizo, por París y sus librerías. Siempre toma buena nota de los lugares emblemáticos que frecuenta con sus amigos. En un viaje disfrutamos de la buena mesa del Balzar, el restaurante de los divinos profesores de la Sorbonne, y cada vez que vuelve lo visita. La última vez que coincidimos allí, con motivo de la preparación por su parte de una edición del ilustrado abate Marchena, y por mi lado con mis investigaciones sobre el Marruecos contemporáneo, tuvimos la oportunidad de emplear unas horas en la agradable mesa de uno de los últimos “bouillon” de París, el Chartier.

Pero Alberto ama el Estrecho a donde siempre vuelve. Con motivo de un simposio algecireño de “las dos orillas” pude disfrutar, gracias a él, de las virtudes de la frontera gibraltareña de la mano de poetas. Añadámosle que como todo buen intelectual goza poniendo en contacto a sus conocidos, para que broten generosas nuevas ideas y proyectos. Si yo tengo una vinculación con el mundo tarológico en buena medida se lo debo a él y las mimbres que ha entretajido. Otras veces está pendiente de las tensiones que malforman a ese proyecto siempre en trámite de irse al garete que es Andalucía, que él reconoce en su diversidad. Esta inquietud nos llevó hace no muchos años a poner en marcha un proyecto llamado “Granada en Sevilla”, al cual él generosamente dio vida en la sombra, así como antes lo habíamos intentado con otro llamado “Andalucía Plural”. Aquel proyecto sevillano fue un éxito en todos los sentidos, ya que ponía las bases para un entendimiento periódico de los intelectuales de las dos ciudades, pero no tuvo su segunda edición gracias a que las autoridades que no deseaban entendimientos algunos, y que preferían la tensión para obtener réditos.

Alberto es un intelectual que tiene muy presente las tensiones regionales de España, y que cultiva una profunda andalucidad. Esta última inclinación, que comparto, nos llevó incluso a escribir a cuatro manos un estudio sobre Isidro de las Cagigas, un carmonés devenido granadino, que amén de arabista y diplomático en el Protectorado, que fue amigo y partidario del andalucismo blasinfantiano. Entre los dos pusimos manos a la obra a aquella recuperación, cuyo origen estaba en un libro de De las Cagigas llamado *El mirar de la maja. Elogio del Albayzín* del cual en buena ocasión me regaló un ejemplar casi *in tonso*.

Mi amigo Alberto, finalmente, es sensible a la ópera, a la que ha dedicado un volumen. En el viaje de la imaginación las figuras de Carmen, Fígaro y Don Juan han situado a Sevilla en el epicentro del mundo operístico, con fautores de fondo y forma como Bizet, Mozart o Verdi. No siempre el viaje debe ser desplazamiento físico, como preveían Joseph de Maistre o Julio Cortázar, dando paseos elípticos alrededor de un cuarto o haciendo la vuelta al día en

ochenta mundos. Desde un espacio real y concreto, pero sin haber enterrado la placenta allí, como hacen ciertos pueblos africanos, para “enraizarse”, puede uno ser un viajero también. Todo depende de un *esprit* que el Estrecho, Algeciras, Tánger, Tetuán, Cádiz, Ceuta y Gibraltar poseen: navegar aleatoriamente a los vientos.

Viaje, misterio y lucidez son caracteres de este algecireño ilustre y excelente, de cuya amistad he presumido, bien sea cuando flanea por las ciudades invisibles bien sea cuando se sienta frente al mar color de arena de Sanlúcar.

Básicos para conocer la obra de Alberto González Troyano:

El torero, héroe literario. Madrid, Espasa-Calpe, 1988.

La desventura de Carmen. Madrid, Espasa-Calpe, 1990.

El Cádiz romántico. Sevilla. Sevilla, Fundación JM. Lara, 2004.

Don Juan, Fígaro y Carmen. Sevilla, Fundación JM Lara, 2007.

De las luces al realismo. Ensayos críticos (Siglos XVIII, XIX y XX). Universidad de Sevilla, 2012.

La reinención de un cuadro. Goya y la “Alegoría de la constitución de 1812”. Madrid, Abada, 2012.

HACIA LA TUMBA DE GENET

Por José Manuel Benítez Ariza

Escritor, poeta y traductor
Profesor Instituto y crítico literario "El Cultural"

Llegamos a Larache desde el norte y entramos por el puerto pesquero, en el que ese día está recogida la casi totalidad de la flota, no sabemos si por el levante que ha empezado a soplar en la víspera –que a nosotros no nos parece demasiado fuerte– o porque el pueblo está en fiestas –aunque este último factor en Marruecos nunca es determinante del decurso laboral–. Vamos bordeando el contorno marítimo de la ciudad y dejamos a nuestra derecha un castillo en ruinas, al extremo de la medina, y luego algunas manzanas de ruinosos edificios de la época del protectorado español, y el bullicioso mercado, flanqueado por puestos de pescado en los que resplandecen los afamados boquerones y sardinas de Larache. Hemos dejado atrás también el cementerio musulmán, encaramado en una elevación en la línea de acantilados que flanquea la costa, y llegado, ya en las afueras, al otro pequeño cementerio, el español, también dispuesto en terraza frente al mar, y situado enfrente de unos descampados en el que pastan algunas cabras y el sol castiga algunos malolientes montones de basura. Venimos a ver la tumba de Jean Genet. Una de esas casualidades que suelen darse en los viajes quiso que precisamente el día anterior diera fin a la lectura de *Jean Genet en Tánger*, el diario que Mohamed Chukri consagró a sus andanzas con el escritor francés durante las visitas de éste a la ciudad norteafricana, y que en su epílogo me enterara –reconozco mi ignorancia al respecto hasta ese momento– que Genet está enterrado en Larache, a pocos kilómetros de Asilah. Se lo comento a nuestros anfitriones, que nos dicen que conocen la tumba y se brindan a acompañarnos a visitarla. Así que allá vamos.

El siempre algo malicioso Chukri comenta que, según le confesó el último "protegido" de Genet en Marruecos, Larache era el último lugar en el que éste deseaba ser enterrado, pero que así lo decidió el compañero y albacea del escritor, en deferencia a que allí vivía y estudiaba Azzedine, el hijo del amigo marroquí, a quien Genet no dejó nunca de brindar su apoyo económico... Una trama un tanto complicada, en fin, a la que no es ajena la condición de perpetuo expatriado que Genet conservó incluso en sus años de mayor reconocimiento literario.

Con estos datos en mente llegamos a la puerta de la modesta casita encalada en la que vive la familia que cuida del cementerio español. Responde a nuestra llamada una mujer joven, con aspecto de campesina, que nos invita a dirigirnos a la cancela. Cae un sol de plomo y en el cementerio no hay más sombra que la que brinda una extraña palmera quebrada de raíz, cuyo tronco ha crecido en horizontal, pegado a la tierra, y luego, por no sabemos qué reacción de la naturaleza, ha buscado la verticalidad y levantado su escueta sombrilla un par de metros por encima del suelo... Bajo ella se refugia la guardesa, sin quitarnos

ojo de encima. Avanzamos entre las tumbas, la práctica totalidad de ellas –las que conservan algún vestigio de sus inscripciones– datadas en las dos primeras décadas del siglo veinte, cuando España libraba una sangrienta guerra para afianzar su control sobre el Protectorado. La mayoría son de soldados muertos en esas campañas, aunque también hay muchas de mujeres –jóvenes la mayoría– y bastantes de niños, que uno supone muertos de enfermedad en la entonces inhóspita ciudad de guarnición. Era doloroso imaginar la aflicción de aquellos padres que debían de haber detectado un factor añadido de crueldad en el hecho, no del todo infrecuente en aquellos tiempos, de perder a un hijo en sus primeros años de vida. De ahí las detalladas inscripciones, cómo si con éstas aquellos españoles desplazados intentaran afirmar su plena conciencia de estar sometidos a una cuota extraordinaria de penalidades. Tengo la ocurrencia de tocar una de las enmohecidas cruces de hierro de una de las tumbas y constato, con cierto horror, que casi me quedo con ella en la mano, y que a mi contacto se han desprendido varias lascas de materia herrumbrosa, como si la pieza entera fuera a volatilizarse entre mis dedos.

Siguiendo las indicaciones de la guardesa, descendemos por la vereda empedrada que conduce a la tumba del escritor francés. A diferencia de las otras, ésta no consiste en una losa blanca, sino en una especie de arriate de tierra ceñido por un murete encalado, a la cabeza y los pies del cual se alzan sendas piedras sin tallar, también encaladas, en una de las cuales consta la siguiente inscripción:

Jean Genet
19 Dec 1910
13-14 Avril 86

La tumba hace un pequeño repecho desde el que se goza de una inmejorable vista, a nuestra derecha, de los acantilados que bordean los puntos más escarpados de la fachada marítima de Larache. La vista a la izquierda está cortada por los muros, también blancos, de una prisión. Uno, que siempre ha tenido la fantasía de que una tumba será tanto más acogedora cuanto más expuesta a un sol que conforte los huesos, piensa que ésta cumple todos los requisitos, y que el pobre Genet, a quien Chukri retrata en sus anotaciones como alguien básicamente descontento del destino que quiso convertirlo en un personaje desubicado y desorientado, no debe de estar del todo descontento en este lugar.

A falta de flores de mayor empaque, nuestra anfitriona y guía deja sobre la tumba un ramillete de margaritas. Yo deposito unas monedas en la mano de la guardesa, por las molestias. Y abandonamos la calma de este cementerio para sumergirnos en el bullicio del mercado de Larache, en el que pretendemos comprar unos boquerones para la cena.

TANGERINE STREAM: TÁNGER Y EL TORRENTE NARRATIVO DE ÁNGEL VÁZQUEZ

Por José Juan Yborra Aznar

Licenciado en Filología Hispánica por la Universidad de Sevilla
Doctor en Filosofía y Letras por la Universidad de Cádiz
Profesor UNED de Algeciras

Resulta un lugar común considerar que la técnica del monólogo interior nace de la mano de Edouard Dujardin con *Les lauriers sont coupés* (1887), quien llegará a definirlo como “un procedimiento con el cual se introduce al lector en el interior de un personaje, sin intervención ni comentario de un novelista”. Sin embargo, no será hasta décadas más tarde cuando, ya con la denominación sajona de Stream of Consciousness, se desarrolle en obras verdaderamente paradigmáticas de la renovación narrativa que tuvo lugar en el primer tercio del siglo pasado con títulos tan significativos como *Ulysses*, de James Joyce (1922); *El sonido y la furia*, de William Faulkner (1929); *El cuarto de Jakob*, de Virginia Woolf (1922); *Manhattan Transfer*, de John Dos Passos (1925) o *La metamorfosis* y *El proceso*, de Franz Kafka (1928 y 1933). Esta técnica será importada a España ya en la década de los cincuenta con *La colmena*, de Camilo José Cela (1951), quien seguirá cultivándola a lo largo de toda su producción narrativa.

Resulta otro lugar común considerar el “malditismo” de la figura de Ángel Vázquez. Autor de escasa y poco reconocida producción, llega a editar solamente tres novelas: *Se enciende y se apaga la luz* (1962), *Fiesta para una mujer sola* (1964) y *La vida perra de Juanita Narboni* (1976). Las tres no solo poseen en Tánger su localización espacial, sino que van más allá, puesto que convierten a la ciudad en su particular fuente de inspiración. Este espacio no trascenderá solo como peculiar ámbito geográfico, sino que además se situará en un periodo temporal que despertará no pocas filias e inspiraciones literarias: el que transcurre a lo largo de las décadas en las que la urbe posee estatus internacional. En estos momentos se ambientan obras tan dispares como *Après toi le déluge* (1955) o *Mémoires d'un nomade* (1972), de Paul Bowles; *Au Grand Socco* (1952), de Joseph Kessel; *Tánger* (1952), de Joaquín Calvo Sotelo; *Hotel Tánger* (1955), de Tomás Salvador; *La chute de Tanger* (1984), de Thierry de Beauce; *Elagarre, el Tangerino* (1988) de M. de la Sorola; *Le pain nu* (1980) o *Zocco Chico* (1996), de Mohamed Choukri; *Une saga à Tanger* (1997), de Ahmed Beroho; *Aisha Kandisha* (1999), de Gloria Berrocal o *El último verano en Tánger* (2000), de Juan Vega.

Una de las consecuencias del “malditismo” con el que se ha tildado al autor es la relativamente escasa difusión que ha tenido su obra y las igualmente ralas aportaciones que la crítica ha realizado de las mismas. En ellas se ha

establecido otro lugar común: la omnipresencia de la ciudad en la obra del autor y el particular uso de la lengua que este realiza. Efectivamente, no podemos entender la narrativa de Ángel Vázquez sin la presencia casi obsesiva de aquel Tánger donde pasó una vida llena de sombras y alguna que otra luz. Tampoco podemos entenderla sin la peculiar elaboración lingüística de sus textos, ya que para él la literatura era la mejor de las formas para conjurar sus demonios personales, que no fueron pocos ni inconstantes.

De formación autodidacta, Ángel Vázquez aprendió la haquetía entre lazos y flores de trapo en la sombrerería que su madre, Mariquita Molina, tenía en el Zoco Chico, a un paso de la Purísima y del Café Fuentes. Allí acudía una pudiente clientela de cristianas y judías que empleaban ese código extinto con rasgos del sefardí, portugués y español como suma de mestizaje lingüístico. Aprendió igualmente en la calle desde muy joven los recursos del periodismo sin título y con penurias, casi siempre al amparo del entonces reputado diario *España*. En un Tánger abierto, cosmopolita e internacional aprendió a vivir siempre al límite, traspasando cancelas prohibidas y hollando garitos y compañías que fueron minando su salud y su ánimo, a pesar de que amigos como Jane Bowles lo recondujeran periódicamente a la única tabla de salvación a la que pudo asirse: la literatura; y todo ello con una escritura rica, compleja, leída y elaborada.

De sus tres relatos será *La vida perra de Juanita Narboni* el que mejor refleje la peculiar visión de una ciudad que acabará identificándose con el personaje protagonista, tras el que hay un trasfondo autobiográfico y una fuerza vital que es lo que otorga precisamente autenticidad a la ficción.

Se trata de una narración con una compleja estructura interna, con dislocación del eje temporal, con desvertebración de tramas argumentales y con un empleo casi obsesivo del monólogo que, de forma muchas veces caótica, se convierte en el único eje narrativo. La protagonista monologa consigo misma y hasta con personajes cercanos a lo largo de doscientas cincuenta páginas en las que el único orden es su caos mental, la irracional aparición de unos recuerdos que la infiel memoria insiste en dictar en forma de subjetivo desahogo donde encontrar bálsamo a sus frustraciones, complejos y tormentos. El relato posee casi una función terapéutica para una narradora que se sirve de la lengua para exorcizar sus particulares sombras. Esta es la razón por la que no podemos encontrar en el texto descripciones completas de una ciudad que se refleja a retazos, tras los relámpagos de un recuerdo que rompe con todo orden, como tampoco podemos encontrar tramas lineales ni cronogénesis evolutivas. La visión que realiza Ángel Vázquez de Tánger en su *Juanita Narboni*, es, parafraseando a Fernando Valls, la de un espejo fragmentado, roto en los pedazos que la memoria ni siquiera se empeña en recomponer.

No podemos buscar totalidad, ni tan siquiera grandes tramas que articulen su conjunto. Esta peculiar visión de Tánger en aquellos años dorados abandona los grandes hechos que marcaron su devenir y estos son contemplados desde la perspectiva de la vivencia personal, desde la subjetiva y reprimida óptica de la narradora que construye un mosaico de teselas reflectantes, sobre las que se barrunta apenas el complejo entramado social, político y urbano de una ciudad que identifica con ella misma en su personal proceso de plenitud, decadencia y muerte.

La vida perra de Juanita Narboni es un artificioso caleidoscopio cuyos cristales rotos fabrican una compleja trama cuya urdimbre se basa en la dislocación

temporal, provocando una ceremonia de confusiones donde no pocas sincronías se entrecruzan. Lo único constante en este aparente caos narrativo es el monólogo interior de la protagonista, que nos guía como intrincado hilo de Ariadna a través de los diferentes estadios temporales. Esta intrincada senda surge desde un presente caracterizado por el pesimismo más descarnado, y desde él, cualquier recuerdo del pasado posee una lectura positiva. Así se muestra en estas reflexiones que realiza Juanita ante la tumba de su madre, en el cementerio de la Bubana:

“¡Quién me iba a decir a mí cuando vinimos a ver los primeros aviones que tú habrías de reposar al pie de esa colina! Lo que yo no quiero, mamá, es volver a casa. No esta tarde. Ha venido lo mejorcito de cada colonia: tus amigas hebreas, tus amigas francesas, Miss Bentley, haciendo juego con papá en lo que a borrachera se refiere. Bella Pinto nos ha invitado a comer y a pasar la tarde con ella. Nos ha traído las mejores dalias y los mejores crisantemos y dice que tiene su jardín precioso. Como ha llovido tanto esta primavera ha sido una eclosión.” (p. 174 -Las citas se realizan por la ed. de Virginia Trueba, Madrid, Castalia, 2000-).

De todos los escenarios que conforman la Tánger recordada de la infancia de la protagonista hay uno que destaca por encima de todos y que se convierte en el principal referente de la colonia europea que entonces habitaba en la ciudad internacional. No es otro que el Teatro Cervantes, punto de encuentro de la burguesía tangerina en veladas como esta del baile de Carnaval, donde Juanita mezcla sus recuerdos de la esplendorosa interculturalidad de la urbe con otros mucho más próximos a su propia intrahistoria, como son los congénitos celos que desarrollará hacia su hermana mayor:

“¡CÓMO ESTÁ ESTO! De bote en bote. Todas las aspidistras, hortensias y enredaderas de la ciudad. Y claveles. Doña Fe sabe hacer bien las cosas. Con razón llamaron a casa esta mañana muy temprano y vi salir a Hamruch con dos macetas. El vestíbulo ha quedado precioso con tantas alfombras, las mejores alfombras de Rabat y de Marrakech. No me empujes, mamá. No hay quien llegue al guardarropas (...) ¡Anda, y la estúpida de mi hermana ya se ha quitado la capa! Ella, por tal de lucirse es capaz de todo. De libélula: esas antenas son un disparate. Cogerás una pulmonía. A mamá, la pobre, ese dominó le estará grande. Que Dios me perdone, pero me parece la Aixa Kandisha; como siempre ha tenido esas piernas tan finas esta noche me parecen patas de cabra. ¡Qué horror!, soy una maldita. No merezco el pan que me como. Es que soy malísima. No, hijita, si no empujamos no llegaremos nunca. Nunca llegaremos a esa escalera. (...) ¡Todas las banderas, qué bonito! La española, la francesa, la inglesa, la italiana..., la Asamblea Legislativa en pleno. No llegaremos nunca. A este paso, desde luego que no.” (p. 161).

El tiempo y los desencuentros pasan por la vida de Juanita a modo de fotogramas desbarrados, sin aparente orden ni concierto, como fotonazos estáticos que alumbran escenas de épocas diferentes donde se observa el devenir de la ciudad y el de ella misma. Sin referencias explícitas, la protagonista se muestra como una mujer ya madura y plena de frustraciones eróticas y sexuales en un momento que apenas sugiere, como es el Tánger mestizo de la Segunda Guerra Mundial desde el interior de las naves de la iglesia de la Purísima:

“Yo pecador, me confieso a Dios... ¿Quién es aquélla? Parece una artista

alemana. No veo a nadie conocido. Ahí está la prenda que ayer estuvo a punto de ahogarse en la playa. Con su madre. Deja que salga, le tengo que contar a su madre que el niño me dio el día. ¡Mira tú que lanzarse al mar con bandera negra! ¡Qué guapo es! Que Dios se lo conserve, la gente guapa no debe morir. De tonto no tiene un pelo, mira cómo él también se fija en la actriz alemana. Se le van los ojos al niño. Esa no es de aquí. Gente nueva. Se está llenando la ciudad de gente nueva. Extraña. Mujeres que se parecen a Kay Francis y hombres vestidos como Adolphe Menjou. Espionaje. Seguro” (p. 257).

Sin embargo, la mítica ciudad tendrá los días contados en el relato, o las horas, más bien. La visión de Tánger corre paralela a la de la propia Juanita que vive como la urbe un irremediable proceso de decadencia que se muestra, al igual que los grandes derrumbes, a partir de pequeñas fisuras en su propia intrahistoria, como este monólogo en el que desde su madurez intuye sutiles y descaradas muestras de ruina personal en una ciudad azotada por el levante:

“Disfruta mirando ese mar enfurecido, porque Dios sabe cuándo te verás en otra. Al menos, mientras dure este maldito levante. Hasta que no cambie la luna... Este desvergonzado ventarrón que te alza las faldas y tiene que enseñar una lo que Dios le dio. Que te abofetea como si fuera un chulo y te hace subir la cuesta de la Playa a trompicones, sintiéndote observada detrás de los miradores... Como que estoy por beber todo el chianti que pueda, porque si luego me tambaleo, podré irme a casa en cuanto acabe de comer y nadie se dará cuenta de mi borrachera. Dios bendito quiera que las bragas que dejé tendidas en el patio no se las haya llevado el viento y aparezcan tumbadas en un macizo del jardín de Eugenia. No sería la primera vez, pero es que estas tienen un remiendo, y estoy yo ahora como para irme a la Sultana a comprarme unas nuevas.” (p. 129).

La transformación del espacio sucede de forma paralela a la que sufre la protagonista, que no se reconoce ya en un ámbito que tiene poco que ver con aquel donde se desarrolló su infancia y juventud. Tánger, otrora cosmopolita ciudad internacional, se va llenando de rasgos que manifiestan su progresiva arabización:

“Ni un alma. Una ciudad por donde los autobuses pasean vacíos es una ciudad fantasma (...) Ésa es la finca de los Madison, lo que quedó. Esta ciudad se está pudriendo, en cualquier parte del mundo esto sería un solar rentable. Hasta los Lyons se fueron. Ya no queda nadie. Cuatro gatos. Empleaditos de los consulados con las caras amarillas, siempre tuvieron mala cara y mal carácter. Mohamed, ¿paras en la Place de France? Ni me oye, el preto. ¿Qué es esto? Iluminaciones. La noche iluminada. Claro, estamos en vísperas del Aachor. Ahora son sus fiestas, antes eran las nuestras las que se celebraban con esplendor. (...) Demasiado iluminada, esta ciudad siempre ha sido un carnaval. Lo malo es que antes era un carnaval alegre y esto, esto es de lo peor, una imitación (...). Los tacones, mi bueno, no se puede pasar de las babuchas a los tacones de la noche al día. ¿La oíste, Juani? Ahora todos hablan en francés y pasan por tu lado como si no existiesen... Claro, hemos pasado nosotros tantas veces por el lado de ellos como si no existieran, que esto es la revancha. Se cambiaron las tornas, mi vida.” (pp. 344-345).

La compleja trama temporal desemboca en la constatación total del fracaso. Fracaso tras el eterno monólogo donde Juanita hilvana retazos de su particular intrahistoria, tras los torrentes de conciencia de esta mujer vencida y sola, tras comprobar que en el mítico Teatro Cervantes de su infancia habitan ahora “humo y rastrojos”, “grietas y cardos donde antes creció la hierba”, tras

constatar su más absoluta soledad en una ciudad que ya no reconoce como suya. Entonces y solo entonces no tiene más remedio que afirmar que “Las ciudades también mueren, y las ciudades alegres y confiadas como la nuestra, con más razón, mueren sin enterarse siquiera que ya están muertas” (p. 372). La agonía final de Tánger no puede menos que barruntar la de la propia Juanita y el cese del torrente que se agota con ambas.

EL ESTRECHO DE LA GENERACIÓN BEAT

Por Juan José Téllez

Escritor y periodista español
Exdirector del diario "Europa Sur"
Director del Centro Andaluz de las Letras

Bajando al moro: algunos escritores a través del Estrecho.-

Si los viajeros románticos descubrieron en Andalucía un confín exótico, en donde recobrar el buen salvaje, el orientalismo o la Edad Media, el Estrecho de Gibraltar se convirtió durante el siglo XX en un enclave paradigmático, mestizo, que aparecerá reflejado con frecuencia en la literatura y la correspondencia de autores tan valiosos como los irlandeses James Joyce —el monólogo de Molly Bloom con que concluye "Ulises"— o William Butler Yeats —"Death in Algeciras"— a comienzos de dicha centuria. Uno de los mitos de la cultura pop fue el de bajarse al moro, en una ruta que, desde los años 50 del siglo XX, incorporó a hippies y a beatniks, de manera especial. Y aunque su rastro es esencialmente literario, también cabe buscarlo en el ámbito pictórico y en la música, desde los Rolling Stones a Sting.

También para estos últimos, Tánger se convertirá en un lugar de peregrinación a partir de que se establecieran allí Paul y James Bowles, viajeros frecuentes del Estrecho, hasta que ella muere prematura y dramáticamente en Málaga. Fue Gertrude Stein quien le sugirió a "Freddy" y a "Pablo" —que era como le llamaban sus amigos en dos idiomas distintos— que viajara a Tánger: "Tú no quieres ir a Ville Franche. Aquello está hasta los topes. Y San Juan de Luz está vacío y con un clima desagradable. El sitio al que debes ir es Tánger. Alice y yo hemos pasado tres veranos allí y es estupendo". Bowles y el compositor Aaron Copland cruzaron por primera vez el Estrecho en 1931, mientras —como cuenta el autor de "Té en el Sáhara"— los trabajadores del hotel Cristina de Algeciras arriaban la palabra "reina" de los muros del edificio y cuando todavía se podía ver cine desde los jardines de la Alameda de Gibraltar.

Gertrude Stein a su vez debió formular idéntica recomendación a otra amiga, la transgresora Djuna Barnes, inquilina en el hotel Continental en cuyos veladores Paul Bowles quedaría inmortalizado en un cameo de la película "El cielo protector", de Bernardo Bertolucci. Ambos, en cualquier caso, llegaron a compartir el alquiler de una casa en la que Bowles se encerraba con un piano a componer algunas de sus obras, aunque le siguiera fastidiando hasta el fin de sus días la práctica imposibilidad de encontrar músicos marroquíes que supieran leer partituras.

Un turista americano.-

Después de casarse en 1938 con la escritora Jane Auer –judía y lesbiana, suelen calificarla esquemáticamente sus peores biógrafos--, tras una kilométrica luna de miel y una experiencia viajera que les llevó desde Ceilán a México, Guatemala, Panamá, Costa Rica y el mítico Chelsea Hotel neoyorquino, recalaron en Marruecos en 1947, con la ciudad de Tánger gobernada por siete potencias occidentales tras la Segunda Guerra Mundial. Ambos frecuentaron allí el amor de otras compañías, como el pintor Ahmed Yacoubi, a quien Pablo apoyó en sus inicios. Sin embargo, la relación que marcó poderosamente a la pareja fue la de Cherifa, una joven de apenas dieciocho años que entró para siempre en la vida de Jane. La autora de *Dos damas muy serias*, murió en 1973 tras una dolencia cerebral que durante 16 años marchitó su carácter risueño y extrovertido.

Buena parte de dichas vivencias quedan reflejadas en su obra, con incursiones saharauis o fesies, pero centradas en personajes y atmósferas tangerinos o capturados en la memoria de Paul, según llegó a confesarme, durante sus viajes en el transbordador que cruzaba el Estrecho. Gracias en gran medida a su interés por la literatura oral marroquí, oí conocemos la literatura de Mohammed Mrabet –“M, haschis”--, Mohamed Choukri –“El pan a secas”--, Abdeslam Boulaich o Larbi Layachi -- “A life full of Holes--. Buena parte de la peripecia tangerina de Bowles, Genet o de Tennessee Williams se la debemos a Chukri, quien escribió diversos memoriales al respecto.

Tras la muerte de Jane, Paul se trasladó a vivir al cuarto piso del Inmueble Itesa, un modesto piso en la rue des Amoureux, no muy lejos del consulado español que le llevaba sus asuntos cuando cerró la legación estadounidense y que compartió durante cierto tiempo con Gore Vidal. Bowles amó a Tánger de una manera extraña: “Nunca he dejado de ser un turista aquí”, se lamentaba ante mí en 1992. Sin embargo, permaneció en ella hasta su muerte, en la habitación nº 3 del hospital italiano, el día 18 de noviembre de 1999.

Entre los legendarios alojamientos tangerinos, Jean Genet, en cambio, prefería el hotel Minzah, a donde llevó en una ocasión a una recua de pordioseros locales, aunque tampoco desdeñara la compañía cómplice de Mohamed Chukri. Enterrado finalmente en el cementerio de Larache, Genet pasó por Andalucía y cruzó el Estrecho desde Algeciras, que describe, en las páginas de “Diario de un ladrón”, como una ciudad peligrosa que realmente puede llegar a serlo.

Era el Tánger de la licenciosa condesa Paceli, que sólo bebía champán, de las fiestas de Elizabeth Taylor o del millonario Forbess, con su gran globo y la colección de miniaturas militares. Allí transcurrirá “La orilla africana”, la novela de Rodrigo Rey Rosa, cuya acción transcurre en aquella ciudad “desde donde podía verse, en la lejanía, el Djebel Musa, la pálida columna de Hércules derrumbada sobre la orilla africana”.

La Algeciras de Somerset Maugham.-

A la falda de Djebel Tarik, la otra columna de Hércules, Somerset Maugham

había dejado ya escrita su visión de Algeciras en un relato titulado “Un hombre de Glasgow”, en el que refiere un suceso de terror psicológico protagonizado por un personaje al que bautiza como Robert Morrison, empleado de una empresa escocesa que se dedica al negocio de las aceitunas: “Algeciras era entonces una ciudad desordenada y descuidada”.

En dicho texto, el autor de “El filo de la navaja” nos describe una cantina en el puerto, con vistas al Peñón y tipos que jugaban al tresillo en torno a un brasero. Existe otro relato similar que se titula “Told in the inn in Algeciras”, en cuyas páginas Somerset Maugham vuelve a sumergirnos en una atmósfera de suspense, de ribetes góticos.

En “Un hombre de Glasgow”, sin embargo, Maugham deja ver sus hechuras de viajero atento y no sólo describe de forma impresionista la realidad local, sino que también menciona otros enclaves andaluces como las minas de Rio Tinto en Huelva, Sevilla o Cádiz, pero también Mérida y por supuesto el ferrocarril que iba desde Bobadilla hasta Algeciras, desde mediados del XIX. El relato está incluido en “Collected Short Stories”, que editó Penguin Books en 1977, aunque su primera edición data de 1921.

Similar atmósfera rodea a “The spanish priest”, una aventura minera en torno a la ambición humana, que podría traducirse como “El cura español” y cuya acción comienza en un bar de Gibraltar, fruto presumiblemente de sus recuerdos españoles, desde su primera aparición en Sevilla hacia diciembre de 1897 a su último viaje en 1954.

Consecuencia prematura pero inteligente de tales experiencias, fue el libro de viajes titulado *The Land of The Blessed Virgin* —que podría traducirse como la tierra de la bendita Virgen— y que apareció en 1905. En sus páginas, Somerset Maugham describe a Ronda respecto a la realidad que acaba de dejar atrás en esta bahía: “Después del clamoroso bullicio de Gibraltar, ese hormiguero de cientos de nacionalidades, Ronda impresiona por su peculiar silencio”.

El Tánger de la generación beat.-

Tánger, bajo la poderosa atracción de Paul Bowles, se convirtió en una meca literaria, pero también liberal, en un periodo que lleva desde su estatuto de ciudad internacional, con su impronta española que tan bien dibuja Angel Vázquez en “La vida perra de Juanita Narboni”, hasta la independencia plena de Marruecos con el desprecio que Hassan II mantuvo siempre hasta el levantisco norte.

Allí quien realmente reinó durante largo tiempo fue Barbara Hutton: la heredera de los almacenes Woolworth, la hija del magnate neoyorquino Frank Winfield Woolworth, cuya madre se suicida cuando ella tenía cuatro años y la prensa sensacionalista se aprestó a rebautizarla como “pobre pequeña niña rica”. Cuando cumplió veintiún años dejó de ser pequeña pero se convirtió en la mujer más rica del mundo, con 50 millones de dólares de la época. Alcohólica y drogadicta, se casó siete veces en pos de títulos nobiliarios, tras la pista de algún dandy o de galanes de cine como Cary Grant, que fue su único consuelo cuando le encontró la muerte casi al borde de la ruina. Antes, reinó en su palacio tangerino, cuyas fiestas fueron tumultuosas e interminables.

La generación beat fue la que practicó la aventura iniciática de bajarse al moro, una encrucijada que tocaba tierra andaluza, especialmente Algeciras. Esa es la

misma ruta que siguen Gregory Corso, que venía de Panamá y en cuya correspondencia alude a la alegría de las calles algecireñas, a pesar de la dictadura franquista.

Allen Ginsberg, el autor de "Howl", también visitó la casa de Bowles. Ginsberg apareció por vez primera por Algeciras, hacia 1957, camino del Tánger de su amigo Bowles. También conoció por entonces Madrid y Barcelona y convidó al Garage de Nueva York a su amigo gaditano Carlos Edmundo de Ory. En una carta dirigida a Jack Kerouac, Ginsberg refiere como ha dejado atrás a Bill Burroughs y Alan Asen en Tánger y va camino de la Granada de Federico García Lorca, de sus jardines y de las cuevas de Sacromonte. La travesía del Estrecho la realizó a 5 de junio de aquel año, para toparse primero con los "muelles alegres" de Algeciras, eso sí, sin negros ni tangerinos y precios aún más baratos que en la orilla marroquí.

Jack Kerouac, el maestro del kickwriting a quien atraía poderosamente la forma de escribir de Yeats, aquel viejo huésped irlandés del algecireño hotel Cristina, pasó largas temporadas en Tánger. En su obra "Viajante Solitario", el autor de "On the road" --donde ya habla del Estrecho nuboso-- cruza a Tanger desde Algeciras e idealiza las calles tangerinas por mucho que admita que a veces la ciudad es aburrida: "El ferry de Tánger a Algeciras era muy triste porque estaba brillantemente iluminado para la terrible travesía a la otra orilla". No volvió por dicha ruta sino en una travesía más larga, que le llevaría hasta la costa sur de Francia: "El barco nos llevó a través del Estrecho de Gibraltar e inmediatamente comenzó a balancearse furiosamente en medio de las grandes olas -- probablemente las peores del mundo-- que hay frente al Peñón de España".

Bowles también acogió allí a William Seward Burroughs, el nieto de un inventor de máquinas de sumar que convirtió a Tánger en su musa, hasta escribir en ella Naked Lunch, El Almuerzo Desnudo, una de las cumbres de la literatura underground, bajo las alucinaciones del hachís y el viaje de los opiáceos. En la pensión Lamiri, donde por otra parte se alojaría Kerouac, Burroughs escribió "Interzone". A lo largo de sucesivas visitas, hasta 1965, se familiarizó con la vida tangerina, pero también conoció Algeciras, a donde llegó en barco desde Italia y realizó a su vez varias escapadas a Gibraltar. De hecho, el propósito de la primera visita de Kerouac y Ginsberg a Tánger, a comienzos de 1957, no fue otro que el de reunir los textos dispersos de "El almuerzo desnudo", para su primera edición.

Hasta aquel Tánger se desplazó también Truman Capote, para perderse en el Café D'Étroit con Rita Hayworth, en realidad, Margarita Cansino, nieta de los fabricantes de las tortas de Inés Rosales en el Aljarafe de Sevilla. El autor de "A sangre fría" emprendió una escapada española que le llevaría, en julio de 1949, desde la Costa Brava hasta Algeciras.

En "Un placer fugaz", volumen que recoge su correspondencia completa a través de 700 páginas, incluye una carta dirigida al fotógrafo Cecil Beaton, en la que afirma: "Hemos pasado algunas aventuras, de las que la más sorprendente ocurrió entre Granada y Algeciras, cuando de golpe toda la gente del tren empezó a gritar y a tirarse al suelo: ¡bandidos! Las balas silbaban. Lo que pasa es que no eran bandidos. Sólo eran unos españoles que habían perdido el tren y disparaban para que parase. A un hombre le dieron en la cabeza. Un país precioso". El incidente lo recogió en un artículo publicado en el recopilatorio "Los perros ladran" y también aparece en su obra "Un viaje por España", en

donde llega a asegurar que el asalto fue real y que se resolvió con la entrega a los supuestos asaltantes de una camisa y dos botellas de vino. Escribió el relato con uno de sus lapiceros Black Wing en pocas horas, y en su carta a Beaton, que había vivido en la Montaña de Tánger durante los años 30, no dejaba de señalar finalmente: “Es un país precioso”.

Tánger en español.-

Juanita Narboni, la protagonista de la novela de Angel Vázquez, se convierte en un símbolo de ese mestizaje. Es la hija de padre inglés de Gibraltar y de madre andaluza, una judía sefardita que no asume los cambios históricos de la ciudad de Tánger y se va cruzando con otros personajes igualmente emblemáticos, desde su hermana Elena, su fiel criada Hamruch o su íntima amiga Esther. Y todo ello, bajo un trasfondo histórico que pasa por la guerra civil española con la entrada de las tropas Jalifeñas en Tánger, la II Guerra Mundial con la llegada de refugiados de Europa y la independencia de Marruecos. El mundo cambia y ella no. Vázquez, por cierto, falleció en la ruina, en una pensión modesta, situada en el número 98 de la calle de Atocha, en Madrid, y después de quemar los originales de sus dos últimas novelas.

Eduardo Haro Tecglen describe como sigue al autor de “Señas de identidad”, el autoexiliado de Marrakech, que se ha convertido en uno de los viajeros más frecuentes del Estrecho a lo largo de los últimos treinta años: “Goytisoló llegó a Tánger, en el incógnito que quiso, en un piso que le busqué con las vistas al mar que quería; y esas vistas no eran solo al mar sino a la otra tierra, al Peñón, Algeciras, Barbate. Pensaba allí en ese juego de proximidad y lejanía que le sigue afectando ahora en esta “Cuarentena”; en los tiempos en que ese fragmento de geografía líquida separa la Cristiandad del Islam, y España de una antiespaña que no solo era la morisma, sino personas como el Conde Don Julián, de dónde su libro. Cuando me dio a leer el manuscrito, recién hecho, se llamaba “Mejor la destrucción, el fuego”, de un verso de Cernuda; luego la “Reivindicación del Conde Don Julián”, en la que imaginaba la España que habría que arrasar: la España tétrica, siniestra, representada entonces por un Franco que, en realidad, era apenas un continuador pálido de la posible gran desgracia de la Reconquista y del final de una civilización”.

“Nunca me disfracé de marroquí”, me reconocía Juan Goytisoló, a mediados de los años 80, cuando mataba el tiempo en Algeciras antes de cruzar a Tánger, a la ciudad del pintor Henri Matisse, el de Badia Hadj Nasser, autora de “El velo desnudo”, o de la cineasta Farida Benylazid, que fue también el crisol de una promoción de escritores españoles como Ramón Buenaventura, un tangui hispano que ha rendido tributo a su patria chica en diversos textos pero muy especialmente en su novela “El año que viene en Tánger”. Se trata, sobre todo, del imaginario en torno a un Tánger que él conoció de niño, antes de afincarse en Madrid en 1958. No será su única incursión narrativa en aquel territorio iniciático, al que dedicará “El último negro”, novela que se hizo acreedora del premio Fernando Quiñones en 2004.

Tánger se declina en español desde numerosas esquinas que llevan de Gerardo Diego a José Luis Sampedro, pasando por Jacinto López Gorgé. O Eduardo Teus, Enrique Sánchez Pedrote, Nicolás Muller, Carlos Martín y Eduardo Haro Tecglen, con sus hijos. Sin embargo, quizá otro de sus ejemplos

cruciales sea Carmen Laforet, la barcelonesa del 21 que vivió durante tres años en la ciudad norteafricana, a raíz de su matrimonio con el periodista Manuel Cerezalez, que fue el penúltimo director del diario España de Tánger, un medio emblemático para entender todo este proceso. Carmen Laforet, a través del cineasta y escritor malagueño Emilio Sanz de Soto, se convierte en el principal puente entre la comunidad literaria española y el círculo de Paul Bowles, en el que frecuentó a Tennessee Williams, Gore Vidal, Truman Capote y Djuna Barnes, entre otros. No sería, sin embargo, una conexión frecuente, ya que tanto Ramón Buenaventura o el pintor José Hernández, insisten en asegurar que la corte de Bowles suponía un compartimento estanco, ajeno en gran medida a otros ámbitos de la sociedad culta tangerina.

“Tánger es una vieja dama que ya no se atreve a mirarse al espejo”, le describe su hijo Tahar Ben Jelloun. Sin embargo, parte de esa ciudad alienta aún en la nueva “Librairie des colonnes”, que dirigieran Isabelle e Yvonne Gerofi y que posteriormente atendió la valenciana Rachel Munyal. A su alrededor, la ciudad ha ido mudando y poco queda de aquel mundo perdido. Era el Tánger del café Haffa, frente a las costas de Tarifa, el de la elegancia de El Negresco, por donde paraba Chukri, el de París, en el Marshan, La Poste, El Minzah o el Ritz. Ahora, ha perdido definitivamente glamour aunque sigue conservando parte de su leyenda.

Algeciras, sin extranjeros.-

Poco queda, en cambio, a la otra orilla, de la vieja Algeciras elogiada por Benito Pérez Galdós y descrita por Pío Baroja. La especulación urbanística ya hace mucho que acabó con cualquier rastro de fascinación que pudiera despertar su urbanismo. Uno de sus hijos postizos, el escritor y periodista Illya U. Topper, la describió a 22 de mayo de 2005 en un artículo publicado por “El País” bajo el título de “La suerte de la fea”.

“No me miren así cuando digo que la quiero: ya sé que es fea. Lo admito sin rodeos, así que no me repitan la hilera de argumentos que a ojos de los expertos convierte Algeciras en la ciudad menos agraciada de Andalucía y parte del Mediterráneo (aunque hay quien le otorga este galardón ex aequo con su hermana siamesa, La Línea). Sí, sí: estos muelles donde compite la suciedad del hormigón con la de unas aguas manchadas de petróleo. Estas barriadas crecidas sin ton ni son sobre colinas y valles. Estas callejuelas del centro que reúnen lo peor de las canciones marineras -hostales de dudosa fama, tiendas de baratijas y contrabando- sin un solo barco pesquero, sin venerables barbudos que desentrañen redes de trasmallo. Y, díganlo de una vez, esta marabunta de tipos de tez oscura y acento moro que tan pronto vocean billetes a Tánger como esa otra clase de boleto con nombre en clave -costo, nieve, jaco- que transporta a mundos no siempre mejores. ¿Qué ha sido del acogedor pueblecito pesquero con un par de chalets de playa que fue Algeciras allá en los sesenta?”

No seamos injustos: cuando una ciudad ocupa la orilla de un estrecho, el beso de tornillo de dos mares, no tiene más remedio que abrir las puertas a todo barco que venga a recalar. Como Messina, último puerto de Italia o primero de Sicilia, a la que llaman infausta y a la que las guías de viajes sólo dedican las palabras justas para aclarar el camino del desembarcadero hasta la estación

de autobuses. Que en Algeciras sería extremadamente corto, siempre y cuando uno consiga averiguar de dónde sale el vehículo en cuestión: tan pronto será el propio muelle, como un trozo no identificado en la acera de la avenida marina, como los inverosímiles bajos de un puente al que el viajero sólo llegará gracias a las indicaciones de los lugareños. Aunque entonces el problema consiste en encontrar a alguien que parezca lugareño”.

Topper, proseguía su artículo, prefería pensar que en Algeciras no hay extranjeros. Ni en el Estrecho tampoco. O, mejor dicho, así debiera ser.

29 DE JUNIO DE 1803, ALI BEY CRUZA EL ESTRECHO DE GIBRALTAR

Por Luis Alberto del Castillo

Primer Director del IECG
Cronista Oficial de ALGECIRAS

LOS VIAJEROS DEL SIGLO XIX

Estudiar, investigar o en una conversación hablar de los viajeros que durante el siglo XIX recorrieron el norte de África, tanto Marruecos como los dominios turcos en dicho continente y en el Levante del Mediterráneo, de forma inmediata,, inevitable nos envuelve en un halo romántico de aventuras y misterios. Es evidente, que además de la tradicional influencia de *Las Mil Noches* y *Una Noche*, también ha contribuido, ya en el siglo XX la magnífica superproducción cinematográfica *Lawrence de Arabia*, dirigida por David Lean. Cómo olvidar a semejante personaje histórico, al que diera vida fílmica para la eternidad el genial actor Peter O`Toole.

Es claro, que estos viajeros decimonónicos y, en las décadas iniciales del siglo XX el coronel Lawrence, nada tienen que ver, en casi nada se parecieron a los antiguos viajeros medievales, que desde la monja cristiana Egeria al geógrafo musulmán Ibn Batuta impregnaron sus viajes, sobre todo con la motivación espiritual de peregrinar a lugares santos.

Si desde las dos últimas centurias del I Milenio d. de C., los musulmanes tenían como lugares santos de peregrinación La Meca y Medina; ya en los inicios del II Milenio, los gnósticos y algunos investigadores sostienen que los sufíes andalusíes, también, tuvieron como meta de peregrinación Santiago de Compostela; (el antiguo lugar esotérico llamado Campo de Estrellas, anterior a la veneración de la tumba del Apóstol Santiago) En ese sentido, Steven Runciman en las primeras páginas de su *Historia de las Cruzadas* (Revista de Occidente; Madrid. 1956) obra espléndida y en mi opinión personal aún no superada, explicaba que desde antes del inicio del II Milenio, la Cristiandad poseía cuatro sitios sagrados de peregrinación: Jerusalén, en Tierra Santa; Roma y San Pedro en Monte Gargano, en Italia; y la tumba del Apóstol Santiago en Compostela, en el noroeste de la península Ibérica.

Los viajeros y exploradores del XIX tienen otros motivos impulsores para sus empresas. Está fuera de toda duda, que en ellos pervive el espíritu descubridor de los hombres del Renacimiento. Aún hoy, en la segunda década del siglo XXI, nos asombra contemplar mapas escolares de África y del Medio Oriente impresos durante la Ilustración y el XIX. Aparecen en sus páginas estos territorios nominados como regiones prohibidas de la Sublime Puerta; y amplias zonas de África coloreadas en oscuro y rotuladas con la leyenda *tierra incógnita*.

Así irrumpen en la Historia, un grupo de hombres guiados por el sentimiento humano de vulnerar lo prohibido y de descubrir lo oculto e ignorado: Mungo

Park, (1771-1806); Jean Louis Burckhardt, (1784-1817); David Livingstone, (1813-1873); sir Richard Francis Burton, (1821-1890); sir Henry Morton Stanley, (1841-1904); y Thomas Edward Lawrence, (1888-1935). Todos ellos desean cartografiar lo desconocido, visitar las ciudades legendarias. Gracias a ellos van surgiendo e incorporándose al imaginario occidental nombres con resonancias mágicas: Petra, el nacimiento del río Nilo, las fuentes del río Níger, Tombuctú, cataratas Victoria, La Meca, El Cairo, Tánger, Alepo...

Exceptuando a Stanley, existe un dato que les vincula a todos y que pone de relieve el valor de Londres, en el siglo XIX, como metrópoli de las exploraciones mundiales: todos en un momento previo a su aventura iniciática, realizan una estadía nunca breve en Londres. Desde allí partirán al encuentro de sus sueños. Aunque algunos fueran espías, es preciso decir que todos fueron unos soñadores, a los que ya no les bastaba el Gran Viaje de las élites británicas hacia España, Italia o Grecia. Ellos desearán algo superior, aún más exótico; aunque por supuesto, menos lírico que lo perseguido por lord Byron, Keats y Shelley; y por descontado, con menor adoración embelesada que la que sintieran por la antigüedad griega Schliemann o Novalis, o la malsana ansia saqueadora de lord Elgin.

Hasta este punto, la exposición ha intentado introducirnos con brevedad en el tema, ya que así lo exige el marco de la presente publicación; aunque suponga sacrificar datos y anécdotas de esta historia épica.

Es ya momento de hablar del primero de todos estos viajeros, del español Domingo Badía y Leblich, conocido por el nombre de Ali Bey el Abasí. Nació en Barcelona en 1767 y murió en Damasco en 1822; aunque algunos autores hablan de 1818 ó 1819 y las cercanías de Alepo como fecha y lugar de su óbito. Si las vidas y obras literarias respectivas de los viajeros y espías Burton y Lawrence, *Peregrinación a Medina y La Meca* (1853) y *Los siete pilares de la sabiduría* (1926) han sido dignas de biografías y películas apasionadas, la vida y la obra de Badía no lo son menos. Su obra *Viajes de Ali Bey* (1814) publicada en francés, pronto se convertiría en un éxito literario europeo. Existe constancia que Burton leyó la obra y que fue un profundo admirador de Ali Bey.

Badía fue espía al servicio del gobierno español del valido Manuel Godoy y su viaje a Marruecos fue la primera de sus misiones secretas. Más tarde, español afrancesado, sus proyectos de espionaje favorecedores de la penetración francesa en el Levante turco, fueron auspiciados por el emperador Napoleón I. Se presume que no pudo regresar a España, por causa de la fobia personal que Fernando VII profesara a todos los colaboradores del valido Godoy. En Francia estuvo al servicio de Luis XVIII y al parecer su muerte, acaecida en lugar y en fecha imprecisos, ocurrió cuando cumplía una misión secreta para el gobierno francés.

II

ALI BEY ATRAVIESA EL ESTRECHO DE GIBRALTAR

En su juventud Domingo Badía habitó en Andalucía. Primero vivió en Almería, donde estuviera destinado su padre y, posteriormente, en Córdoba, donde contrajo matrimonio. La mayoría de sus escasos biógrafos señalan que es en esta etapa cuando comienza su amor por la lengua y la cultura árabes. Andando el tiempo, dominó ambas y ya, desde su primera misión en Marruecos, tras falsificar con habilidad extraordinaria documentos antiguos en

árabe, que le acreditaban como un abasida descendiente del Profeta, adoptó el nombre de Ali Bey el Abasí, jerife, hijo de Omán Bey, príncipe de los Abasíes. Y es en este momento de la exposición cuando Domingo Badía, Ali Bey toma la palabra después de su regreso a España, procedente de Londres, a donde había llegado meses antes vía París. Así describirá la única vez conocida que estuvo en la actual comarca del Campo de Gibraltar, en el capítulo I de la primera parte de su libro, dedicada a Marruecos:

“En consecuencia de mi resolución, habiendo vuelto a España por abril de 1803, me embarque en Tarifa en una pequeña lancha y después, atravesando el Estrecho de Gibraltar, en cuatro horas entré en el puerto de *Tanja* o Tánger a las diez de la mañana, el 29 de junio del mismo año, miércoles, día 9 del mes Rabi primero del año 1218 de *el-hógera* o de la hégira.

La sensación que experimenta el hombre que por primera vez hace esta corta travesía no puede compararse sino al efecto de un sueño. Pasando en tan breve espacio de tiempo a un mundo absolutamente nuevo, y sin la más remota semejanza con el que acaba de dejar; se halla realmente como transportado a otro planeta.

En todas las naciones del mundo los habitantes de los países limítrofes, más o menos unidos por relaciones recíprocas, en cierto modo amalgaman y confunden sus lenguas, usos y costumbres, de suerte que se pasa de unos a otros por gradaciones casi insensibles; pero esta constante ley de la naturaleza no existe para los habitantes de las dos orillas del Estrecho de Gibraltar, los cuales, no obstante su proximidad, son tan diversos los unos de los otros como lo sería un francés de un chino. En nuestras comarcas de levante, si observamos sucesivamente a sus habitantes, [...] una larga serie de transiciones nos marca en cierto modo todos los grados que separan al hombre bárbaro del civilizado; pero aquí el observador toca en una misma mañana las dos extremidades de la cadena de la civilización; y en la pequeña distancia de dos leguas y dos tercios que es la más corta entre ambas orillas, palpa la diferencia de veinte siglos.”



Ali Bey, grabado del S. XIX

En tres párrafos Ali Bey ha realizado un análisis sobre diferencias lingüísticas y culturales entre los habitantes de las dos riberas del Estrecho de Gibraltar, que a los 211 años de la travesía descrita y en el II Centenario de la primera edición de su libro sigue teniendo validez. Sus palabras poseen la frescura y el realismo de una observación objetiva efectuada en la actualidad.

Poco más he de añadir sobre la corta estancia de Ali Bey en este lado del Estrecho a donde llegó después de haber arribado a Cádiz procedente de Londres. A su estancia en Marruecos le dedica 19 capítulos. Y para concluir este sucinto trabajo, resaltar su importancia, pues si bien es cierto que dos europeos, un italiano y un portugués ya habían estado en siglos anteriores en La Meca; Domingo Badía, que fue el tercero en hacerlo, sin embargo fue el primero que la situó geográficamente de forma correcta y, además fue el primer viajero europeo que ejecutó con gran exactitud una amplia carpeta de dibujos de la ciudad y sus templos.

BIBLIOGRAFÍA

- BADÍA Y LEBLICH, Domingo: *Viajes de Ali Bey*. Editorial Óptima, 1ª ed. (Barcelona, 2001).
- RUNCIMAN, Steven: *Historia de las Cruzadas, Tomo I*. Revista de Occidente, 1ª ed. (Madrid, 1956).

VIAJANDO POR EL IMPERIO: MIRANDO AL SUR. VIAJEROS INGLESES EN GIBRALTAR (*)

Por María Antonia López-Burgos del Barrio

Catedrática de Filología Inglesa
Universidad de Granada

(*) El presente artículo es un resumen y traducción de un capítulo del libro "The English Lake. British Travellers in the Mediterranean", de López-Burgos del Barrio, María Antonia y José Ruis Mas (editores). Universidad de Granada 2006 pp. 23-37.

En 1704 las tropas Anglo- holandesas conquistaron "El Peñón" en nombre del Archiduque Carlos y en 1713 se firmó el Tratado de Utrecht. Las posesiones españolas se dividieron y Felipe de Anjou accedió al trono como el Rey Felipe V de España así como Rey de las Colonias americanas, pero los territorios europeos de la monarquía pasaron a manos austriacas: Sicilia a Saboya y las fortalezas belgas a los Países Bajos. Inglaterra recibió Gibraltar y Menorca (conquistada en nombre del derrotado ejército español) y también obtuvo el monopolio del comercio de esclavos con Hispano América.

El siglo XVIII fue testigo de un profundo cambio de mentalidad y fue entonces cuando se comenzó a viajar por placer. Ya no era sólo la necesidad la que impulsaba a las personas a emprender largos, tediosos y peligrosos viajes, sino que se comienza a contemplar el viaje como una actividad formativa para los jóvenes de ahí que se popularizara lo que se dio en llamar el *Grand Tour* y, para los no tan jóvenes que se lo podían permitir, viajar se convirtió en un modo de enriquecer sus vidas con nuevas experiencias y vivencias. Fue entonces, cuando España, un país prácticamente desconocido para el resto de Europa y que se consideraba peligroso y poco civilizado, comenzó a ejercer una poderosa atracción entre los europeos de todas las edades y profesiones. Esta atracción se vio incrementada al transcurrir de los años gracias a la pluma de cientos de viajeros que una vez que pisaban suelo español sentían el irrefrenable deseo de dejar constancia de todas las aventuras y desventuras de su viaje ya fuese con la pluma y el carboncillo o buscando inspiración en nuestros paisajes y tradiciones plasmando sus sensaciones en las homogéneas líneas del pentagrama. Escritores famosos y no tan famosos o incluso aventureros completamente desconocidos, así como pintores y músicos, encontraron en España una tierra repleta de contrastes y tradiciones. España fascinaba a los viajeros procedentes de centro Europa, pero fueron los británicos los que han dejado una producción más abundante y continuada a lo largo de los siglos XVIII y XIX. Estos viajeros cuando se decidían a escribir sus experiencias, en muchos casos su principal objetivo no era otro que corroborar los prejuicios e ideas preconcebidas con los que habían abandonado su país. Ellos van narrando lo que ven o medio ven, lo que

entienden o medio entienden y no hay mejor oportunidad para ilustrar la distorsión de la realidad y el chauvinismo que expresan en muchas de las narraciones, que hacer mención a las comparaciones que surgen en los relatos de viajeros británicos entre las descripciones que estos hacen de Gibraltar y las descripciones de las zonas colindantes con el Peñón.

Cuando los viajeros procedentes del Reino Unido recorren Andalucía, sus diarios y narraciones están repletos de descripciones de asquerosas ventas y posadas llenas de chinches y otras sabandijas, de comida horrible y nauseabunda, de aceite rancio e intenso olor a ajo, del aspecto feroz y poco amistoso de sus habitantes y de la atmósfera sofocante y maloliente de pueblos y ciudades del sur y de los efectos perniciosos del clima pegajoso de las zonas más meridionales de Andalucía. Gibraltar por el contrario, como por arte de magia, se representa como un paraíso, un lugar placentero donde la mayoría de los viajeros británicos de tiempos remotos podían encontrar todo el bienestar y todas las comodidades de su país, y que por regla general tanto anhelan. En este sentido es al menos sorprendente como estos viajeros expresaban implacablemente las dificultades, percances, contratiempos y vicisitudes mientras viajaban por las zonas del sur y como todos estos pesares se convertían en un indescriptible entusiasmo y placer una vez que ellos cruzaban la aduana y ponían el pie en el Peñón, olvidando que el calor sofocante era el mismo y que el abrasador sol era el mismo a ambos lados de la frontera e incluso parecían olvidar que toda la zona comparte costumbres y tradiciones con las de la Guarnición, al menos en lo que respecta a los habitantes de origen español.

En este breve artículo he recopilado una serie de descripciones escritas por viajeros británicos de siglos pasados, hombres y mujeres que en muchos casos haciendo ostentación de un exagerado apasionamiento y fervor patrio, no sólo tienen una visión distorsionada de la realidad sino que también aprovechaban la oportunidad de incrementar y poner de manifiesto para sus futuros lectores, las diferencias existentes a ambos lados de la línea divisoria entre los dos territorios.

Cuando los viajeros británicos se aproximaban al Peñón de Gibraltar por primera vez, ya fuese por tierra o por mar, todos tenían una idea preconcebida de la apariencia de la Roca. En *The Bible in Spain* (1843) George Borrow describe esta primera vista de la mole de piedra:

“Las fortificaciones tenían un aspecto poderoso y amenazador, y sin lugar a dudas, si las hubiera contemplado en cualquier otro lugar, ellas solas habrían ocupado mi mente y me habría quedado absorto en su belleza; pero el Peñón, el maravilloso Peñón se elevaba por encima de ellas abrumando su efecto como un espectáculo (1843:456).”

William George Clark, autor de la obra *Gazpacho, or Summer Months in Spain* (1850) comienza su descripción de la Guarnición diciendo:

“¿Qué puedo decir de Gibraltar? Es que no es ya más familiarmente conocida para nosotros que Plymouth o Chatham –teniendo en cuenta que nosotros hablamos de ella con el más simpático diminutivo “Gib” mientras que nunca decimos “Plym” o Chat. Es que no hemos oído todos hablar de Gibraltar a través de las cartas de nuestros respectivos primos que se encuentran en las galerías subterráneas o como cabos de artillería que han pasado su periodo militar obligatorio allí velando por los intereses de Inglaterra y de vez en cuando

cazando conejos en Estepona, o saliendo de merienda a los alcornocales? (1850:175).”

Y Mary Catherine Jackson, dice en *Word-Sketches in the Sweet South* (1873):

“Hay pocas impresiones más equivocadas que las que normalmente circulan entre la gente en Inglaterra en lo que concierne al Peñón de Gibraltar. Escuchas que lo llaman una “roca yerma”, un ‘lugar achicharrado por el sol’ etc. y de repente te viene a la mente una escena de pedregosa desolación y árida incomodidad, pensada para hacer que sientas pena por el militar británico a quien se envía a un destino como ese. (1873:29).”

En *A Summer in Spain* (1874) Mrs. Ramsay también escribió acerca de su apariencia:

“La principal atracción fue la vista de Gibraltar, que ahora pudimos ver por primera vez. En absoluto fue como yo esperaba. De algún modo yo había imaginado un promontorio con un gran acantilado que terminaba en una fila de rocas cuyas cumbres estaban coronadas por baluartes, todos de mampostería y todo lleno de cañones. En resumen, yo pensé que sería como cualquier otra fortaleza, pero más grande y más inexpugnable. Entonces, yo no estaba en absoluto preparada para que el Peñón fuera exactamente como una isla. (1874:322).”

Muchos viajeros han descrito Gibraltar con aspecto de isla ya que desde Algeciras, la zona neutral es casi invisible puesto que está al mismo nivel que el mar y el Peñón parece completamente separado de la costa española. De hecho Mrs. Ramsay (322) escribió: “El Peñón parecía mucho más bajo de lo que yo esperaba. Por la noche el efecto de las luces en Gibraltar es muy curioso y muy bonito; era exactamente como un gigantesco collar de diamantes”. También Augustus John Cuthbert Hare, autor de *Wanderings in Spain* (1885), mientras estaba en Algeciras describió Gibraltar como una isla:

“Era un día radiante y el mar estaba en calma, algo que era importante para nuestra satisfacción, ya que aunque el desvencijado barco español era muy estable, este se movía de forma muy desagradable [...] Pronto hacia la izquierda el enorme Peñón de Gibraltar salía del mar como una isla, aunque esta no era su cara más escarpada (1885:131).”

También vemos como los viajeros comparan Gibraltar con la forma de un león yacente. Mary Catherine Jackson (1873:27) escribió:

“Como un león tumbado, apropiado emblema de la nación que conquistó y mantuvo su solidez, se extiende en el extremo más meridional de Europa, y el istmo que la conecta con el continente no es más que una franja de tierra de aproximadamente una milla de anchura. Gibraltar vista desde la distancia tiene la apariencia de una isla.”

Una vez que el viajero llega a Gibraltar, su primera sensación, por regla general, es la de sorpresa: En *Letters from Spain in 1856 and 1857* (1858) John Leycester Adolphus declaró que nada de lo que él había visto en sus viajes:

“[era] tan sorprendente como la transición entre España y Gibraltar. Unos

cuantos estadios de arena y una barra tan simple como una barrera de peaje (en una parte de la cual le preguntan a uno en perfecto inglés si es ciudadano británico y en la otra que si lleva algunos licores etc.. y entonces se pasa) y de repente te encuentras en una Inglaterra española; uniformes ingleses, ropas y fisonomías inglesas, métodos y solidez inglesas: los nombres de las calles, los anuncios en las tiendas, el tráfico, todo es inglés (1885:66).”

También Matilda Betham-Edwards, quien viajó en 1866, expresaba un genuino entusiasmo en su relato *Through Spain to the Sahara* (1868):

“Las palabras de hecho son insuficientes para dar idea de la belleza del paisaje costero, pero hay que contemplarlo en un día como el que yo disfruté. Nosotros no estamos acostumbrados a pensar demasiado en la belleza de Gibraltar, y el contemplar el Peñón por primera vez fue casi una sorpresa. La costa de Cornualles no tiene unas vistas mejores que las de este colosal mamotreto de roca caliza y su color, tan gris, tan plateado, y de líneas tan suaves contra el azul del cielo es algo indescriptible (1868:224).”

El sentimiento de sorpresa al aproximarse a la Guarnición de Gibraltar desde suelo español tan común entre los viajeros británicos de otros tiempos se pone también de manifiesto en viajeros más recientes. Este es el caso de P. Johnston-Saint en *Castanets and Carnations* (1946):

“Para mí, la llegada a un territorio británico tan de repente desde una zona tan extraña como el Sur de España es siempre una sensación inusual. Yo no recuerdo otras circunstancias similares donde a uno se le transporta de forma tan brusca a un entorno británico. Por regla general el proceso es gradual y uno tiene tiempo para prepararse para un cambio de ambiente, lengua y costumbres. Pero al entrar en Gibraltar desde España el repentino cambio suele ser un poco desconcertante. (1946:108).”

Aparte de la sorpresa, los viajeros Británicos manifestaban un cierto sentido de paz mental al aproximarse a “la Roca”. No podemos pasar por alto el hecho de que para la mayor parte de los británicos viajar por el sur de España era un asunto difícil y espinoso. No sólo es que las carreteras y caminos fueran execrables, en muchas ocasiones estas eran meras veredas para acémilas o polvorientas pistas que subían serpenteando por las laderas de las montañas, sino que las ventas y posadas de lugares apartados y solitarios eran desvencijadas casuchas con casi nada para comer. También el sentido de inseguridad siempre acompañaba a la mayoría de los viajeros que avanzaban aterrizados debido a los cientos de historias de bandolerismo y de feroces contrabandistas que circulan por la zona hablando de robos, asesinatos y secuestros, historias que, verdaderas o falsas, se convirtieron en un tema recurrente en las montañas que rodean Gibraltar, aunque no podemos olvidar que aterrorizar a los viajeros extranjeros era una especie de entretenimiento nacional entre los lugareños.

Sir John Carr (1811:112) podría haber sido uno de estos aterrizados viajeros. En *Descriptive Travels in the South and Eastern Parts of Spain and the Balearic Isles in the Year 1809* (1811) escribió: “nos convencieron para que fuésemos a Gibraltar por mar debido a que circulaba el rumor de que se habían cometido recientemente varios robos entre Cádiz y Algeciras (que se pronuncia Alguiseras)”. También tuvo que superar su miedo William George Clark, autor del conocido y divertido libro *Gazpacho, or Summer Months in Spain* (1850):

Desde Málaga intentó ir a Gibraltar en uno de los vapores, pero la cuarentena establecida por Francia en todos los barcos fue la causa de que no le cuadraran los tiempos, de modo que decidió cabalgar hasta allí a lo largo de la costa ignorando el consejo de varias personas:

“Algunas buenas gentes en el hotel intentaron detenerme narrando historias de bandidos. Entre otras la de un rico mercader de Gibraltar que había sido llevado a las montañas; y cuando su familia se retrasó un poco en pagar el rescate los bandoleros primero enviaron un dedo del pie, luego una pierna, en señal de su firme decisión. De todos modos yo no era un rico comerciante y tenía poco que perder a excepción del tiempo: ‘*Cantabit vacuus coram viator*’ o lo que es lo mismo: Si te encuentras con un ladrón ponte las manos en los bolsillos y comienza a silbar. (1850:175).”

Mrs. Isabella Frances Romer, autora de la obra *The Rhone, the Darro and the Guadalquivir: A Summer Ramble in 1842* (1843) escribió mientras iba a bordo de un vapor rumbo a Gibraltar:

“Justo cuando intentaba olvidarme de donde me encontraba, y me atrevía en ensoñaciones a imaginarme en una cómoda cama (una cruel parodia de mi duro destino!) las hélices se detuvieron, el canon disparó desde el Peñón, y medio dormida y medio andando me llevaron a puerto, helada y calada hasta los huesos por el rocío de la noche, pero rebosante de agradecimiento por encontrarme bajo un techo inglés después de los duros castigos por tierra y mar, que me dispuse a estar contenta con todo lo que me rodeara. (1843:286).”

Una vez en el Peñón, o incluso justo cuando comienzan a divisarlo, todos los miedos y penalidades del viaje desaparecen de repente. Esto es lo que expresa Matilda Betham-Edward (1868) cuando escribe:

“Ahora nos encontrábamos en suelo inglés y nos sentíamos en Inglaterra. El cambio ocurrió de repente. Hacía unos cuantos minutos que habíamos estado en España. España estaba a menos de cien yardas de distancia y ahora estábamos en casa, entre rostros familiares, voces amistosas y escenarios conocidos; y sobre nuestras cabezas en la cima de la vieja roca ondeaba alegre nuestra bandera la *Union Jack*. (1868:235).”

También Mrs. Ramsay dijo: “Aunque Cádiz era muy agradable, nosotros estábamos ansiosos por continuar viaje hacia Gibraltar” (1874:313. Mary Catherine Jackson (1873:27) escribió mientras se aproximaban a Gibraltar a bordo de un vapor: “Y ahora se ve una excitación general ya que justo pasando ese prominente montículo, Punta Cabrita, se eleva nuestro lugar de destino: ‘El Peñón’ con un aspecto imponente esta pequeña pero importante posesión británica. O Frederick H.A. Seymour cuando dice en *Saunterings in Spain* (1906):

“La sombra del imponente Peñón, *Rooke’s Rock* parece ejercer su supremacía sobre ti incluso cuando estábamos en Ronda. Es justo como volver una esquina y de repente encontrarte en los brazos de un viejo amigo” (1906:299).”

Es prácticamente imposible para los viajeros británicos evitar establecer comparaciones entre los dos países. Por un lado Gibraltar se describe como un trozo de su amada Inglaterra, aunque por otro lado ellos se sienten atraídos por todo el romanticismo y connotaciones históricas españolas, así pues, tanto en

el Peñón, como cuando se van aproximando a él, muchos de estos viajeros se sienten obligados a comparar ambos lados de la frontera y a comparar el carácter de sus habitantes. Según George Borrow (1843:458):

“Estaba anocheciendo y no me demoré mucho en atravesar el puente levadizo y entrar por el arco. Debajo de este arco hacían guardia centinelas altos con rojas casacas y con fusiles al hombro. No se detenían, no paseaban. No se reían, no intercambiaban la menor conversación con los que por allí pasaban, pero su resistencia era la de los soldados británicos, conscientes de los deberes de su puesto. Qué diferencia entre ellos y los apáticos holgazanes que hacen guardia en la puerta de una ciudad Española donde haya una guarnición.”

Matilda Betham-Edward (1868-235) declaró:

“El contraste entre España e Inglaterra –dos países opuestos situados en una yuxtaposición tan extraña- es de lo más sorprendente. En cinco minutos pasas de una tierra de un gozoso y soñoliento letargo a un puerto de mar y una ciudad fortificada despierta, bulliciosa y vital.”

También Augustus John Cuthbert Hare, autor de *Wanderings in Spain* (1885), fue consciente del contraste entre ambos lados de la frontera:

“Salimos de Algeciras con bastante pesar e hicimos una corta travesía por la Bahía de Gibraltar, donde de repente nos encontramos en un lugar tan distinto de España como se pueda imaginar (1885:133).”

También la apariencia de las gentes a ambos lados de la frontera fue algo que se consideraba digno de mención. En este sentido Borrow (1843:462) alabó con creces a los oficiales británicos que él conoció en el Peñón:

“Había algo muy interesante y sumamente agradable en el comportamiento y en la apariencia de estos jóvenes, ya que la mayor parte de ellos eran bastante jóvenes. De hecho, creo que se puede decir de los oficiales ingleses en general que en lo que respecta a la apariencia personal y a las educadas formas, que del mundo entero, ellos se llevan la palma de todos los oficiales de su misma clase.”

Por el contrario, Mary Catherine Jackson (1873:57) en lugar de encomiar a los oficiales británicos, ella enfatiza la inferioridad de los españoles, al menos en lo que a apariencia personal se refiere:

“La mayoría de los oficiales españoles que yo conocí eran hombres de poca estatura, algo bastante sorprendente, teniendo en cuenta que sus compatriotas son, por regla general, altos, además de estar muy bien proporcionados. ¿Es que entre los círculos más elevados de la sociedad que son los que nutren los altos rangos del ejército el físico se está deteriorando? Y, ¿es que en España y en Italia el campesino y el burgués monopolizan el hueso y el músculo sea cual sea lo que llegue a ser la “sangre azul”?”

Por su parte Augustus John Cuthbert Hare (1885:133) afirma:

“Ya en el muelle te ves asaltado por un clamor de mozos de cuerda y barqueros anglófonos. Al atravesar las puertas se entra en el patio de unos barracones repleto de soldados británicos, de aspecto magníficamente vital y

muy atractivos, después de las figuras poco interesantes y sucios y raídos uniformes del ejército español. Desde allí se abre la calle Waterport, la avenida principal de la ciudad, aunque debido a lo insignificante de sus tiendas, con nombres ingleses, y sus edificios públicos de baja calidad hay que mirar la franja de cielo azul que se ve por encima para hacernos recordar que no estamos en un puerto de mar inglés.”

El carácter o temperamento de los habitantes de Gibraltar y de las zonas españolas adyacentes también encuentra un lugar en los relatos de los viajeros británicos. Sir John Carr (1811:112) hace mención al hecho de que los barqueros intentaban engañarlos:

“Los capitanes de las barcasas son famosos por sus abusos, y mi compañero, que, después de una larga relación conocía muy bien el carácter español, aseguró un pasaje para ambos por ocho dólares después de que el tipo hubiera pedido sesenta.”

Matilda Betham-Edwards (1868:229) se queja de la falta de puntualidad y asegura:

“La palabra *a punto* en España no tiene el mismo significado que en inglés. Si has contratado un caballo en Inglaterra y te dicen que ya está listo tu sabes que sólo tienes que ponerte el sombrero y los guantes y montar: En España, es suficiente con que el animal exista o que se sepa que algo está en algún sitio y ambos están *listos*.”

Las posadas y ventas españolas tan profusamente descritas por los viajeros extranjeros también se convirtieron en un tema de comparación recurrente. Las hospederías de Gibraltar por regla general estuvieron mejor consideradas que las españolas puesto que dicen los viajeros que ofrecían un mejor servicio. A este respecto, Borrow (1843:458) afirma:

“En la calle principal llegué a una conocida hospedería cerca de una especie de plaza donde se encuentra la pequeña oficina de cambio de Gibraltar. Entré en ella y solicité alojamiento, recibiendo una calurosa bienvenida del tipo que se encontraba detrás de la barra del bar.”

La mayor parte de los relatos de viajeros por España han descrito hasta la saciedad los sufrimientos padecidos por dormir en camas llenas de bichos de todo tipo y es digno de mención que ningún viajero se refiera a este tema una vez que se encuentran en alguna de las hospederías de Gibraltar. Aún en Algeciras, Matilda Betham-Edwards (1868:226) dice que se fueron pronto a descansar ya que habían encargado que los caballos estuviesen preparados a las seis de la mañana pero que las pulgas no les dejaron dormir:

“Aparte de la paciencia, no había ningún tipo de protección contra ellas. Así pues cuando amaneció nos sentimos muy felices y después de arreglarnos con rapidez y de tomar una taza de café horrible, bajamos a la calle donde nos informaron que los caballos estaban listos.”

Pero las pulgas no eran patrimonio del lado español de la frontera y aunque no tenemos muchas descripciones en este sentido, Dora Quillinan, la enfermiza y débil hija del laureado poeta William Wordsworth, hace gala de una gran sinceridad en su obra *A Journal of a Few Month's Residence in Portugal and*

Glimpses of the South of Spain (1847) cuando ella afirma:

“Habíamos oído mucho hablar de la suciedad y la incomodidad de las ventas y posadas españolas. Nuestra posada inglesa en Gibraltar no tenía *mucho* de qué quejarnos, pero con la verdad en la mano, debo decir que a lo largo de todos nuestros viajes por el extranjero, sólo en esta posada inglesa de una ciudad inglesa nos encontramos en nuestras camas con esos bichos que no pueden nombrarse en la sociedad civilizada. Bichitos saltarines tuvimos en todas las ciudades de España a excepción de en Cádiz y en Granada más de lo que nos hubiera gustado, pero de los que se *arrastran* no tuvimos ninguno. (1847:140).”

Hemos visto brevemente como los viajeros británicos elogian las bondades de Gibraltar. La vida en el Peñón se describe como placentera en contraste con la vida al otro lado de la frontera. Pero la otra cara de la moneda se pone de manifiesto cuando a pesar del sentimiento de estar ‘en casa’ y aunque son conscientes de las ventajas de la vida bajo la protección de la bandera británica, la mayor parte de estos viajeros pronto expresan la sensación claustrofóbica que les hace sentirse sofocados al poco tiempo de llegar. La sed de aventuras de muchos de los viajeros que después de un tiempo viajando por España permanecieron en el Peñón, pronto les hace sentirse aburridos con la vida civilizada y vuelven a salir a suelo español en busca de aventuras. En *Recollections of Spanish Travel in 1867* (1874), obra publicada en recuerdo de Penelope Holland, se expresa:

“Hay mucho de gitanos en la naturaleza de la mayor parte de nosotros y aunque cuando llegamos a Gibraltar procedentes de las zonas del interior de España apreciamos de corazón la vuelta a lo que nosotros orgullosos habitantes de las Islas consideramos ‘vida civilizada’ –las comodidades de un hotel inglés, hábitos ingleses y costumbres inglesas en las comidas, amigos ingleses y usos y tradiciones inglesas, después de una semana la mayoría de los integrantes de nuestro grupo estaba deseoso de emprender camino a Ronda a caballo. Íbamos a dejar la civilización detrás de nosotros en esa espléndida fortaleza, impregnada de naturaleza aunque armada de punta a punta con todo tipo de armamento moderno, donde la pulcritud militar generalmente bastante poco pintoresca, solo incrementa por contraste la belleza del escenario, y nos íbamos a sumergir de repente en una de las zonas más primitivas de España (1874:53).”

Matilda Betham-Edwards (1868:235) afirma: “Me atrevo a decir que Gibraltar no sería un lugar agradable para vivir” aunque su chauvinismo se manifiesta cuando ella dice a continuación:

“... pero después de tantas semanas entre personas que piensan que no hay nada en el mundo por lo que merezca la pena apresurarse y que por lo tanto no valoran en absoluto el tiempo de los demás, fue delicioso respirar el ambiente organizado y castrense del lugar.”

Hemos visto en estas páginas muy brevemente distintos aspectos de Gibraltar en descripciones ofrecidas por viajeros británicos de otros tiempos. De sus narraciones podemos sacar la conclusión de que el viajero británico se siente orgulloso de su pequeña colonia. La aridez del Peñón se obvia y son numerosas las referencias a su exuberante y exótica vegetación. Ellos admiten conformes el carácter multirracial de sus habitantes aunque es conocido el hecho de que los británicos son considerados bastante conservadores en

cuanto a la mezcla de sangre se refiere. Se elogia su valor estratégico y aunque ellos admiten algunos inconvenientes cuando se plantean vivir en el Peñón, por ejemplo, el calor sofocante, las dificultades para salir y por último pero no por eso menos importante, el alto coste de la vida, todos los viajeros coinciden en afirmar que “Gibraltar es formidable”.

BIBLIOGRAFÍA:

- Adolphus, J. L. (1858) *Letters from Spain in 1856 and 1857* London
Betham-Edwards, M. (1868) *Through Spain to the Sahara* London
Borrow, G. (1843) *The Bible in Spain* London
Carr, Sir John (1811) *Descriptive Travels in the South and Eastern parts of Spain and the Balearic Isles in the Year 1809*. London
Clark, W.G. (1850) *Gazpacho or Summer Months in Spain* London
Hare, A.J.C. (1885) *Wanderings in Spain* London
Jacobs W. (1811) *Travels in the South of Spain in Letters Written A.D. 1809 and 1810* London
Jackson M. C. (1873) *Word-Sketches in The Sweet South* London
Johnston-Saint, P. (1946) *Castanets and Carnations* London.
Quillinan, D. (1847) *A Journal of a Few Months' Residence in Portugal and Glimpses of the South of Spain* London
Ramsay Mrs. (1874) *A Summer in Spain* London
Recollections of Spanish Travel in 1867 (1874) in *Memoriam of Penelope Holland*. London

DESDE LA OTRA ORILLA DEL ESTRECHO, LAS RELACIONES LITERARIAS HISPANO-MARROQUÍES: TIEMPO DE ERRORES DE MOHAMED CHUKRI

Por Maribel Lázaro Durán

Profesora Titular del Área de Estudios Árabes e Islámicos
Universidad de Granada

Nunca ha sido el Estrecho de Gibraltar frontera literaria. Por el contrario, su constante cruce e intercambio de textos entre la orilla norte y la orilla sur a lo largo de los siglos, lo configuran como una *calle de agua*; un bulevar entre los mares Mediterráneo y Atlántico, entre los vientos de levante y de poniente: un ir y venir de unos y de otros entre miradas de afecto, de admiración y fascinación, de reserva y resentimiento, de intereses diversos, de terribles desgracias...: una *circunstancia geográfica*, el Estrecho, que conforma una cultura propia. La historia compartida da buena muestra en el tiempo: el patrimonio andalusí común, la Expulsión de la *España* católica de los judíos sefardíes, primero y, posteriormente, de la importante población morisca que ha venido cimentando el culto a sus ancestros andalusíes a lo largo del tiempo, especialmente en el entorno de la ciudad de Tetuán. A esto se añade en época moderna y contemporánea, la Guerra de África, el Desastre de Annual, la empresa colonial española en el norte marroquí, el *Protectorado* con capitalidad en Tetuán durante más de cuarenta años, la permanente reivindicación de las ciudades españolas de Ceuta y Melilla... Este entorno del Estrecho, esta “geografía olvidada”, que denomina Alfonso de la Serna en su magnífica obra *Al sur de Tarifa* (2006), a la que observa como *un cruce marítimo que invita a una reflexión geopolítica* (1), y que yo añadiría también a una reflexión literaria.

En este contexto, y a lo largo de nuestra historia moderna y contemporánea común, la experiencia literaria hispano-marroquí, de *otredad* y de *alteridad*, y desde una y otra orilla, ha proporcionado excelentes frutos a lo largo de los dos últimos siglos, y muy especialmente desde el siglo XX y hasta la actualidad. Una literatura diversa, plural y plurilingüe. Una literatura escrita por españoles y marroquíes en lengua española y una literatura marroquí en lengua árabe, cuyo imaginario nacionalista y de lucha anticolonial y desengaño poscolonial continúan ligándola a la experiencia *española* desde motivaciones, referentes y tiempos diversos (2).

La literatura marroquí escrita en lengua árabe está salpicada, en general, de referencias a España y lo español por diversos impulsos y diferentes miradas: la visión retrospectiva hacia el pasado andalusí compartido, la observación crítica al colonialismo español y reivindicación de las ciudades españolas en el norte de África, la percepción de tránsito o vía de escape hacia España – Europa –, la crítica interna, que se rebela contra la desesperanza nacional y el

desarme moral poscolonial, o la mirada de denuncia de la pobreza, la miseria y la sordidez de una sociedad marroquí colonizada en la que los desvalidos de una y otra orilla confluyen bajo el mismo signo del infortunio, la penuria y la desgracia (3). Esta última es la mirada de Mohamed Chukri (Beni Chiker, 1935- Rabat, 2003), en cuya biografía, las ciudades de Tánger, Larache, Tetuán y Ceuta son espacios literarios en los que el autor transita en sus circunstancias y adversidades, vive y convive con los españoles, nacidos o afincados en Marruecos, y con los que comparte bares, copas, consejos, confidencias, mostrándose solidario en un *Tiempo de errores* (Debate, 1995) - para marroquíes y españoles -, que da nombre a la segunda parte de la biografía del autor, precedida por la primera, *El Pan a secas* (Cabaret Voltaire, 2012), y a las que seguirá *Rostros, amores, maldiciones* (Debate, 2002) con la que concluye su trilogía biográfica.

El espacio en el que Chukri sitúa su *Tiempo de errores* es en los años cincuenta y sesenta, finalizando el periodo colonial e inmediatamente posterior a la independencia de Marruecos (1956). Un tiempo entre españoles, en el que Chukri narra muy especialmente su conciencia de que el conocimiento, la cultura y la escritura, son el medio no sólo de salvarse así mismo de la miseria en la que vive, sino también de salvar a su generación, a los de su clase social:

“...Si no hubiera escrito hubiese terminado como un pobre alcohólico... Si no hubiese escrito habría terminado como un loco. Me ha servido mucho la escritura. Pero no se trata de mí solamente, yo no me salvo a mí mismo, también a mi generación, a mi clase. Para mí la escritura es ‘kitaba tabaquiya’. Cada uno escribe a través de su clase... Yo escribí sobre mi barro, sobre mi fondo, en el que me ensucié y me han ensuciado...” (4).

En este sentido, y en primer lugar, hay que señalar la estima, el respeto y la fascinación de Chukri por la lengua y la cultura españolas. La convivencia con los españoles, la vecindad, la miseria compartida con muchos de aquellos andaluces, entre otros, que arribaron a esta otra orilla por ver mejorar sus condiciones de vida, son los principales argumentos de Chukri para presumir de haber aprendido antes el español que el árabe, allí en Tetuán, en el barrio Málaga, donde vivió su primera infancia, enredado en los juegos infantiles con los niños españoles. Hay que recordar que su lengua primera es el rifeño, la lengua de su madre.

Desde su iniciación en la escuela, en un colegio de Larache, Chukri da muestras de su conocimiento del español y de su orgullo por poder expresarse en *castellano*:

“En el despacho, con el director, hay un hombre vestido con chilaba que se dirige a mí en castellano; me pregunta mi nombre, lugar de nacimiento y edad... Le contesto y su rostro se ilumina sonriente:

- ¿Dónde aprendiste español?

- Con nuestros vecinos gitanos y andaluces de Tetuán y Tánger... “(5).

Y no solo expresa el autor su satisfacción e interés por la lengua española, también cita de manera expresa y con orgullo su amor e interés por la literatura española y latinoamericana: *Gustavo Adolfo Bécquer, Rosalía de Castro, Manuel y Antonio Machado, Vicente Aleixandre, Pablo Neruda, César Vallejo, Alfonsina Storni, Gabriela Mistral, Rafael Alberti...* son algunas de sus lecturas, y cuyos ejemplares forman parte de su biblioteca personal. Esta cultura española que, sin duda, estuvo relacionada con su fascinación y respeto por

Mohamed Sebagh, reconocido erudito y poeta tetuaní, funcionario de la Biblioteca Española de Tetuán y estrecho colaborador de Trina Mercader en la revista de poesía hispano-marroquí, *Al-Motamid*. Desde sus tertulias en el Café Continental, este respetado escritor suscitó en Chukri el mérito y prestigio social que la escritura podía aportarle (6).

También se muestra Chukri en *Tiempo de errores* un aficionado a la música española y latinoamericana de la que muestra su amplio conocimiento: *Concha Piquer, Lucho Gatica, Antonio Machín...* (7). Igualmente, un admirador de la lidia española, con extensas alusiones a los afamados toreros de entonces: *El Chicuelo, Joselito El Gallo, Manolete...* (8). Su afecto y especial tratamiento a los españoles ya fuera en Tetuán o Tánger, en los bares y lugares de alterne llevados por españoles:

“Entramos en el bar Revertito. Pedimos dos copas de jerez. Las paredes están decoradas con cabezas de toro disecadas. Es la primera vez que entro aquí...La taberna mantiene algo de su antiguo esplendor... Ahora la frecuentan funcionarios, pequeños comerciantes marroquíes y los pocos militares españoles que quedan en Tetuán” (9)

También la nostalgia de la infancia en Tetuán, lleva a Chukri, orgulloso de su ingreso en la Escuela de Magisterio, a recorrer los lugares de su memoria: Paseo de las Palmeras, El Colegio del Pilar, el Cabaret La Pérgola, el tango y Carlos Gardel, Concha Piquer, el flamenco, las coplas y el baile gitano (10).

Chukri estima a los españoles desheredados, a la gente humilde que trata de buscarse la vida en el *Protectorado* huyendo de la miseria de la posguerra española. Simpatiza con las prostitutas españolas, dispuestas a admitir a quienes otras no admitirían. Así ocurre en el burdel de Mari Carmen en Tánger, cuyas prostitutas “*no adoptan esos aires altivos con los marroquíes como las chicas de Madame Simone*” (11). En cambio, el cónsul de España en Tánger “*se muere de amor*” por Kinza, una prostituta marroquí (12).

La denuncia social permanente que Chukri hace en su obra de la pobreza, la violencia, la falta de cariño, de amor, la miseria humana, los malos tratos a mujeres y niños, el hambre terrible de los “soñadores”, solo se transforma en crítica política cuando hablan los españoles. De este modo, pone en boca de Rosario, *una santanderina, casada con un rojo de Gijón*, y que regenta una pensión en Tetuán, un verdadero discurso antifranquista, y que Chukri inicia así:

“Rosario está orgullosa de ser asturiana, de haber nacido en Avilés, hablar el bable, odiar a Franco hasta la muerte y haberse casado con un rojo de Gijón que dio su vida por la democracia” (13).

A esta santanderina, Rosario, le dedica Chukri un capítulo de su biografía. En Tánger, otro español, *Tomás, El Rojo*, vecino de Chukri en la pensión La Plata, que regenta Josefina, se manifiesta en los mismos términos que Rosario: “*siente un odio a muerte por Franco...*”, “*dice que es “un experto en asesinar a la gente más noble...”*” (14).

Y desde Tetuán, Chukri cruza también sus miradas a Ceuta desde la experiencia familiar y su estrecho círculo de amigos marroquíes de Tetuán. De su padre, lo informa su hermana Rhimo, que se gana la vida en Ceuta *vendiendo miel a los españoles*. Sobre su amigo el “*Sebtaoui*”, el Ceutí, lo

informan de que “se escapó a Ceuta”, y su amiga Habiba, que vive en el barrio Málaga, dice que se *volvió loca* y se marchó a Ceuta, para deambular por las calles populares y dormir en las chabolas del barrio Príncipe... (15).

Pero, tal vez el aspecto más destacable sobre la relación de Chukri con Ceuta, es el fallecimiento de su madre en esta ciudad, en 1987, en la casa de su hermana Rhimo, en el barrio Príncipe, y su enterramiento en el cementerio de Sidi Embarek. Chukri acude a Ceuta desde Tánger después muchos años: “*No he vuelto a Ceuta desde que se casó Rhimo en el barrio Príncipe, más de diez años* “. Y continúa: “*Rhimo insiste en que vuelva pronto, pues no conozco la noche de Ceuta... Mi noche reconoce sus aliados allí donde estén. Paris, el Barrio Chino en Barcelona, el del Carmen en Valencia y Bab Marraquech en Casablanca...*”.

Es este el epílogo de la vida familiar de Chukri en *Tiempo de errores: ¡Mi madre acaba de morir!... Con su muerte, se muere toda mi familia...* (16). Desde Ceuta regresa a Tetuán y, final, ente a Tánger de manera definitiva.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS:

- (1) De la Serna, A. *Al sur de Tarifa. Marruecos-España: un malentendido histórico*. Marcial Pons Historia, Madrid, 2006; véase también Affaya y Guerraoui. *La imagen de España en Marruecos*. Fundación CIDOB, Barcelona, 2005; Pacheco, J.A. *Andalucía y Marruecos. Culturas para el diálogo*. Mergablum, edición y comunicación. Sevilla, 2004 y Gil Grimau, R. *La frontera sur de al-Ándalus. Estudios sobre la península Ibérica y sus relaciones históricas con Marruecos*, Tetuán-Asmir, Tetuán, 2002.
- (2) Martínez Montávez, P. *Al-Andalus, España, en la literatura árabe contemporánea*. Ed. Arguval, Madrid, 1992.
- (3) *Historia y memoria de las relaciones hispano-marroquíes* (B. López García, ed.). Ed. Oriente y Mediterráneo, Madrid, 2009.
- (4) Chukri, M. “Soy un antiguo analfabeto”. En *El País (Babelia)*, 29/Marzo/2003. Véase Bermúdez Medina, L. y Díaz Narbona, I. “España vista desde el otro lado”. En [file:///F:/DOS%20ORILLAS/3bermudez_diaz.Chukri,%20espa%C3%B1a%20\(1\)%20\(1\).pdf](file:///F:/DOS%20ORILLAS/3bermudez_diaz.Chukri,%20espa%C3%B1a%20(1)%20(1).pdf) (7/7/2014)
- (5) Chukri, M. *Tiempo de errores*. Ed. Debate, Madrid, 1995), p. 12. Véase también, Bouissef Rekab, M. “Literatura marroquí sobre el protectorado: Relación entre la colonia y los autóctonos”. En *Semiosfera*, 2ª época. Marzo, 2002, pp. 47-78 y ‘Bernardo Atxaga y Mohamed Chukri conversan’. En *Autobiografía y literatura árabe*. Eds. Miguel Hernando de Larramendi; Gonzalo Fernández Parrilla; Bárbara Azaola Piazza. Universidad de Castilla-La Mancha, 2002.
- (6) *Idem*, p. 102-104. Véase también <http://www.literaturamarroqui.edu.es>.
- (7) *Idem*, p. 102.
- (8) *Idem*, p.107.
Véase
http://www.portaltaurino.net/enciclopedia/doku.php/plaza_de_tetuan
(7/7/2014)
- (9) *Idem*, p.73.
- (10) *Idem*, p.92. Véase .Gutiérrez Mate, R. “Tetuán comarca

cantaora". I CONGRESO INTERNACIONAL DE FLAMENCO. Instituto Andaluz de Flamenco, Consejería de Cultura (http://www.juntadeandalucia.es/culturaydeporte/comunidadprofesional/sites/default/files/ruben_gutierrez_mate._tetuan_comarca_cantaora.pdf) (4-7-2014)

- (11) *Idem*, p.82-83.
- (12) *Idem*, p. 45-46.
- (13) *Idem*, p. 117.
- (14) *Idem*, pp. 120-30.
- (15) *Idem*, p. 75, 77 y 94-95.
- (16) *Idem*, p.195-196

EL ESTRECHO COMO METÁFORA LITERARIA EN LA NARRATIVA ESPAÑOLA ACTUAL SOBRE LA INMIGRACIÓN NORTEAFRICANA

Por Mohamed ABRIGHACH

Doctor en Filología Hispánica (Universidad Complutense de Madrid)
Exdirector del Departamento de Español de la Facultad de Letras
y Ciencias Humanas de la Universidad Ibnou Zohr de Agadir (Marruecos)
Profesor de Literatura Española y Teoría Literaria
Universidad Ibnou Zohr de Agadir (Marruecos)

EL ESTRECHO COMO FRONTERA

El Estrecho de Gibraltar se ha considerado por el imaginario mediterráneo, bien como *finisterre*, el límite del universo, bien como frontera que une y separa a la par la Península y África, amén de un enclave muy azotado por el viento (López Gómez, 2012). La diáspora migratoria que empezó a conocer el *Mare Nostrum* a principios de los años ochenta y la tragedia a la que dio lugar contribuyó a prestar protagonismo al mismo Estrecho. De resultas, éste fue sometido a un proceso de re-significación literaria por parte de la narrativa escrita sobre la inmigración norteafricana a través de una tupida red de metáforas (Abrighach, 2006:130-179. Kunz, 2003) que, además de revestir de indiscutible valor estético o lírico, tienen mucha trascendencia en clave semántica y simbólica. Varios autores utilizaron el tópico metafórico que percibe el Estrecho de Gibraltar como nueva y posmoderna fortaleza o muralla que sustituye al ya desaparecido muro de Berlín, ahondando así la ya más profunda zanja que separa El Magreb y Europa (Goytisoló, 1995, 2000, 2003. Silva, 2001. Sada, 2000). Las tres obras que vamos a analizar al igual que casi gran parte de la ficción sobre la inmigración marroquí hacen lo mismo dándole a esta metáfora una interpretación ideológica y crítica, hecho que no debe sorprender habida cuenta de que la literatura migratoria es fronteriza por antonomasia: cruzar fronteras geográficas o culturales configura el eje básico de la acción del relato así como de todos los programas narrativos de los protagonistas emigrantes; constituye, por así decir, su protagonista fundamental siendo, por añadidura, la peregrinación errante y el viaje su constante estructural.

Nieves García Benito nos sirve de mejor paradigma a este propósito. En un artículo suyo asume como verdad lamentable esta realidad de frontera del Estrecho y se auto-define como cultivadora, no sólo de una literatura sobre la frontera o las historias de la frontera, sino de una literatura de frontera. Ella está más que convencida de que El Estrecho es símbolo de frontera y de un nuevo muro de Berlín, que se está erigiendo en un nuevo mito, volviendo a separar Occidente de Oriente, España de África, en continuidad con la tradición anti-árabe de la cultura europea (2004:59). Se crea, por consecuencia, según ella, una especie de "Ídolo-Muro" o "Ídolo-Dios-frontera" (2004: 62, 65, 67) que actúa, para bochorno de Europa, como principal causa de los distintos sacrificios humanos que se le hacen a través de los miles de

emigrantes que mueren asesinados a diario en las aguas del *Mare Nostrum*, cometiendo de esta forma una especie de holocausto, no de naturaleza religiosa, sino propiamente económica.

En *Por la vía de Tarifa* pone en práctica esta conceptualización del Estrecho como frontera, criticando la amnesia histórica de los españoles respecto a su pasado de emigrantes al mismo tiempo que su indiferencia hacia lo que ocurre al sur de la otra orilla, pese a la cercanía geográfica y a los lazos históricos, más que tangibles, existentes entre ambas riberas mediterráneas.

En el cuento “El tiburón”, la narradora reconoce la existencia tácita de una frontera imaginaria que se le antoja tan profunda entre ambas riberas que hasta el viento rachea de otra manera (1999: 68). Realidad ésta que se proyecta de modo palpable en su entorno, porque casi todos sus vecinos la ven con desconfianza por recoger a ilegales y la critican por eso, resucitando todo el arsenal de prejuicios sobre los *moros* bajo el pretexto del pobre “hombre-tiburón” al que ella atiende, a sabiendas de que, en el fondo, este último no es nada más que un intermediario de toda una red de mafias que trafican con los seres humanos; mafia en la que no hay diferencia entre español y marroquí. Este distanciamiento parece ser fruto de la incompreensión entre las dos veras del Mediterráneo, no obstante su exagerada proximidad física en tanto que dos mundos que casi se tocan. Mentada ignorancia se hace inquietante y adquiere insuperable trascendencia negativa desde la óptica de la ética humana puesto que se mantiene en casos de extrema delicadeza, esto es, en situaciones límite, como la de los inmigrantes que mueren en la costa ante la indiferencia de los ribereños. La aberración de la incomunicación mental e imaginaria entre sur y norte se ficcionaliza magistralmente en el cuento “Punta marroquí” y también en “Un pasillo, de Tánger”.

En “Punta marroquí”, se relatan dos historias inconexas y paralelas; se dan simultáneamente aunque por aislado a pesar de que están ocurriendo en el mismo lugar: Es la historia de Hilario que tiene problemas por enterarse del porqué gritan las gaviotas y le va muy mal la pesca, y la de Kader, un inmigrante marroquí que está arrojando la muerte, solicitando socorro al mismo Hilario quien ni se entera de la inminencia de tal naufragio. La coexistencia de sendas historias es indicación de lo fronterizo que es el mar en su calidad de acuñador de desencuentros humanos entre dos seres pertenecientes a dos orillas tan cercanas. La incomunicación se refuerza con los espacios tipográficos que separan la narración de las dos secuencias en que actúan los anteriores protagonistas. El colmo de tal desencuentro se consume cuando Hilario asocia la agitación del océano con el mar caribeño, porque, a su parecer, la calma del mar se debe a que amaina el ciclón en el Caribe mientras que está en una de las zonas más cercanas de Tánger que lleva, no por azar, un nombre norteafricano: Punta marroquí. La ironía de la situación, cuando no de la historia, es que las gaviotas son los únicos testigos visuales que sienten el drama de Kader, comunicándose, aunque indirectamente, con él, lo cual simboliza lo insólito de la situación y de su aberración (30).

Semejante circunstancia la vive Pablo en “Un pasillo, de Tánger”, cuento en que una historia de amores se involucra en otra historia trágica que habla de un inminente naufragio de un inmigrante. En una excursión al sur del sur, el profesor, Pablo, se entretiene en sus recuerdos de experiencias sentimentales pasadas y se siente atraído por el amor de una alumna que le provoca

continuamente, a pesar de estar casado y con hijos. En compañía de una de sus colegas de trabajo, se baña en la playa, pero es incapaz de percatarse de que el par de zapatos y la bolsa negra, cual un cuerpo de hombre que flota en el agua, son de un inmigrante de pateras y de que su ropa también la lleva el mismo protagonista migrante, a pesar de que la sospecha estaba al principio recaída en los niños. Solamente, al final, Pablo se entera de que el par de zapatos, y el mismo cuerpo negro son de un marroquí ilegal llamado, Abdul. Otra vez, el Estrecho como frontera se mantiene no sin fuerza. La incapacidad para reconocer la realidad que está desenvolviéndose en la propia casa, se mantiene a despecho de la cercanía mental, cultural y geográfica entre Pablo, Tarifa y Tánger. Cuando el autobús llega a Tarifa, su lugar de destino, Pablo se siente tan cercano a/de Tánger y se imagina paseándose por el *Boulevard*, en recuerdo de visitas anteriores con su familia (33) y nunca deja, de lado, sus añoranzas orientalistas de una Granada árabe que desborda de sensualidad y de otras sutilidades, propias de los cuentos de *Las Mil y Una Noches* (36).

El pensamiento y actuación de Pablo encierra, entonces, una indubitable paradoja: al mismo tiempo que se acentúa la atracción del sur, el sentimiento de la cercanía geográfica y la herencia del pasado musulmán, se critica la indiferencia hacia la realidad de los inmigrantes que atraviesan el mar, arriesgando su vida y naufragándose. Esta dualidad incoherente la utiliza García Nieves como principal argumento para resaltar esta lejanía en la cercanía que hay entre las dos riberas del Mediterráneo, esto es, la permanencia del mito de la frontera en mengua de la historia y de los lazos históricos. En paralelo, lleva a cabo una denuncia rotunda de la hipocresía de la propia Europa: a la vez que ésta defiende la universalidad de los valores occidentales y de la necesidad de la globalización, erige murallas de ignorancia, con una negación de la historia y de la realidad *in situ*.

En el cuento "Gabriela", nuestra escritora trata básicamente el tema de la indivisibilidad existente entre la realidad y la ficción, pero con un trasfondo que se apoya en el tópico de la frontera imaginaria que se ha desarrollado líneas atrás. La inmigración se proyecta en el pasado, es una arqueología heredada de los abuelos de la narradora puesto que las fotos que ella describe, las encuentra en el baúl de los recuerdos de su historia familiar. No obstante, tal antigüedad de la inmigración se vuelve actualidad siendo una vivencia cruda que afecta a la vida propia e íntima de la misma narradora intradiegetica del cuento, índice de la confusión de lo privado y lo público. Después de haber contado y descrito en clave imaginaria las fotos así como los inmigrantes de la patera, se despierta por la mañana con una patera que aterriza, de hecho, al lado de su casa, cosa que le lleva a decidir no titular nunca un cuento con el nombre de su hija, porque parece traer mala noticia: "jamás volveré a titular un cuento con el nombre de mi hija Gabriela" (47). Esta última resolución de la narradora indica un desconocimiento de la realidad del Estrecho, caracterizada por la llegada de los "nuevos moriscos" a la Península. Otra vez más, El Estrecho sigue siendo a toda costa, pese a la proximidad geográfica y a los lazos históricos, una frontera que más separa que une, una verdadera muralla de Averno, cerrada a cal y canto, y de espaldas al sur y a su tragedia.

EL ESTRECHO COMO CEMENTERIO

La narrativa migratoria de la que hablamos en este ensayo desmitifica el lugar

común que asocia el Mediterráneo con la paz y la belleza en razón de sus brisas reconfortantes y de la claridad azul de sus aguas. Por consecuencia, se presenta como una especie de “*Mare Mortuum*” (Murillo Perdomo, 2004: 178), esto es, una frontera destructora que aniquila a seres humanos dándoles sin piedad sepultura en los negros abismos de sus mismas aguas. El Estrecho se vuelve, en definitiva, parábola de cementerio.

Esta metáfora trágica es sutilmente explorada por Andrés Sorel en *Las voces del Estrecho*. Las voces de los inmigrantes existentes en la novela, llamadas dolientes, rebeldes o acusadoras confiesan que el mar es su verdadera tumba por ser su *hábitat* en que les tuvieron que enterrar contra su voluntad, y lamentan no tener sepultura en su propia tierra (21), situación de la que consideran como culpables los poderes fácticos políticos y teológicos tanto marroquíes como españoles por haberles sacrificado en el Estrecho por ambición de poder, dinero y nacionalismo xenófobo (56-57).

Por consiguiente, las aguas mediterráneas dejan de ser pacíficas para vincularse con el régimen nocturno del imaginario: las tinieblas, la perdición y la opacidad tenebrosa (Cabello, 82). Lo cual explica el porqué la mayoría abrumadora de los ahogados no vacila en tildar al mar de “oscuridad inmensa” (62) por inspirar “abismo y soledad” (64) y perfilarse como verdadero “pozo invisible” (62) o “pozo negro” (García Benito, 1999:102).

El dramatismo pesimista y crítico que tiene *Las voces del Estrecho* llega a personificar tan líricamente a “las negras y dormidas aguas” (194) del mar, viendo a este último como si fuera un ejército batallador que asesina a los pobres emigrantes, con saña y sin compasión. Se utilizan a estos efectos palabras que pertenecen al campo léxico referente al uso de la fuerza o la violencia: “golpear”, “engullir”, “látigos”, “enfrentar”. He aquí dos citas que se pueden considerar como unas de las personificaciones más poéticas y trágico-trascendentales de las aguas del Estrecho, que hallamos en la novela con límpidas reminiscencias, además, del mito de Ulises:

“- Aquí es así, ocurre en un de repente, lo que era calma se agita y convierte en grito, y el viento salta sin avisar, como queriendo jugártela. Sopla fuerte, ruge iracundo, como si estuviera hambriento. Y lo blanco se torna *negro*, y lo que dormía bracea con desesperación buscando no ya el cuerpo, sino el alma. [...]Y de pronto llega ella, rezabas para ahuyentarla, pero nunca el mar atiende a tus rezos, tiene piedad; la más temida, la madre de todas las olas, la que invade, arrasa, la que no sólo toma en volandas tu cuerpo sino que al tiempo *golpea tus miembros, tu rostro, tu hígado, como podrían hacerlo los puños de un ejército de boxeadores al unísono*, te atraviesa de oído a oído, ciega tus ojos, sella tu boca, percute tu pecho con un golpe último, seco y definitivo, que le desgarras, desclava tus pies de la madera, eleva tus brazos hacia el cielo en inútil súplica protectora del vacío por el que ya vuelas y te arroja al fin en *el lecho* que momentáneamente ella, *tu asesina*, había abandonado. Luego, tu mente es y sólo *la tumba que encierra el miedo, el espanto* (10-11. Lo subrayado es nuestro).

Nos obligaron a arrojarnos al agua, alegando que hacia la barca se dirigía una patrullera española. El mar estaba revuelto. Braceábamos desesperadamente. Pretendíamos dirigirnos hacia la sombra de las rocas divisadas entre la bruma. Pero las olas nos empujaban hacia dentro, *nos engullían*. Extrañamente, en vez de andar, yo buscaba protegerme el rostro azotado con furia por *los latigazos del agua*: la boca, pastosa y atochada; los pulmones, inerciados, sin aliento. Me dolían los pies, los brazos apenas podían moverse, cerraba los ojos, ya había dejado de ver a los otros, yo estaba solo, solo en *aquel inmenso lecho de agua*, y no era ella quien entraba en mí, sino yo quien la buscaba para acogerme a su caricia

definitiva, para diluirme en ella, para fundirme definitivamente, desaparecer, en ella, pues todo se volvía de pronto dulce, hermoso, una calma suave *después de la batalla que te incitaba a dejarte* ir, dejar, sin pensamientos, sin sabores, *envuelto por aquel manto gélido que te arrastraba*, te sumergía, te transportaba en dulce vuelo sin interferencias ajenas a las del propio vertiginoso deslizamiento (47-48. Lo subrayado es nuestro).”

El mar se metaforiza presentándose como si fuera un ejército que lucha contra el ahogado y contra quien no sólo se enfrentan sus aguas, sino que éstas le engullen azotándole con lacerantes latigazos. Tal batalla pugnaz es trazada en forma de lucha desigual y despiadada que transforma al inmigrante que naufraga, en un ente tan perdido y extraviado que se conforma, al final, con la rendición: se introduce en el lecho gélido de las aguas y de la tumba dulce de las mismas, porque la muerte, al fin y al cabo, parece ser una inmersión en el paraíso, después de tanto forcejeo infernal por sobrevivir contra el mar, adoleciendo de todo tipo de sufrimientos (pechos hipertrofiados, cansancio, heridas, derrame de sangre, etc.).

La naturaleza militar y terrorista de las aguas la aborda con pertinencia literaria García Nieves en el cuento: *Punta marroquí*. En este relato, el mar es verdaderamente un asesino; en su combate desequilibrado contra el ahogado Kader, utiliza armas (“ruido de metrallas”) en una circunstancia de guerra (“emboscadas”). Impronta bélica que confirma, por un lado, el papel de centinela de Europa que es España y refleja, por otro, lo siniestras y violentas que son las aguas del Mediterráneo:

“[...] Ahora, viendo luces tan cerca y la isla tan a mano, el viaje parecía terminado. Todo iba demasiado bien. Hasta que empezó este maldito viento que parece un ciclón y encabrita las olas como *ruido de metralla* [...]. Kader sabe nadar. Bracea rápido. Sus brazos helados se entumecen. Sus piernas, ligeras, baten el mar a un ritmo desenfrenado. Las olas, *siniestras, en su lucha cuerpo a cuerpo, lo succionan, le escupen, chupan de él. Lo atrapan*. Como arena erosionada lo estrellan contra las rocas una vez, otra, y otra..., y *el ruido de metralla* golpeando sus oídos (1999: 29).”

La metáfora con que se militariza el Estrecho considerándolo como un mar asesino cumple en clave pragmática dos funciones. La primera es de desmitificación. El mito de El Dorado occidental pierde sentido porque la migración es una regresión ontológica y vital, una suerte de bajada a los infiernos, un camino hacia una siniestra vida, semejante en calvarios y sufrimientos a la de los judíos errantes de antaño (Abrighach, 2012). La otra es de índole ideológico-crítica. Tanto Andrés Sorel como García Benito y Eduardo Iglesias concuerdan en que la indiferencia, léase complicidad y condescendencia, con que Europa actúa ante la tragedia del Estrecho es reprobable doblemente. Al erigir “la muralla africana” (Sorel, 2000: 55) “bombardeando con invisibles armas las aguas del Estrecho” (Sorel, 2000: 80) ella se convierte sin equívocos en culpable de los crímenes perpetrados contra los mismos inmigrantes indefensos al ser convertidos en meros sacrificios humanos, es decir, en un “nuevo ritual del capitalismo” (Sorel, 2000: 82). Indica asimismo cuán frágiles son los cantos repetidos por el actual Nuevo Orden, diríase Desorden Mundial, por los derechos humanos exaltados a bombo y platillo, por un mundo como el occidental que deja morir a sus costas a esos miles de fugitivos y exiliados no solamente del pan, sino de la libertad en toda

su dimensión (Abrighach: 2012: 71).

EL ESTRECHO COMO PUENTE INTERCULTURAL

La poética de las dos orillas de la que hablé en otro contexto (Abrighach, 2010) se encuentra en las tres obras que estamos analizando al igual que en el discurso de la interculturalidad que es consustancial a cualquier literatura diaspórica (Abrighach, 2009). Pero es en *Tarifa. La Venta del Alemán* donde ambos fenómenos tienen emplazada su fehaciente encarnación, teniendo como trasfondo el siempre problemático tema de la inmigración clandestina. El Estrecho se percibe en esta novela como metáfora de puente intercultural en la medida en que él une geográficamente dos continentes a través de una frontera, ahora no cerrada a cal y canto, sino líquida y permeable, realidad que le permite a la vez hacer posible el encuentro con la otredad, la diferencia y el mestizaje, en conformidad con su propia tradición de tierra de paso y crisol de culturas.

Por cierto, la geografía imaginaria presente en *Tarifa. La Venta del Alemán* se revela escindida entre el encuentro y el desencuentro con una existencia simultánea de dualidades contradictorias: la muerte y la vida, el nosotros y el ellos, la negación xenófoba y la afirmación solidaria y universalista, la diversión surfista y la tragedia del naufragio de las pateras, etc. No obstante, la diversidad intercultural, la solidaridad humanitaria y el ecumenismo intelectual acaban triunfando al final porque la novela es un alegato a favor de un Estrecho plural, mestizo y solidario. Tarifa donde se ubica la Venta del Alemán pone de manifiesto el fracaso práctico de cualquier discurso xenófobo porque la mencionada ciudad adquiere un valor paradigmático: la metáfora de la diferencia y el mestizaje por ser un lugar fronterizo donde el contacto o el encuentro intercultural constituye un rasgo convencional de identidad, tanto a nivel de lo físico como de lo humano.

Desde Tarifa o desde la Venta del Alemán, los dos continentes se miran y llegan hasta tocarse por ser confluencia de dos mares:

“El Estrecho se manifiesta limpio entre las dos columnas de Hércules. El Peñón de Gibraltar, a un lado, y el monte de Jbel Musa, al otro, custodiaban el paso de los barcos. La sutil y a la vez manifiesta comunicación entre dos continentes. La confluencia, en un solo punto, de dos mares (133-134).”

El presentimiento de Norma, que le hace vaticinar la existencia de otra mujer en la vida de su novio-marido, Winston, allende el Estrecho, la lleva a dejar constancia de la cercanía de los dos continentes:

“África, enfrente, parecía hoy estar al alcance de cualquier intrépido. Sin duda debían de ver igualmente nítidas las costas europeas quienes con arrojo se lanzaban desde allí en pateras para alcanzar nuestras playas (18).”

Además, el espacio narrativo plural y abierto está habitado por personajes fronterizos, de procedencia diversa (extranjera, española, europea y norteafricana) que luchan por la vida o la dignidad humana y en contra del hastío y de la infelicidad. Es el caso del marroquí Rachid, llegado en patera y abandonado por su padre, del inglés Winston, del francés Michel y del propio Max, el Alemán, un hijo de emigrantes cuya madre todavía vive con la

esperanza de encontrarse otra vez con su marido que murió en Alemania. La misma variedad de los apodosos o sobrenombres de estos personajes indica la diversidad multinacional del mundo humano tarifeño.

El discurso xenófobo de la exclusión que detentan tanto el policía como el grupo radical neonazi combatiendo contra la invasión de los negros y marroquíes, es contrapesado por la filosofía inclusiva, integradora y solidariamente humanitaria del protagonista Max. Siendo hijo de emigrantes en Alemania y habiendo vivido la tragedia de la emigración, -encarnada en la vida de su madre que sigue aferrándose a su pasado migratorio pensando en su marido muerto en Alemania-, no escatima esfuerzos en proteger a los inmigrantes clandestinos. Su acción de acogida la hace “por humanidad” (102) porque “deseaba con todas sus fuerzas que el “mojadito” que llegaba a las costas de Tarifa tuviese la oportunidad de realizar su sueño. Un sueño que por lo demás consistía únicamente en poder trabajar” (26). Este posicionamiento convencido lo lleva a asumir, con placer y responsabilidad, su papel de ayudante de inmigrantes: cuando ve a éstos escapándose, por miedo, de los policías, siente cierto bienestar moral en la medida en que tal fuga la percibe como una huida de “la miseria y de la barbarie” hacia la libertad (42)

La ética de la solidaridad que predica Max, no sólo se hace por humanismo libertario y por el paralelismo que esta situación tiene con su vida pasada de emigrante, sino que conlleva un acusado cosmopolitismo que cree en el multiculturalismo y en la naturaleza nómada de las identidades humanas, así como en su carácter híbrido y múltiple, en detrimento de cualquier ensimismamiento egoísta. Él “siempre decía que el mundo pertenecía a todos” (14), además de que, la condición de extranjero “es casi la única condición posible en este siglo XXI en que las raíces de tantos hombres se alargan por toda la tierra” (15). Este elogio del nomadismo hace añicos con el creer en identidades fijas y constantemente sedentarias. La actitud de Max la encarna la vida de Winston. Él no se conforma nunca con tener residencias permanentes, tampoco cree en las nacionalidades: en su opinión, nomadismo y desplazarse de lugar a otro, como un trotamundos ambulante igual un Ulises marino, es sinónimo de vitalidad (41). Por eso, las nacionalidades no le disuaden porque seguir encerrado en un sentimiento de pertenencia a un sólo sitio, como puede ser Gibraltar en su caso, es, según su juicio siempre, un verdadero anacronismo que le estimula a ostentar con demasía su extranjería, habida cuenta de que la diferencia es el padre de sus ideales:

“Para él, Gibraltar, donde había nacido, era un peñón inquietante, que fuera inglés o español poco le importaba. Más que un anacronismo le resultaba muy estimulante pertenecer a una colonia de extranjeros dentro de un país de autóctonos. Él se sentía diferente y así quería que lo entendiese Norma (41).”

El ser Tarifa espacio plural y diverso, metáfora de puente entre pueblos y nacionalidades hace posible la apropiación de la alteridad africana encarnada en la figura del marroquí Raschid. Éste no tiene naturaleza subsidiaria o marginal en el universo ficticio de la novela. Aparte del paralelismo que hay entre la vida de Rachid y la de Max, analogía considerada como expresión de un pasado personal, íntimo y nostálgico, el mismo marroquí obra como un nexo que une a los protagonistas, Max y Norma, y les permite luchar con éxito contra el hastío y la infelicidad. Los discursos que estigmatizan la inmigración,

asociándola con la invasión, la amenaza demográfica, la inseguridad ciudadana y el terrorismo son sustituidos por la metáfora del puente. El niño inmigrante marroquí no es un elemento de alteración del orden, sino un factor de transformación renovadora y vitalizante en la vida de los dos protagonistas españoles. Su irrupción en la vida de la pareja, Norma y Max tiene una dimensión positiva por haber podido ampliar el horizonte vital de estos últimos. Por una parte, le permite a Max continuar en su lucha por la vida, con un tono de purificación esperanzador, orientado hacia el futuro después de una temporada de angustia depresiva y de duda ontológica (35). Por otra parte, transmite o proyecta, tanto en la inquietud, malestar y desasosiego continuos de Norma respecto a su existencia como en su relación amorosa con Winston, aires favorables de pacificación interior, calma y esperanza optimista (43).

Con el tiempo, una relación de cariño se crea entre Norma, Max y Raschid; llega hasta convertirse en amor verdadero y lleno de convivialidad familiar: en primer lugar, Raschid permite a Norma olvidarse del tormentoso amor no correspondido de Winston que tiene otra mujer allende el mar. Del mismo modo, ella contribuye por compensación a sanarle las heridas del pasado, sustituyéndolas por los cariños necesarios, propios de los que proporciona una madre a su hijo (55-56). En segundo lugar, el inmigrante Raschid participa en hacer realidad una relación amorosa entre Norma y Max. En este caso, la alteridad emigrante obra como factor de enlace emocional entre los dos protagonistas que antes vivían en la nada y el absurdo. Intimación que se comprueba vitalmente fuerte e inevitable para Max porque, después del rapto de Norma y Raschid, se siente vacío y no encuentra un sentido a la vida, en razón del amor que experimenta hacia los dos (104).

Al final de la novela, el narrador, que es el propio Raschid, hecho ya hombre, insiste en el amor paternal por Norma y Max: asume su cambio de morada y la nueva paternidad, una ejemplar, inequívoca y recíproca apropiación de lo otro, encarnación a su vez de una química emocional e intercultural que sólo es realizable así con tanta naturalidad y sin complejos en un lugar como Tarifa o El Estrecho, un paradigma histórico y tradicional de la diversidad en tanto que puente que une dos continentes y dos civilizaciones.

CONCLUSIÓN

El Estrecho es visto como expresión de una triple metáfora. En primer lugar, sustituyendo al ya destruido muro de Berlín, se convierte en frontera imaginaria que se cristaliza en esta perseverancia en mantener, ya por indiferencia, ya por rechazo, una muralla invisible de separación entre España y África, a expensas de los más arraigados lazos históricos y geográficos entre las dos orillas. En segundo lugar, el Estrecho o el *Mare Nostrum*, en contradicción con su tradición simbólica de paz y belleza, es atributo de un real *Mare Mortuum* donde se sacrifican los cuerpos de los emigrantes y se libra una de las batallas más injustas del planeta; batalla típica y natural de la guerra y del terrorismo ahondando los desajustes entre el Norte y el Sur. Los emigrantes son considerados como los judíos del siglo veinte porque están siendo sometidos a un exterminio en miniatura, propio de "holocaustos" de siglos anteriores. Por fortuna, la negación se torna dialécticamente en afirmación. El Estrecho manteniendo su tradición de tierra de paso y de crisol de culturas encarna, a contracorriente del discurso esencialista xenófobo de la exclusión, un puente

intercultural entre África y Andalucía, que hace posible la apropiación mutua de la alteridad en defensa, al fin y al cabo, de la diferencia en mayúscula, esto es, una forma transmediterránea de unir lo uno y lo diverso, lo propio y lo ajeno, lo oriental y lo occidental, “compartiendo memorias y superando orillas” (Abrighach, 2009: 300). Una verdadera voz de futuro.

BIBLIOGRAFÍA

ABRIGHACH, Mohamed (2006). *La inmigración marroquí y subsahariana en la narrativa española actual (ética, estética e interculturalismo)*. Agadir: ORMES/Facultad de Letras y Ciencias Humanas.

— (2007). “Immigration et interculturalité dans le récit espagnol actuel. Le cas de *Lavapiés. Microrrelatos*”, en Alcinda CABRAL y Mohamed CHAREF (Coord.). *Portugal-Maroc: Dialogues culturels*. Oporto: Edições Afrontamento, 219-228.

— (2009). *Superando orillas. Lectura intercultural de la narrativa de Concha López Sarasúa*. Rabat: Imp. El Maarif Al Jadida.

— (2010). “La poética de las dos orillas en la narrativa de Concha López Sarasúa”, en Pierre CIVIL y Françoise CREMOUX (Eds), *Actas del XVI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas* (París, del 9 al 13 de julio de 2007). Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert.

— (2012). “Mito y migración en *Las voces del Estrecho*, de Andrés Sorel”, Hassan ARABI (Coord.), *Impresiones e inquietudes de hispanistas marroquíes*. Madrid: Diwan Mayrit. 47-73.

CABELLO, Encarna (1995). *La cazadora*. Melilla: Ciudad Autónoma.

GARCÍA BENITO, Nieves (1999). *Por la vía de Tarifa*. Madrid: Calambur.

— (2004). “*Por la vía de Tarifa* o la letra con la sangre entra”, en Dolores SOLER-ESPIAUBA (Coord.), *Literatura y pateras*. Madrid/ UNIA/Akal, 51-88.

GOYTISOLO, Juan (1995). “Del muro de Berlín a la travesía del Estrecho”, en *Bosque de las letras*. Barcelona: Alfaguara. 295-305.

— (2000). “España y sus Ejidos”, en *Peaje de la vida. Integración o rechazo de la emigración en España*. Madrid: Aguilar. 211-224.

— (2003). “Fortaleza o Ejido”, en *Pájaro que ensucia su propio nido*. Barcelona: Mondadori/Delbolsillo. 381-385.

IGLESIAS, Eduardo (2004). *Tarifa. La Venta del Alemán*. Madrid: El Tercer Hombre.

KUNZ, Marco (2003). *Juan Goytisolo: metáforas de la migración*. Madrid: Verbum.

LÓPEZ GÓMEZ, César (2012). “Imágenes del Estrecho de Gibraltar desde la literatura de viajes”. *Cuadernos Geográficos*, 51, 18-35.

MURILLO PERDOMO, Augusto (2004). “A modo de apéndice. Algunas reflexiones sobre migración y literatura”, en Dolores SOLER-ESPIAUBA (Coord.). *Literatura y pateras*. Madrid: UNIA/Akal.

SADA, Daniel (2000). “La frontera alevosa”. *Letras Libres*, 17, 34-38.

SILVA, Lorenzo (2001). *Del Rif al Yebala. Viaje al sueño y pesadilla de Marruecos*. Barcelona: Destino.

SOREL, Andrés (2000). *Las voces del Estrecho*. Barcelona: Muchnik.

EL ESTRECHO: DOS ORILLAS Y UNA IDENTIDAD

Por Mohamed Ahmed Bennis

Poeta, traductor y ensayista
Doctorado en Ciencias Políticas por la
Universidad Mohammed V- Agdal, Rabat

A lo largo de la historia, el Estrecho de Gibraltar fue un espacio de interacción cultural, social y de civilizaciones, no solo entre las dos orillas, sino entre los diversos pueblos y culturas de esta región llamada el Mediterráneo. Así que es posible hablar ampliamente de una identidad cultural distinta que se formaba durante muchos siglos y que marcaba la historia de las dos orillas, ofreciendo gran cantidad de aspectos de interacción. Pero esta identidad reviste su verdadera profundidad solo dentro o en el marco de la inmensa identidad mediterránea con toda su riqueza. La proximidad entre ambas orillas siempre promueve el intercambio tanto humano como cultural y económico. Siempre, esta zona del mundo, fue una fuente de la diversidad sociocultural, la mar de las grandes civilizaciones y la creatividad literaria y artística.

En esta línea parece muy importante abordar la importancia de la identidad mediterránea a través de algunos elementos que parecen generalmente estructurales y fundamentales en el imaginario cultural del Estrecho e incluso del Mediterráneo. Desde este imaginario trataremos de manifestar cómo la poesía marroquí contemporánea reprodujo la influencia que había recibido de las grandes culturas del Mediterráneo. Así que, parece muy importante abordar los elementos más destacados que sustentan la dimensión mediterránea en la poesía marroquí contemporánea.

La exterioridad

Al contrario del pensamiento occidental que se basa en la interiorización de lo otro (la verdad básica y la primera evidencia se encuentra en el "yo"), el imaginario mediterráneo se basa, de un modo u otro, en la idea de que esta verdad debe buscarse en el mundo exterior, en la naturaleza con toda su grandeza. Así, los pensadores griegos primeros fueron "físicos" interesados, no por sus vidas personales, sino por los elementos que forman el universo (según Tales, el agua era el principio original de todas las cosas).

El alma del Mediterráneo estuvo siempre preocupada por lo alejado, lo otro que merece un mítico largo viaje para explorarlo, y con su alcance se puede lograr una comunicación eficaz. Ese fue el caso de los griegos y de los fenicios que contribuyeron a crear un importante vínculo entre las civilizaciones mediterráneas y un modelo de intercambio cultural entre los pueblos de esta parte del mundo.

Partiendo de eso, se puede notar en la poesía marroquí contemporánea

algunos aspectos de esta alma mediterránea, siempre abierta y dispuesta a navegar y explorar lo otro.

La poeta marroquí Turia Majdulin (nacida en 1960) que pertenece a la generación de los años 80, dice en un poema titulado "Arco de alegría":

"Una tras otra,
las aves de mi sueño
cruzan el cielo hasta el atardecer."

En este poema la poeta utiliza "los pájaros" y "el cielo" como símbolos que hacen referencia a lo espacioso y a lo grandioso que animan al ser humano para ir explorando diversos horizontes lejanos. Además, el cielo se presenta en el imaginario mediterráneo como símbolo de la pureza eterna, asimismo que los pájaros son símbolos de la absoluta libertad. La misma poeta dice:

"Siempre viajo
por el viento, sin equipaje.
A mi lado solo está
mi sombra que se alimenta
del árbol del silencio."

Aquí se detecta el viaje como un destino personal de la poeta, como si estuviera abordando todo el patrimonio cultural mediterráneo al respecto. Se sabe que la obsesión por el viaje ocupa un lugar muy importante en las culturas de esta región; por ello, la poeta parece ser una aventurera o exploradora que viaja siempre sin necesidad de portar equipaje alguno.

En la misma línea, el poeta Mohamed Chikhi (nacido en Tetuán en 1948) escribe:

"Aquel lejano cielo
está repleto de anhelos."

En estos versos, el poeta hace del cielo un símbolo de lo lejano que llama la atención cada vez más por estar cargado de anhelos que parecen haber seducido el alma del poeta, tratándose de un sentir muy especial y vinculado a lo más profundo y puro.

La cultura del mar

"Lo marino" parece un elemento fundamental en una gran parte de la poesía marroquí, sobre todo la que se produce particularmente en la zona del norte por estar cerca del borde del Mediterráneo, ya que se nota influida por un imaginario mediterráneo muy marcado por la sublimación del mar.

Este sentir "marino" se refiere a un modo de vida, vinculado a una armonía física y moral: casas con terrazas al mar, barcos en la playa, redes de pesca, arena tierna, rocas dispersas por el mar, la luz eterna del sol, vides, higos, olivos, jardines, tierras de cultivo y ternura en las relaciones humanas. Se podría decir que se trata de un mar humanizado y familiarizado que, con sus olas acariciantes, se convierte en un componente del cuerpo y del alma.

Abdelkarim Tabbal, poeta marroquí (nacido en Chauen en 1931) y una de las

voces más destacadas en la poesía marroquí modernista, parece preocupado por este modo de vida marino. En su poema titulado "Faro" dice:

"Un faro se queda toda la noche
alucinado por los nombres más bellos,
y se lamenta a sus estrellas.
La noche se acaba
y ninguno de los nombres vuelve
y de tanta tristeza en el mar se disuelve:
pura imaginación de una patera
que busca en la genealogía de las olas."

Prestemos atención a este verso; el poeta ve al ser o a la existencia como si estuviera reducida en un mundillo marino independiente / humanizado gracias a sus miembros como el faro, la patera y las olas que ya tienen una genealogía. Se trata de una preocupación existencial por todo lo que forma parte de este mundo. Asimismo, la poeta Aisha Basri dice en un poema titulado "La soledad de la arena":

"Arena sin memoria,
sin convicción donde se hundan los pies.
Un soplo de viento cruzó,
borró las huellas de los pasos
y abandonó las palabras fluidas."

Al haber abordado la arena, que se presenta sin memoria, la poeta utiliza una simbología muy especial que da más de emoción al poema. La arena, como símbolo de la ternura y tranquilidad, parece el seno más tierno para que se hundan los pies sintiendo esa alma cariñosa que suba tranquilamente desde las profundidades. Y cuando un soplo de viento cruzó, borró las huellas de los pasos y abandonó las palabras que fluían; eso no hace más que profundizar en la preocupación de la poeta por una tranquila relajación de los pies, símbolo determinante del alma.

Mismas impresiones se pueden sacar de los versos de la poeta Turia Majdulin que dice:

"Yo vengo
del borde de los mares
cruzando los detalles de las olas."

Pues, tenemos, en este verso, una metáfora pura; la poeta se refiere al borde de los mares, y eso da a entender que el "yo" ya se ha definido por todo lo que es marino, así que la identidad marina / mediterránea de la poeta ya está determinada. Este marino se convierte en horizonte estético para desarrollar las imágenes y metáforas traslativas de la tradición poética mediterránea, sobre todo la de la literatura griega contemporánea que presenta a este respecto una particularidad enormemente llamativa (se puede abordar en esta línea al gran poeta griego Ilytis en su obra "El sol primero").

La pasión por vivir

Uno de los elementos culturales fundamentales que caracterizan el imaginario mediterráneo es la pasión por vivir, la cual se manifiesta por unos elementos de la naturaleza, particularmente el sol, como fuente de vida y energía, el árbol y el color azul; esos elementos siempre inspiran a los poetas y sustentan su creación poética y literaria. A este respecto, la poeta Aisha Basri dice en uno de sus poemas:

“No es el ocaso del sol,
sino la luz que recoge sus pestañas
en la oscuridad para dormirse.”

Así, la luz del sol, como fuente de la vida, se convierte en un simbólico paralelo que podría dar todo, puesto que es una de las fuentes de la imaginación y la metáfora en las letras del Mediterráneo. Ya como menciona la poeta, no es el ocaso del sol sino la luz que pasa a ser humanizada, pues ya tiene pestañas, símbolo a la vez de la seducción, del dormir y de los sueños, es decir símbolo de la vida.

Otro poeta marroquí, Mohamed Mimouni (nacido en Chawen en 1935), uno de los pioneros de la poesía marroquí contemporánea, escribe:

“El último sol se puso
sobre árboles que danzaban
sobre la tierra
recubierta por la vasta aurora.”

En este verso, el sol y los árboles parecen formar un conjunto simbólico determinante, más bien una referencia cotidiana del vivir, ya que estos árboles se habían humanizado puesto que danzaban sobre la tierra cubierta por la aurora, que prontamente deja su lugar al sol que queda, con sus árboles, la fuente más notable del vivir. Se puede mencionar aquí una poética del sol que parece muy notada en el verso. En la misma línea dice Tabbal en un poema titulado “El árbol”:

“En su sangre pasaron alondras
y deshicieron lejos,
pero sus azucenadas estelas
se quedaron aquí
respirando en su interior ...”

El árbol representa en el sentido más amplio, la vida del universo, su densidad y crecimiento. Y este sentido parece muy claro en un imaginario muy vinculado a la vida como el de la mediterránea. Por ello, el poeta parece preocupado por humanizar el árbol que tiene sangre y pecho, así que tiene vida. Casi son las mismas impresiones se pueden sacar de un destacado empleo de las imágenes en las que se apoyan otros poetas marroquíes para mostrar, de tal manera, su mediterraneidad. Dice Mohamed Chikhi en unos versos:

“En las olas azules,
ya puedes encender el fuego.
En el suspiro de arenas,
¿dijiste: el sublime delirio tiene sus tempestades?”

En estos versos las olas azules (símbolo de la pureza) y las arenas (símbolo de la tranquilidad y ternura) se convierten en recursos existenciales que el poeta usa emocionalmente para que el fuego esté encendido, y así se puede acercar más al significado profundo del verso.

En conclusión, parece que el Estrecho (naturalmente mediterráneo) se ofrece como cultura e identidad arraigada en las dos orillas, y siempre abre horizontes para profundizar en la posibilidad de la cohabitación, cooperación y la tolerancia. No hay nada más hermoso que esta insistente presencia en la poesía marroquí contemporánea que merece, cada vez, una atención mucho más detallada al respecto.

TETUÁN, O EL REENCUENTRO DE ISAAC MUÑOZ CON AL-ANDALUS

Por Mustapha Adila

Profesor e Investigador de la Universidad Abdelmalek Essaadi
Facultad de Letras y Ciencias Humanas (Tetuán)
Exjefe del Departamento de Hispánicas
Universidad de Tetuán

Isaac Muñoz, en vida y todavía joven ya había tenido el honor de figurar en la Enciclopedia Espasa Calpe como experto en asuntos marroquíes; fue considerado por algunos críticos literarios del primer tercio del siglo XX como un escritor “orientalista apasionado” junto a otros reconocidos autores como Francisco Villaespesa y Ramón Goy de Silva.

Como podemos observar, esa consideración era esencialmente literaria y no se detenía en valorar la obra “marroquista” de Isaac Muñoz a través de sus artículos periodísticos. Antes de tratar del “marroquismo” del injustamente olvidado Isaac Muñoz⁴⁴, conviene recordar que su verdadera identidad es José Esteban Muñoz Llorente, por lo que el nombre de Isaac revela un decidido deseo del autor por identificarse con lo oriental⁴⁵. Al margen de sus publicaciones literarias de corte orientalista, Isaac Muñoz publicó entre 1912 y 1913 cinco obras sobre el tema de Marruecos⁴⁶. Es evidente que durante esos dos años, que coinciden con el comienzo del periodo del régimen de Protectorado español en Marruecos, hubo una gran demanda por parte de los lectores españoles deseosos de conocer un país sobre el que se desconocía casi todo. Debemos señalar que las cinco obras mencionadas anteriormente son recopilaciones de artículos publicados por Isaac Muñoz en la prensa madrileña con el objetivo de acercar el tema de Marruecos a la opinión pública española. Asimismo, conviene resaltar que esos artículos reúnen varias características: información y opinión, junto a ciertas dosis de ficción literaria, de ensueño y de recuerdos.

⁴⁴ Respecto de este olvido injustificado véase la interesante obra de Amelina Correa Ramón titulada: *Isaac Muñoz (1881-1925). Recuperación de un escritor finisecular*, Granada, Publicaciones de la Universidad de Granada, 1996.

⁴⁵ Isaac Muñoz nació en Granada en 1881, en el seno de una familia de orígenes castellanos con una larga tradición militar; más tarde, se traslada a Madrid donde cursa estudios superiores en la Universidad Central obteniendo en 1905 el título de licenciado en Filosofía y Letras. Publica su primera novela en 1904 y es, a partir del año 1911, cuando empieza a ejercer de reportero, corresponsal y colaborador de varias publicaciones periódicas de gran tirada como fue caso del diario *El Heraldo de Madrid*. De su vida personal se tienen pocos datos tales como su residencia en Ceuta en 1906, sus numerosos viajes a Tetuán, su conocimiento de la lengua e historia árabes, sus problemas familiares y su muerte en Madrid a una edad temprana en 1925.

⁴⁶ *Política colonista* (1912), *La agonía del Mogreb* (1912), *La Corte de Tetuán* (1912), *En tierras de Yebala* (1913) y *En el país de los cherifes*, (1913).



Imagen de Isaac Muñoz en 1925

Tetuán: vega, ciudad y vivienda

Como buen viajero, y empedernido buscador de lo exótico, Isaac Muñoz describe Tetuán como un espacio fuertemente impregnado por lo misterioso y lo pintoresco:

“Toda la divina vega de Tetuán, hechizada por el peregrino encanto del mes de Schaban, parecía animada por un soplo religioso y ardiente como toda el alma del Islam.

Centelleaban los blancos alminares de las mezquitas, fulgían los campos poblados de palmeras, de naranjos y de cipreses,…”⁴⁷.

Asimismo, la denomina “*perla de Occidente*” y la describe como una ciudad heredera de un gran legado cultural:

“ciudad legendariamente intelectual, patria preclara de los más sabios fakís y de los más poderosos ministros de Dar-el-Magzen”⁴⁸

Las viviendas que visita Isaac Muñoz son propiedad de notables personajes de la ciudad, por lo que la descripción que ofrece de ellas muestra la condición de vida de la élite tetuaní de principios del siglo XX. Es la descripción de unas

⁴⁷ *La agonía del Mogreb*, p.97.

⁴⁸ *Ibid.* p. 128

viviendas casi de leyenda y recuerdan hasta cierto punto las descripciones que se conservan de los palacios andalusíes, o que se puedan leer en *Las Mil y una noches*. Una de estas viviendas es la del gobernador de Tetuán, Ahmed Torres, y el autor la describe como:

“Un palacio peregrino donde tres esclavas negras, de bellos cuerpos ágiles y espléndidas vestiduras, dialogan en el patio junto a la fuente de mármol cincelado”⁴⁹.

Otra de las viviendas que captó la atención de Isaac Muñoz, y a la que dedicó una minuciosa y ensoñadora descripción es la “*del noble prócer Sid Abd-el-Krim El-Lebady*”:

“Y llegamos a la morada señorial. Un esclavo nos anuncia, y esperamos como de costumbre, a que se hayan retirado las mujeres a las soledades del harén...Entramos en un patio que es una joya fabulosa, la más ardiente y exquisita expresión del arte árabe actual.

Luz velada, que es una insinuante y armoniosa invitación al ensueño, al éxtasis, al recuerdo, arcos de pura idealidad, fuentes de mármol, de azulejos fulgentes, paredes ornadas de preciosas tracerías, techos de cedro primorosamente labrados, ventanales floridos y miniados, antiguas lámparas de plata y de cobre brillantísimo, sutiles perfumes desvanecedores de azahar, y el rumor tenue del agua que, leve y apagado, hechiza como una voz de mujer que nos hablara de amor.

Después de sentir la frescura consoladora de las fuentes, penetramos en uno de los salones del palacio de maravilla del aristócrata tetuaní. Este salón es la evocación más intensa y mórbida de lo que debieron ser en el tiempo magnífico de nuestros Abderrahmanes las estancias resplandecientes de Medina Zahara. Brocados de una opulencia inaudita, sedas de un fausto soberano, tapices de una luminosidad riquísima, plata de una suntuosidad casi ya olvidada”⁵⁰

Tetuán: habitantes y linaje

A diferencia de otros autores españoles, que sólo tienen un conocimiento libresco de la ciudad y una imagen preconcebida de sus habitantes, Isaac Muñoz considera Tetuán como el refugio de los ideales aristocráticos y el guardián de los valores épicos que tanto le fascinan. Isaac Muñoz hace que los personajes tetuaníes de sus crónicas de prensa aparezcan teniendo siempre el aura que les da el linaje andalusí y el pasado épico del mundo árabo-musulmán, un pasado histórico y una nobleza que estos personajes guardan fervorosamente en su silueta, en su fisonomía y en su indumentaria.

“Desde la última expulsión de los moriscos españoles en Tetuán, la perla de Occidente, han vivido nostálgicos y tristes aquellos preclaros y aristocráticos descendientes de los andalús, que llamearon un instante bajo la trágica mano de Aben Omeya”⁵¹

Durante su visita a Tetuán en 1913, Isaac Muñoz conoce a varios notables personajes de la ciudad. Uno de ellos, Abd-el-Krim El-Lebady, que fue gobernador de Tetuán durante el reinado del Sultán Muley Abd-el-Aziz, lo describe con una profusión de bellos calificativos:

⁴⁹ *La Corte de Tetuán*, p.31.

⁵⁰ *Ibid.* pp. 68-71.

⁵¹ *Ibid.* pp 200-201.

“El-Lebady se presenta con su cortesanía, llena de noble distinción, nos tiende su mano de príncipe, fina, ligera y ágil...Sid Abd-el-Krim El-Lebady, el “andalús” de pura estirpe”⁵²

Otro personaje tetuaní que mereció una de las más elogiosas descripciones trazadas por la pluma de Isaac Muñoz fue Alí El Cheloui. Lo describe como:

“un moro principesco, de antiguo y noble abolengo, y de muy fina y preclara estirpe espiritual. Descendiente de aquellos moros granadinos que elevaron la vida de fausto y de ensueño a su cumbre más alta, este prócer, de sangre nazarita, aún recuerda en sus suaves kasidas de una misteriosa fascinación, las divinas noches de amor de la Gharnata, fatalmente perdida...Su mentalidad de raza es la más fina, la más sutil, la más vasta y penetrante ...Versado en toda suerte de sabiduría islámica, él ama con amor íntimo y elegido a los divinos poetas andalús, y sus kasidas, compuestas en el más clásico y puro árabe del Califato, tiene esa intensidad dulce y dolorosa; ese soplo de amor, febril y angustioso...”⁵³

En resumen, la visión que elabora Isaac Muñoz de Tetuán es la de una bella y misteriosa ciudad, de clarísimo origen granadino, y cuyos habitantes son engrandecidos y considerados como acrisolados aristócratas justo por su claro abolengo andalusí y por el apego que mantienen a su esplendoroso pasado histórico, así como por el refinamiento de sus modales y de sus costumbres.

⁵² Ibid. p. 68.

⁵³ *La agonía del Mogreb*, p. 127.

“MADAME MARION TWEDDY”: UNA CANTANTE GIBALTAREÑA EN EL DUBLÍN DEL *ULISES* DE JOYCE

Por Rafael García Valdivia

Excoordinador del Departamento de Cultura de la Mancomunidad
Consejero de Honor del Instituto de Estudios Campogibaltareños

En octubre de 1990, y como suplemento del número 4 de la revista *Almoraima*, apareció un trabajo al que titulé “Santa Marion Calpense”: Gibraltar en el *Ulysses* de James Joyce. Están próximos a cumplirse veinticinco años de aquella publicación, una modesta investigación sobre el tema que había nacido al calor de mi devoción personal por tres cosas: la obra del autor dublinés, toda en su conjunto; la cualidad de gibraltareña del personaje femenino protagonista de *Ulises*, Marion (Molly) Tweddy, luego Marion (Molly) Bloom por matrimonio; y la ciudad de Gibraltar, perteneciente al imaginario familiar por vínculos varios y que desde la apertura de la verja en 1983 había podido pasear, disfrutar y conocer de norte a sur y de este a oeste con precisión de cartógrafo.

Ulises, en su traducción de José María Valverde, ocupa un lugar de absoluto privilegio entre mis relecturas, a estas alturas ya en su segunda copia porque la primera, que conservo obviamente, está inmanejable. Nunca he dejado de disfrutar de él desde que lo leí por vez primera allá por 1980. Anteriormente había hecho un primer intento con una traducción de José Salas Subirach editada en Argentina que no tuvo éxito. Pero centrémonos en el texto y en el tema que nos ocupa. La tarea de ir espigando todos aquellos datos, indicios y precisiones con que Joyce -que jamás visitó Gibraltar- había entretejido con mano maestra su texto a fin de dejar establecida la patria chica de su protagonista, los “recuerdos” de la propia Marion/Molly sobre su juventud allí y las alusiones sobre su ciudad de origen que ella misma, su marido o cualquier otro personaje del libro eran incapaces de eludir cuando a ella se referían, fue una tarea apasionante y gozosa. Pero recordemos antes, siquiera sea brevemente, algunos datos sobre el autor y su obra que son importantes para entender la composición del personaje del que nos ocupamos.

James Joyce nació el 2 de febrero de 1882 en Rathgar (Dublín). Fue el primogénito de diez hermanos, seis chicas y cuatro varones. Su padre, John Stanislaus Joyce, hombre complicado e inestable, blasonaba de proceder del clan de Galway, ciudad e importante puerto de la costa oeste de la isla, aunque había nacido en Cork, al sur de Irlanda, donde tuvo varias propiedades que más tarde hubo de vender. La madre de Joyce, Mary Jane Murray, diez años más joven que su marido, procedía de una familia de aficiones musicales. Había estudiado canto y conoció a su esposo cuando ambos cantaban juntos en un coro. Sufrió el rechazo de su suegra, que la consideraba de clase inferior. La vida matrimonial, llena de altibajos económicos y complicaciones, la numerosa prole y la inestabilidad laboral del cónyuge la llevaron a la enfermedad, al agotamiento y a una muerte prematura en 1903.

Joyce estudió en los jesuitas y posteriormente se graduó en 1902 como

Bachelor of Arts en la Universidad de Dublín. Todos esos años de estudiante, la peripecia de su formación literaria y los primeros contactos con el mundo artístico dublinés, fueron contados por Joyce en *Stephen Hero* y posteriormente en *Retrato del artista adolescente*. Terminada su formación académica, y como nos describe J. M. Valverde en el prólogo a su traducción de *Ulises*, “comenzó a tomar parte con polémica arrogancia en la vida literaria dublinesa”.⁵⁴

En 1902 marcha a París a estudiar medicina. Apenas visita la facultad, aunque sí su biblioteca, y se dedica a frecuentar los teatros y otros eventos culturales. En 1903 vuelve a Dublín ante la noticia de que su madre estaba gravísimamente enferma. Muerta la madre, su padre se dio a la bebida sin freno. Allí quedaba un hogar destrozado, con diez hijos, al que en un principio acudió a socorrer una hermana de su madre, la tía Josephine, con quien Joyce estaba muy ligado y con quien seguiría estándolo siempre. La ayuda material y afectiva que la tía Josephine prestaría a Joyce a lo largo de los años venideros sería de gran valor, incluidos los datos y detalles que este le iría solicitando desde el exilio para componer su *Ulises*. El 16 de junio de 1904 Joyce obtuvo su primera cita con la que sería su compañera de por vida, Nora Barnacle, y acompañado por ella abandonaría Dublín en octubre de aquel mismo año dando inicio así a su periplo vital por Pola, Roma, Trieste, Zúrich, París, y de nuevo Zúrich, las ciudades en las que viviría sucesivamente hasta su muerte en esta última en 1941 huyendo de la guerra en Europa. En honor a ese 16 de junio de 1904 de su primera cita con Nora en Dublín, escogió esa fecha para centrar en ella la acción de *Ulises*, obra que comenzaría a elaborar, ya en el exilio en Trieste en 1914, diez años más tarde de su partida de Irlanda, y cuya primera edición aparecería en París en 1922, el día de su 40 cumpleaños.

ULYSSES

James Joyce comenzó la redacción de *Ulises* como continuación de *Retrato del artista adolescente*, que acababa de concluir, aunque, según afirmó él mismo en una carta a Harriet Shaw Weaver, su editora en París, la incubación de la obra, lenta y ordenada, provenía de 1906. La “odisea” de sus dos personajes principales durante la jornada del 16 de junio de 1904 en Dublín constituye el contenido de la novela. Stephen Dedalus (Telémaco), trasunto del propio Joyce joven de 1904, que protagoniza asimismo el libro anterior, el *Retrato...*, es un joven poeta y escritor soltero, y Leopold Bloom (*Ulises*) judío irlandés de 38 años, vendedor de anuncios del *Freeman*, periódico de Dublín, casado con la cantante gibraltareña Marion Tweddy, hoy Bloom por matrimonio. Marion/Molly Tweddy, nacida en Gibraltar donde vivió hasta los diecisiete años, es hija del comandante Brian Cooper Tweddy “de los Fusileros Reales de Dublín, de Gibraltar y de Rehoboth” y de la judía gibraltareña Lunita Laredo, muerta muy joven. La obra consta de tres partes. En la primera, de tres capítulos, se narra la actividad de Stephen Dedalus desde las ocho de la mañana, cuando acaba de ser desalojado de Torre Martello, una fortaleza militar alquilada al ayuntamiento de Dublín, por una pelea que ha tenido con sus compañeros de vivienda, hasta las once. En la segunda la acción retorna a las ocho de la mañana para contarnos la actividad de Leopold Bloom desde esa hora, hasta las doce de la noche. En este período Dedalus se incorpora a la acción sin coincidir con Bloom, aunque por la mañana ambos han acudido por separado a

54 VALVERDE, J.M. Prólogo en *Ulises*, Bruguera. Barcelona.1980. Vol. I, p.16.

un mismo entierro. En la tercera parte, que se desarrolla entre las doce de la medianoche y las tres de la madrugada del día siguiente, Bloom encuentra casualmente a Dedalus, a cuyo padre conoce, que acaba de tener una pelea con un soldado que le ha golpeado. Le ayuda a levantarse del suelo y ambos visitan juntos el Refugio del Cochero, “una especie de café no-alcohólico para socorro de noctámbulos”.⁵⁵ Van a continuación a casa de Bloom en el 7 de Eccles Street, uno de los varios domicilios reales que ocupó la familia Joyce. Bloom, protector, le ofrece una taza de cacao y después de esto Stephen, a pesar de que no tiene donde dormir, no acepta la invitación de Bloom de quedarse en su casa y se despide. Leopold sube a su dormitorio y se acuesta en su cama a los pies de Molly, que esa misma tarde le ha sido infiel con Blazes Boylan, su agente artístico. Todo el mundo en Dublín, incluido el propio Bloom, “el judío famoso en Dublín por las infidelidades de su mujer” quien aparenta no darse por enterado, conoce que Molly Bloom está teniendo una relación con su agente artístico.

MADAME MARION TWEDDY

“Orgullo de la rocosa montaña de Calpe, la hija de Tweddy, la de cabellera corvina. Allá se crió ella hasta alcanzar impar belleza, donde almendro y caqui aroman el aire. Los jardines de la Alameda conocieron su paso: los olivares la conocían y se inclinaban”. Así nos la describe Joyce en un pasaje de *Ulises*, para añadir a continuación, con una mezcla de sarcasmo y admiración: “La casta esposa de Leopold ella es: Marion la de los generosos senos”.⁵⁶ Molly Bloom es retratada por Joyce como una hermosa y deseable mujer madura, de “treinta y tres años, casi treinta y cuatro”, según confiesa el propio personaje y efectivamente así era en la fecha del desarrollo de la acción -1904- ya que en otro pasaje del libro la propia Molly “recuerda” que ella nació “el año de la visita de S. A. R.” -el Príncipe de Gales, luego Eduardo VI- “a Gibraltar”, 1870.

James Joyce nunca estuvo en Gibraltar. La construcción del personaje de Marion Tweddy y de todos sus recuerdos y vivencias sobre la ciudad la realizó Joyce a través de los testimonios de vecinos o ciudadanos de Dublín, militares y civiles, que sí habían vivido o visitado el Peñón y de libros y publicaciones que se referían al tema. Fundamental para este aporte de información fue su tía Josephine a quien Joyce le escribía constantemente desde el exilio recabándole toda clase de datos que pudiera obtener de estas personas reales con las que ir componiendo la personalidad, los recuerdos y las vivencias gibraltareñas de su personaje. En una carta de 14 de octubre de 1921 a su tía Josephine, le pide:

“Necesito toda la información, cotilleo, o lo que quiera que recuerdes sobre los Powell, sobre todo la madre y las hijas. ¿Nació alguna de ellas en el extranjero? [...] También cualquier información que tengas sobre los Dillon (Matt Dillon y su corro de hijas, Tiny, Floey, Atty, Sara, Nannie y Mamie, sobre todo esta última, la que fumaba cigarrillos y parecía española)...”.⁵⁷ Y el 2 de noviembre del mismo año: “Gracias por la información [...] ¿Sabes algo de la hija de Matt Dillon, Mamie, que estuvo en España? En caso de que sí, cuéntamelo. ¿Fue alguna de tus amigas a ese país?”⁵⁸

55 VALVERDE, J.M. Prólogo en *Ulises*. Bruguera. Barcelona. 1980. Vol. II, p.13.

56 JOYCE, J. *Ulises*. Bruguera. Barcelona. 1980. Vol. I, p. 486.

57 JOYCE, J. *Cartas escogidas*. Lumen. Barcelona. 1982. Vol. 2, p. 118.

58 Op. cit. pp. 119-120.

Recordemos que Joyce cuando habla de Gibraltar se sitúa en España. Gibraltar, para él, es una parte de España, ocupada, al igual que su propio país en aquellos años, por los británicos. Veamos algún ejemplo en el capítulo 12, cuyo escenario es el bar del Hotel Ormond y el tema central del mismo es el nacionalismo irlandés. Habla un personaje conocido como el Ciudadano:

“¿Dónde están los mercaderes griegos que venían cruzando las columnas de Hércules, ese Gibraltar hoy arrebatado por el enemigo de la humanidad, con oro y púrpura de Tiro para venderlo en Wexford en la feria del Carmen? [...] ¿Cuánto nos deben los amarillentos de Anglia por nuestro comercio arruinado y nuestros hogares arruinados?”⁵⁹

Y en el episodio del Refugio del Cochero, Joyce hace decir a Bloom, quien divaga con Stephen Dedalus:

“Mi mujer es, por decirlo así, española, a medias, mejor dicho. En realidad podría reclamar la nacionalidad española si quisiera, habiendo nacido (técnicamente) en España, esto es, en Gibraltar. Tiene tipo español. Más bien oscura, una auténtica morena, pelo negro...”⁶⁰

Aunque desconocemos la información que pudo proporcionar a Joyce su tía Josephine, las propias preguntas del escritor son suficientemente expresivas y reveladoras. Richard Ellmann, en su monumental biografía del autor, nos dice: “Para su aspecto español, Joyce utilizó a una de las numerosas hijas de Matt Dillon, un viejo amigo de la familia que también aparece en *Ulises*. Esta hija había estado en España, fumaba y era considerada un tipo perfectamente español”.⁶¹ Su condición de cantante, y su nombre de conciertos -“Madame Marion Tweddy”- le fueron prestados -según nos dice Ellmann- por una soprano dlinesa que se hacía inscribir en los conciertos como Madame Marie Tallon y fueron también modelo para algunos aspectos del personaje otras mujeres a las que conoció en Trieste y en Zúrich durante su exilio. Pero, nos añade Ellmann, para la mente de Molly Bloom,

“[...] Joyce tenía un modelo en casa. Nora tenía un don similar para concentrarse, una expresión mordaz y el autor se deleitaba con ello tanto como lo haría Bloom en la novela. Como Nora, Molly era una anti-intelectual, y como Nora, estaba atada a su marido sin estar atemorizada. La ausencia de letras mayúsculas y las frases sin pausa en el monólogo final del libro constituyen la teoría de Joyce sobre la mente de Molly (y la mente femenina en general) como la de una corriente continua e imparable, en contraste con la serie de saltos cortos que ejecuta Bloom, y los algo más largos de Stephen Dedalus...”⁶²

Terminemos con algunos de los recuerdos de Molly Bloom que afloran en esa duermevela que constituye el capítulo final del libro. Esa tarde ha tenido la visita de Blazes Boylan, su empresario y amante, con el que prepara una gira de conciertos a dar durante el verano en diversas localidades irlandesas. Durante ese tiempo su marido ha estado dando el pésame a la viuda de Paddy Dignam a cuyo entierro ha asistido esa mañana. El pretexto de la visita

59 JOYCE, J. *Ulises*. Bruguera, Barcelona, 1980. Vol. I. pp. 494 -495.

60 Op. cit. Vol. II. pp. 249-250.

61 ELLMANN, Richard. *James Joyce*. Anagrama. Barcelona. 1991. pp. 375-376.

62 Op. cit., pp. 375-376.

profesional les ha permitido consumir el acto sexual en su propia cama traída de Gibraltar. La misma cama de la que Bloom se levantaba esa mañana a las ocho mientras oía el tintineo de las arandelas de latón sueltas: “Tengo que mandarlas arreglar, realmente. Lástima. Desde Gibraltar, nada menos. Ha olvidado el poco español que sabía. No sé cuánto pagaría su padre por esto...”.⁶³ Ahora son las dos de la madrugada y Madame Marion Tweddy, como sabemos se hace llamar en su actividad como cantante, ha permanecido impassible mientras Bloom, que acaba de despedir a Dedalus con el que ha estado las últimas horas, se incorpora al lecho, se desahoga sexualmente sobre las nalgas de ella y acto seguido se acuesta a sus pies pretendiendo no molestarla. Desde la muerte prematura de su segundo hijo, Rudy, hace once años, los esposos no mantienen relaciones sexuales. Molly recuerda su encuentro de esa tarde con Boylan durante el cual se estaba produciendo una pequeña tormenta. Evoca cómo cuando él se marchó ella se quedó dormida “...hasta que me despertó ese trueno, como si se fuera a acabar el mundo Dios tenga misericordia de nosotros creí que se caía el cielo para castigarnos cuando me santigué y dije un avemaría como esos truenos terribles de Gibraltar...”.⁶⁴ Prosigue la corriente de pensamiento. Evoca sus amoríos juveniles con un tal teniente Garnerd y las paradas militares a un lado y a otro de la frontera: “...la primera vez que vi la caballería española en La Roque [sic] fue estupendo después mirando a través de la bahía desde Algeciras todas las luces del peñón como luciérnagas...”.⁶⁵ Pasa a pensar en su próxima gira de conciertos y en su guardarropa, escaso y anticuado, de lo que culpa a Bloom y a sus escasos ingresos como agente publicitario del *Freeman*:

“[...] en todo caso si esto va a seguir así [su relación con Boylan y las giras de recitales que este le organiza] necesito por lo menos otras dos buenas camisas para empezar pero no sé qué clase de bragas le gustan ninguna en absoluto creo verdad que lo dijo sí y la mitad de las chicas de Gibraltar no las llevaban nunca o desnudas como las hizo Dios esa andaluza que cantaba su Manola no andaba con muchos secretos de lo que no tenía...”⁶⁶

Y más adelante:

“[...] mi madre quienquiera que fuera me podría haber dado un nombre mas bonito bien sabe Dios con el que tenía tan precioso Lunita Laredo lo que nos divertíamos corriendo por Willis Road hasta Punta Europa dando vueltas a un lado y a otro [...] el estrecho brillaba yo veía hasta Marruecos casi la bahía de Tánger blanca y las montañas del Atlas con nieve encima y el estrecho como un río tan claro Harry Molly guapa yo pensaba en él navegando todo el tiempo [...] hija de soldado yo soy sí de quien sois vosotras zapateros y taberneros perdone carreta creí que era una carretilla se caerían muertas de gusto si tuvieran jamás ocasión de pasear por la Alameda del brazo de un oficial como yo en la noche de la banda los ojos me chispean el busto mío que no tienen ellas...”⁶⁷

Y el monólogo final termina:

63 JOYCE, J. *Ulises*. Bruguera, Barcelona. 1980. Vol. I, p. 145.

64 Op. cit. Vol. II, p. 380.

65 Op. cit. Vol. II, p. 389.

66 Op. cit. Vol. II, p. 391.

67 Op. cit. Vol. II, pp. 405-407.

[...] y la noche que perdimos el barco en Algeciras el vigilante dando vueltas por ahí *sereno* con su farol y ah ese tremendo torrente allá en lo hondo ah y el mar carmesí a veces como fuego y las estupendas puestas de sol y las higueras en los jardines de la Alameda sí y todas esas callejuelas raras y casas rosas y azules y amarillas y las rosaledas y el jazmín y los geranios y los cactus y Gibraltar de niña donde yo era una Flor de la montaña sí cuando me ponía la rosa en el pelo como las chicas andaluzas o me pongo una roja sí y como me besó al pie de la muralla mora y yo pensé bueno igual da él que otro y luego le pedí con los ojos que lo volviera a pedir sí y entonces me pidió si quería yo decir sí mi flor de la montaña y primero le rodeé con los brazos sí y le atraje encima de mí para que él me pudiera sentir los pechos todo perfume sí y el corazón le corría como loco y sí dije sí quiero Sí.⁶⁸

68 Op. cit. Vol. II, p. 432.

CHUKRI, “EL MIRLO BLANCO DE TÁNGER” MATA A SU PADRE LITERARIO EN “PAUL BOWLES, EL RECLUSO DE TÁNGER”

Por Rajae Boumediane El Metni

Ensayista y traductora
Licenciada en Filología Hispánica
Universidad Sidi Mohamed Ben Abdelá de Tetuán

Mohamed Chukri nació en 1935 en el Rif, en Beni Chiker; de allí su verdadero apellido “Chekri”. Eran los años del Protectorado español, de cuyo ejército había desertado su padre. Era época de hambre, de sequía y de guerra en la que Chukri-niño adquirió conocimiento de la injusticia del mundo y de su naturaleza de marginado, en su triple condición de rifeño, analfabeto y pobre. El panorama desolador de su pueblo obligó a su familia a autoexiliarse en busca de mejores condiciones de vida.

Su padre, en un exceso de violencia, mata su hermano. Este hecho marcará la vida de nuestro escritor que termina odiando a su padre y deseándole la muerte. Odio que deja reflejado en *El pan a secas* (pág. 117): “Si a alguien le deseo la muerte, es a mi padre. Lo odio, a él y a los que se le parecen, y no recuerdo cuántas veces lo habré matado en mi imaginación. Tan sólo me queda matarlo de verdad.”

Chukri acabó huyendo de la tiranía paterna. Su destino fue Tánger, la misma ciudad que mencionaba su madre cuando le decía: “Cállate, que nos vamos a Tánger. Allí hay montañas de pan. Ya verás cómo no llorarás más por el pan cuando llegemos. En Tánger, la gente come hasta hartarse.” (pág. 17) Pero la realidad fue distinta. Chukri tuvo que rebuscar en las basuras, preferentemente cristianas, para sobrevivir.

Tánger era una ciudad anhelada por las potencias internacionales que aspiraban a conquistarla, a poseerla pero la ciudad se negó a entregarse y acabó convirtiéndose en novia de todos y mujer de ninguno. Esta ciudad, en cuya historia se entremezclan mito y realidad, fascinó a un gran número de occidentales como los pintores Matisse y Lacroix. Tánger fue la capital favorita de los adictos a la transgresión; sus grados de tolerancia la convertían en cita obligada para escritores como Tennessee Williams, Truman Capote, Jack Kerouac, Allen Ginsberg, William Bourroughs y Paul Bowles.

A Bowles, Chukri consagra su libro *Paul Bowles, el recluso de Tánger*, un libro que no se parece en nada a *Tennessee Williams en Tánger* o *Jean Genet en Tánger*.

Cuando Chukri escribió sobre Paul Bowles, no tenía la intención de dejar documentados sus encuentros y conversaciones como hizo con Tennessee Williams y Jean Genet en diferentes tiempos y espacios tangerinos.

Con su libro sobre Paul Bowles, Chukri quería acercar a los lectores a un estilo más maduro y elocuente. Investigó y enriqueció el libro con bibliografía y notas a pie de página. Es un viaje, *El viaje de las voces* -título original-, que Chukri propone a sus lectores para que compartan con él su lectura, sus conclusiones

y a veces hasta sus duros juicios.

Chukri consagra su libro *Paul Bowles, el recluso de Tánger* para elucidar un misterio: la pareja paradójica formada por Paul Bowles, el escritor americano más célebre en Tánger y Jane, la “genio incomprendida”, que quedó anulada por su marido y fue presa de continuas depresiones.

El libro habla de Paul Bowles en Tánger, de su relación con su esposa Jane, de su sexualidad, de su miedo a la muerte, de su relación con los miembros de la Beat Generation... Todo un cúmulo de historias y anécdotas que Chukri recrea a través de las vivencias cotidianas que tuvo personalmente con él, a través de sus amigos y de los amigos literarios. Títulos de libros, nombres de escritores, extractos de cartas, eventos y anécdotas que Chukri rescata y narra con ingenio para dar más credibilidad a su narración y conservar la objetividad y la imparcialidad de un autor hacia lo que escribe.

El libro es una aproximación íntima al escritor, pero no es siempre muy servicial y complaciente. Está cargado de emociones, de aseveraciones y de duros juicios que Chukri emite contra su mentor y padre literario.

El libro, en su versión árabe, provocó un gran revuelo. Pero cualquier lector fiel a la lectura de la obra Chukri, no se extrañaría de su audacia analítica, tiene que estar acostumbrado.

En este sentido y durante la presentación del libro en la Sala Beckett de Tánger (13 de febrero de 1997) quedó palpable y reveladora la actitud de Chukri hacia su mentor literario. Contestó a todos los que le acusaron de haber pretendido saldar las cuentas con Bowles: “¿Por qué no? Sí, quería saldar mis cuentas con Bowles porque es un racista, un tacaño, un hipócrita y un ladrón. Aún Más, Bowles es un vampiro”, sentenció.

Con estas polémicas declaraciones, Chukri sembró la tempestad en el entorno literario e intelectual y terminó por hacer partícipes a todos sus lectores presentando a Bowles ante un tribunal muy peculiar, un tribunal formado por los lectores.

Pero a pesar de las emociones tormentosas que inundan en el libro, la obra tiene una importancia bastante particular. El lector no puede permanecer indiferente ante las afirmaciones del autor.

Chukri no habría escrito este libro si no fuera por el anticipo que recibió de una editorial alemana para la entrega de la tercera y última parte de su trilogía autobiográfica. Sin embargo, como es habitual en él y en su relación psicológica con la escritura, pospuso el proyecto más de dos años. Bajo presión del editor alemán, Chukri barajó la aventura de escribir sobre Paul Bowles.

Efectivamente, era una gran aventura y un riesgo que Chukri escribiera sobre Paul Bowles... que cambiara su padre biológico en *El pan a secas* por su mentor y padre literario en *Paul Bowles, el recluso de Tánger*.

El libro sobre Paul Bowles no sólo estaba plagado de riesgos sino que acarrearía graves consecuencias. Chukri sufriría, según Ben Bouchta, su íntimo amigo, el complejo de este libro hasta su muerte.

Como si de un juicio se tratase, el caso Bowles-Chukri tenía simpatizantes y detractores. Rachel Muyal, exlibrera de la Librairie Des Colonnes, sentencia: “Bowles era antisemita, snob, tacaño, distante...todo lo que tú quieras pero no era un ladrón. Además le hizo un gran favor a Chukri, cuatro de sus obras se publicaron primero en inglés. Sin Bowles, Chukri no habría existido”.

Chukri se deshizo de su padre en *El pan a secas* y para saldar cuentas

pendientes acusó, juzgó, condenó y mató a su padre literario, Paul Bowles. En una extensa entrevista, Chukri y el dramaturgo, Zoubeir Ben Bouchta mantienen la siguiente conversación:

- Cuando escribiste el libro sobre Paul Bowles, ¿pretendías acaso deshacerte de su nombre en tu vida?
- Sí, hasta tal punto que ya he olvidado que soy el autor del libro.
- ¿De la misma forma que te has deshecho del complejo del padre en *El pan a secas*?
- Sí, como me he deshecho del complejo del padre que me acompañaba y me apedreaba. Con mi libro sobre Paul Bowles, habré matado a mi segundo padre. ¡Basta ya de matar padres!, concluyó riéndose.”

A pesar de todos los esfuerzos de Chukri por conocer la verdadera razón de la presencia de Bowles en Marruecos, termina el libro sin encontrar una respuesta convincente. Chukri está seguro de una sola cosa: Bowles quiere Marruecos pero no quiere a los marroquíes. Quiere el Marruecos de los años treinta porque persiste en él una visión colonialista. La pregunta sigue planteada porque un libro de 206 páginas fue incapaz de darle respuesta. Fue, sin lugar a dudas, el secreto mejor guardado de Bowles, su enigma, igual que el enigma de Tánger que lo acogió hasta su muerte en 1999.

Tánger fue la confidente de Bowles, pero quién sabe si la ciudad seguirá guardando su valioso secreto o acabará por desvelarlo y entregar la llave a los curiosos, sedientos por averiguar el motivo de su retiro en Tánger.

JOSÉ BOADA Y ROMEU EN MARRUECOS (1889-1894)

Por Sergio Barce

Novelista y presidente de la Asociación Larache en el Mundo

Fue a través de un trabajo de mi admirado y recordado amigo el profesor Abdelah Djbilou, titulado *Crónicas del Norte. Viajeros españoles en Marruecos* (Edic. Asociación Tetuán Asmir – Tetuán, 1998), que leí por primera vez un fragmento del libro *Allende el Estrecho. Viajes por Marruecos* (Barcelona, 1895), escrito por el viajero catalán José Boada y Romeu. Luego, pasados los años, conseguí un ejemplar de este curioso libro, reeditado en 1999 por las Ciudades Autónomas de Ceuta y Melilla.

Este libro, dividido en tres partes claramente diferenciadas –solo me referiré en este artículo a la primera de ellas-, recoge las impresiones de este comerciante y periodista catalán en sus viajes a Marruecos entre 1889 y 1894. Y, aunque en algunos momentos, su posicionamiento pro africanista y claramente “colonialista” lo traiciona, llegando a retratar Marruecos y a sus costumbres como una amalgama de fanatismo y de retraso cultural casi crónicos, sin embargo es capaz de hacernos viajar a aquella época y su ágil narración nos sumerge en el interior del país llevándonos a una época de aventura y de descubrimiento. Marruecos, no hay que olvidarlo, era aún en esos años, un imperio algo impermeable al exterior.

Boada, cuando inicia su primer viaje a Marruecos, sale de Cádiz. Y ya, desde la primera frase, descubrimos a un buen escritor que sabe hacer de su libro de viajes un relato lleno de encanto y toques poéticos (no obstante, hay una gran influencia orientalista en su visión de Marruecos, y eso le influye a la hora de escribir).

“Amanecía cuando llegamos al muelle. La había siempre hermosa de Cádiz hallábase aún envuelta en las brumas matutinas, que con sus tonalidades grises esfumaban el paisaje, dándole un tinte de suave y tranquila melancolía, tan grata a los sentidos como al espíritu, cuando desde el <Tánger> contemplábamos absortos aquel solemne despertar de la naturaleza...”

Su llegada a Tánger lo deja fascinado, especialmente el Zoco, que describe minuciosamente. También llama poderosamente su atención que la población hable castellano, que achaca en especial a la presencia de judíos en la ciudad. Sin embargo, pronto su ideología le hace describir el país de una manera excesiva, y dice:

“...Sin transición apenas, estábamos en plena Edad Media. Sin transición apenas, nos hallábamos entre un pueblo semi-salvaje, caduco, degenerado. Por la mañana acariciaban nuestros rostros los aires de Europa; pisábamos las calles de la culta Cádiz. Por la tarde estábamos ya en África, entre una población abigarrada y fanática, con distinta religión, con distinto modo de ser, otras ideas y diferentes esperanzas. El choque era rudo. Estábamos atontados...”

Increíble el efecto que le produce su llegada a Tánger, pues siendo un hombre preparado que llegaba en este primer viaje con intenciones de impulsar el comercio entre los dos países, sin embargo, se deja vencer por los prejuicios y el desconocimiento de una cultura distinta.

Sin embargo, a medida que el libro avanza, se vislumbra la fascinación que Marruecos le irá provocando poco a poco. Es también llamativo que sea la población hebrea la que más atraiga su atención a la hora de describir costumbres o actividades comerciales. Y, sin embargo, también deja entrever su querencia a creer que está llamado a una labor “civilizadora” o “colonialista” cuando habla de unos y de otros. Son aleccionadoras afirmaciones como las siguientes:

“Verdad es que la raza hebrea tiene defectos ingénitos, no siendo el menor y el menos antipático un servilismo exagerado que raya en rastrero, y un afán desmesurado de atesorar riquezas por todos los medios; pero aparte de esto, debe reconocerse, especialmente a los tangerinos, un deseo vehemente de entrar en las vías de la civilización... (..) En Tánger visten muchos a la europea y viven mezclados con los moros... (..) La mujeres hebreas, de belleza notable, son por lo general de formas exuberantes, tal vez demasiado para un exigente, de cutis cetrino, grandes ojos negros y pelo del mismo color... (..) En Tánger, como hemos dicho anteriormente, visten casi todas a la europea, con lo cual pierden para el viajero la mayor parte de su encanto... (sic)”.

“...Al poco rato nos trasladamos a otra habitación del primer piso, donde tenía que verificarse el baile moruno. (..) ...Como es costumbre en las casas moras, no se veía en las paredes, de una blancura deslumbradora, ningún mueble, y solo había como todo adorno una finísima estera de esparto... (..) Las bailadoras no se hicieron esperar: eran dos muchachas de 18 á 20 años, hebreas de Mogador, aunque se hacían pasar a los ojos de los extranjeros como moras auténticas... (..) Nos sentamos en sillas europeas que para estos casos tenía preparadas la dueña de la casa, y a una señal de ésta empezó el bailoteo, que podemos calificar de ejercicio de dislocación, y que no es ni más ni menos que la zarandeada <dance de ventre> que tanto llamó la atención en la última Exposición Universal de París... (..) ...baile romántico primero y que degenera prontamente en lascivo, propio para excitar los sentidos de esta raza profundamente lujuriosa... (sic)”.

En fin, que José Boada se convierte en un testigo escasamente objetivo, de una dudosa catadura moral dado que es incapaz de ocultar su “superioridad” en todos los aspectos sobre los marroquíes, ya sean moros o judíos, como los nombra en sus páginas. Sin embargo, su libro no deja de ser un documento fascinante: primero, por descubrir cuál era la mentalidad de un verdadero africanista, que ya deja entrever lo que vendría después, y, segundo, y especialmente, por el testimonio del Marruecos de finales del siglo XIX, en concreto, de las ciudades de Tánger, Arcila, Larache, Mehedia o La Mamora, Salé, Rabat, Mulay Dris, Mequinez y Fez, ciudad a la que dedica una atención especial por ser la que lo deja realmente impresionado.

Pero viniendo yo de Larache, espero que se me permita extraer algunas de las buenas descripciones del viaje de José Boada y que estas sean de la ciudad del Lucus. Escribe:

“...a poco presentósenos en toda su belleza la vista panorámica de Larache, con sus murallas bañadas por caudaloso río, sus alminares y la alcazaba,

situada al extremo, como centinela avanzado que guarda la entrada del río. En éste había fondeados unos faluchos. Lejos, y en un recodo, veíanse tres o cuatro restos de buques de alto bordo, a juzgar por el tamaño de las desnudas cuadernas. Aquellos son los restos de la famosa marina de guerra marroquí, marina tan temida en la Edad Media por sus tremendas razzias. Allí se pudren en el río que tantas veces habíales servido de abrigo.

Por la parte de Oriente, extensos bosques de alcornoques y naranjos alegran la vista con sus verdes copas, lo cual explica el nombre con que en lengua árabe es conocida la población: El-Araix (jardín de recreo). En el Uad-el-Kus, el Líkkus o Lixus de los antiguos, nos aguardaba la caravana para pasar el río en la barcaza...

(..) ...No están conformes los autores acerca de la época exacta de la fundación de Larache. Mientras unos, como Mr. Renou, pretenden demostrar que se remonta al siglo XII, fundados en que ninguna cita hace de esta población el geógrafo Edrisi, que escribía en 1154, y en cambio en el mapa catalán del año 1300 se encuentran ya indicadas Larache y Caximuxi; el señor Cuevas opina que es mucho más antigua, tanto que, según sus cálculos, se remontaría al siglo VIII. Funda su opinión el señor Cuevas en el hecho histórico de haber sido confiado en el año 828 de nuestra era el gobierno de Larache al Emir Yahya-ben-Edrís por su hermano Mohammed, tercer príncipe Edrisita, lo cual demuestra la existencia de esta población a principios del siglo IX... Lo que sí parece comprobado es que a principios del siglo XV se estableció en ella la tribu berebere de los Beni Aros, fortificándola convenientemente al terminar este siglo Muley Ben Nasar, durante el reinado de su hermano Said-el-Uatas.

(..) ...La ciudad de Larache se halla rodeada, como todas las de Marruecos, de rojizas murallas tostadas por el sol de los siglos, murallas en su mayor parte en mal estado, sobre todo las construidas a últimos del siglo XV por Muley-ben-Nazer.

(..) ...Aprisionada entre sus muros y alcazabas, vive la población que algunos hacen ascender a 10.000 habitantes y que seguramente no llegará a 5.000, de ellos 500 hebreos y 70 europeos, en callejuelas estrechas y sucias, edificadas la mayoría en declive, lo que da a la población aspecto de anfiteatro. El Zoco, situado en la parte más elevada de la ciudad, y junto a una de sus puertas, está rodeado de un elegante pórtico formado por ligeras columnitas blanqueadas, que dan a este lugar un aspecto risueño y monumental. A eso débese el que posea Larache el Zoco más hermoso de Marruecos, cuya construcción se atribuye a los portugueses. En esta misma plaza hállase la principal mezquita, y por ambos conceptos es el sitio más concurrido de Larache.

(..) ...Salimos por la puerta que da al campo...De pronto, aparecieron allí cuarenta jinetes negros, montando soberbios caballos elegantemente enjaezados. Llevaban puestos albornoces de color azul marino, rosa, naranja y marrón, y cruzada en el arzón de la silla larguísima espingarda, avanzaban en dos líneas con extraordinaria gravedad. Nos hicimos a un lado, y bien pronto se perdieron entre la muchedumbre que invadía la puerta de la ciudad. (..)

...Habíamos presenciado el paso de los jinetes marroquíes de aquella célebre guardia negra, tan famosa en otras épocas; la que con sus brillantes cargas deshizo los batallones portugueses en Alcázar-Kibir, la que luchó en vano con nuestros cuadros en los campos de Uad-el-Jelú, la que hoy, dispersa y todo, constituye con sus restos las tropas más fieles y bravas de Muley-Hassan..."

Es curioso también que, durante el viaje de regreso, se cruzara con uno de los más famosos viajeros que han descrito el Marruecos del siglo XIX: Pierre Loti, como si el destino hubiera querido que ambos se conocieran, aunque fugazmente, dos personajes que escribieron de un país pero desde visiones absolutamente antagónicas.

Curioso libro *Allende el Estrecho. Viajes por Marruecos*, no solo por lo ya dicho, sino porque nos da a conocer los fondaks de la época, las monedas que se utilizaban, las actividades comerciales de las ciudades que visita, las fiestas y

costumbres religiosas, las cofradías, las zagüias, las actividades consulares... En fin, un mosaico amplio y multicolor que en ningún momento aburre. Para terminar este breve comentario del libro de José Boada, no puedo resistirme a traer su descripción del mercado de esclavos que descubre en la ciudad de Fez:

“Hay en Fez un lugar recóndito, emplazado entre un dédalo de callejas, donde se celebra el mercado de carne humana: el mercado de esclavos. (..) ...había sentadas algunas decenas de mujeres ligeramente vestidas, alineadas allí para que pudieran ser minuciosamente examinadas por los compradores. Una había que particularmente atrajo nuestras miradas: era negra como el ébano, pero de facciones regulares y bellas; nos miraba con aire de súplica, como preguntándonos si íbamos allí para oponernos a aquella monstruosa iniquidad. Parecía triste, muy triste... (..) ...cuando adelantándose de entre el grupo formado por los moros que examinaban las esclavas, un vejete, de flaco cuerpo y enjutas carnes, fue derecho hacia la negra de nuestras miradas y con un brusco movimiento apartó el labio inferior para examinar sus dientes. (..) ...No quisimos ver más: ni con nuestra presencia podíamos autorizar aquel acto...”

Finalmente, José Boada regresará a España pasando por Alcazarquivir, de nuevo por Tánger, y luego Tetuán y Ceuta... Acabando así su primer largo viaje a Marruecos. Posteriormente, regresará como periodista de guerra, pero eso ya es otra historia.

CREACIÓN LITERARIA (POESÍA)



PARQUE MARÍA CRISTINA (ALGECIRAS)

MEMORIAL DE LA ACUARELA

*Dedicado a Juan Gómez Macías
En homenaje a mi añorado amigo Domingo Faílde*

No apenéis a la fortuna con la queja
tan perversamente conservadora,
ni busquéis palabras derrochadoras
en el tránsito de conciencia a reja.

La vida no cabe sin esperanza
absoluta ni enemigas tristezas,
así pues, siempre busco la belleza
con semblante a imagen y semejanza.

No busquéis victoria por viles máscaras,
en espacio de sonrisa reclamo
silencio errante y soledad que amo.
Lanzo piedras al tiempo con guitarra
a ritmo de universal transformar.

En rompiendo olas de la tristeza,
fijo bandera en Campo de Gibraltar,
donde registro versos para amar
y soledades rompiendo cadenas.

No me busquéis en esos decorados
de plata donde acontece el recado
de las miserias. Hemos de trovar
pupilas serenas con libres formulas
para cambiar vida, revés y mundo,
para agitar lienzos, furibundo,
y sin clausulas vuestra voluntad
acoger. No busquéis en sombras, cálculos
celestes que rompan voces, simulan
esquinas de sueños, supriman aulas
de respuesta entonces. Pues me postulo
con gratitud cotidiana. Me llamo
Juan Gómez Macías y he cogido
todos los trenes del mundo. Con tímido
gesto tuteo la fealdad de las calles.
Pero no guardo rencor, ningún detalle
fuera de mi libertad madurada.

Lo digo desde los indivisibles
huecos de la amistad. Crestas de espinas
no quiero, más tratar con mis iguales,
seguro de arrojar generosas manos,
errores trabajados, cualquier símbolo
para el nuevo día. Quisiera ser
Juan Gómez Macías, hacer del momento
una acuarela sin límites posibles.

ALBERTO TORÉS

(Premio Andalucía de la Crítica)

XAUEN. MARRUECOS

En la alcazaba cantan los pájaros,
tiemblan las chicharras,
corre el agua tranquila.
No se derrama hoy sangre.
La adelfa y el ciprés acompañan la paz.
Y sin embargo, ángel, todo es igual que ayer.

En la cárcel de la alcazaba
el frescor nos compensa
de las flamas de fuera. Aquí alguien temblaría
de pavor y de frío.
Y sin embargo, ángel, todo es igual que ayer.

Hay en la alcazaba diminutas literas
de novia, que aguardan su dulce cargamento
de ilusión y ventura.
Ayer temblaron dentro los cuerpos aún ilesos.
Y sin embargo, ángel, todo es igual que ayer.

En la alcazaba, bajo los altos montes,
El agua corre doméstica y helada.
Alguien tembló saciando en este aljibe
Su sed de labios agrietados.
Y sin embargo, ángel, todo es igual que ayer.

¿Entre estos muros hubo amor? ¿Brotó
como una flor llamada
a mustiarse antes de florear?
¿Un corazón se detuvo al oír un nombre
al pie de la antigua buganvilla?
Sí, así fue. Y sin embargo, ángel, todo es igual que ayer.

ANTONIO GALA

(Premio de las Letras Andaluzas
y Premio Planeta)
(Del libro *Tobías desangelado*)

CON EL PIE EN EL ESTRIBO

Tanto viajar y tanto perderme
en el zoco del mundo, en sus tiendas infinitas,
buscando el amor entre las sedas decadentes,
el sueño en los tragos dulceamargos de cada noche,
el olvido en la droga y siga el lector poniendo lo que quiera.
Tanto viajar sin moverme,
poniendo la vista en las dos orillas, Estambul allá, lejos,
en la cueva más íntima del desengaño.
Este mar tan nuestro y tan ajeno, tan ilustre en su confusión.
vienen y van los hombres y los cuerpos,
palabras y gemidos, tanta confusión y tanta historia.
Voy a morir aunque el terror me acoge
con sus brazos de hielo.
Saldré a la terraza,
Me sentaré bajo el toldo de rayas
Y emprenderé el viaje sin retorno.

ANTONIO GARRIDO MORAGA

(Académico Real Academia de Bellas Artes de San Telmo
y Exdirector del Instituto Cervantes de New York)

EL ESTRECHO

Bab el-Zakat

Puerta de la Caridad

Calle de agua.

De cabo Espartel a Punta de Trafalgar,

Del mar de Alborán al golfo de Cádiz

Calle de agua

¡Quién dijera que la sublime, hercúlea unión de aguas,

El apoteósico beso geológico

Rezumara un día impío veneno,

Deshilachara azules sueños

Y ahogara en flor jóvenes alientos!

¡Quién vaticinara que

Los insolidarios peces

Calcificaran un día la débil frontera,

Erigieran dormidos heraldos, desalmados titanes

Y derrumbaran hipócritas discursos!

AZIZ TAZI

(Universidad Sidi Mohammed Ben Abdellah de Fez)

MIRADA DE UN NIÑO FRENTE AL ESTRECHO

Ha venido a pasear tus orillas
cuando la tarde se hizo sombra
y sólo la brisa acompañaba.
Las olas acariciaban sus pasos
de náufrago creciente, de niño
abandonado, de perdido lucero.
Y tú le recibías con tus brazos de espuma
cristalina, con ese salitre redentor
que sazona la vida y la enriquece.

ENCARNA LEÓN

(Delegada de ACE-A en Melilla)

PILAR PAZ PASAMAR

Para agradecerle sus versos, dedicado con cariño

La paz sea contigo querida Pilar:
Te escribo en esta mañana del Mayo florido,
Que ya está despidiéndose de nosotros,
Para darte las gracias más efusivas...que puedan ser expresadas.
Me has enviado tu poesía: la medicina más apreciada,
La que cura la soledad y las penas del alma.
Tus poemas desde "la Torre de Babel" me han abierto los ojos
A la poesía de las cosas y de la vida.
Sentía el hastío de los libros, la decepción de los poetas otrora admirados
Que luego me abandonaron...
Pero al abrir tu libro y leer tu carta, tan rica en sentimientos y vivencias,
He recuperado el eco de una voz amiga que me alcanza.
La "Oración de todos los días" me ha acercado a Dios,
"Padre nuestro bueno, siempre compasivo", como bien dices.
Y qué decirte del canto a nuestra "Trina Mercader", que tanto sabía de
poesía,
De amigos comunes como Rafael Guillén, de nombres sonoros para el
arabismo
Que compartimos: Emilio García Gómez, y, antes, Asín Palacios,
Maestros de los que tanto hemos aprendido,
Ibn Hazm y su "Collar de la Paloma", cuya lectura puede ayudarnos a
recuperar
El valor de la amistad, entre otros tesoros de ese legado.
Y de nuevo los versos de Trina
Que me regalas para vencer la apatía
Y el cansancio de este caminar por la vida.
Bajo el emblema del humilde y hermoso "Platero"
Leo la "Fuente de Aixa", las "Tres décimas a una misma ciudad"
Y ese "Soneto del hombre", que ella misma te envió,
Desde su Larache, su nuevo natal entonces, era el año de 1950.
Me despido ahora querida Pilar Paz Pasamar siguiendo las palabras finales
De tu hermosa carta: "Aquí en Cádiz, es decir, el corazón, muy cerquita al
mar,
Tienes un amigo que te recuerda y aprecia".

FERNANDO DE ÁGREDA

(ExDirección de Relaciones Culturales
y Científicas de la AECID)

ESPERANDO A LOS MENDIGOS

A Ana María Romero Yebra

Señalan que vendrán muchos mendigos
De tierras australes.
Algunos son peligrosos esclavos
Negros que tienen los ojos vidriosos
Del odio.
Otros llegan desde Oriente
Con su miseria y algunas zapatillas
Reebok falsas.
Incluso los hay que viven aquí,
A tu lado, y ensucian las tazas
De las cafeterías
Cuando acaban de tomar
Su café de lástima.

Pero ¿por qué seguimos esperando
A los mendigos?
Kavafis esperaba a los bárbaros
Y nosotros a los mendigos.
¡Cómo ha cambiado la historia!
Aquellos venían con poder
Estos llegan con la desventura.

FRANCISCO MORALES LOMAS
(Presidente Asociación de Críticos
Y Escritores de Andalucía)

UN VENDAVAL DE LUMBRE

Los caballos de mar surcan las aguas
de la quietud y del silencio.
Un vendaval de lumbre
va iluminando
los brunos horizontes
que signan la esperanza y la ventura.
Dos mares y una misma
llama donde trenzar la paz.

Ahora,
junto al Estrecho
que dibujó en mi alma
la semilla inequívoca
del viento y del amor,
abrazo la alegría,
de alzarme
frente a dos continentes,
de asirme a sus antiguas
e imborrables leyendas.

Atlántico que sueña, Mediterráneo
que mece su verdad ...
Y en lo más alto,
los jirones de luna enamorada,
los ecos eviternos
de su bella canción.

JORGE DE ARCO

(Licenciado en Filología Alemana por
la Universidad Complutense, Profesor
universitario de Literatura Infantil y Juvenil
y Escritura Creativa)

TEATRO CERVANTES (*)

A Mohamed Sibari, un verdadero resistente

Porque la noche cae y no llegan los bárbaros.
Y gente venida desde la frontera
afirma que ya no hay bárbaros.
¿Y qué será ahora de nosotros sin bárbaros?
Quizá ellos fueran una solución después de todo.
(KONSTANTINOS KAVAFIS)

En un lugar perdido
de la antigua medina
se eleva un alminar,
ayer templo de actores
y voces de comedia.

La puerta cerrada del viejo
teatro no sucumbe a los envites
del tiempo
o al desdén
de los que le visitan
que ni siquiera se deslumbran
con sus hermosos azulejos
o del nombre que cierra su fachada:
corona de otra época, gloria de la metrópolis.

Es la imagen del que resiste,
como un bastión, la furia
del abandono;
y se asoma expectante,
al atardecer, sobre la bahía
(esperando lo que no llegará)
por si alguna goleta le trajese
noticias que anunciaran
el regreso de los actores;
aunque hay quien afirma
que ya no existen
actores al otro lado del mar.

JOSÉ SARRIA

(Secretario General
Asociación Colegial de Escritores de Andalucía)

(*) El Teatro Cervantes es un antiguo teatro, hoy cerrado, que se desvanece en la medina de Tánger. Este poema está inspirado en otro que, bajo el título de *Elegía para las ruinas*, escribió el poeta y traductor marroquí Mezouar El Idrissi.

ÚLTIMA LUZ DE LA FRONTERA

Abdica quien no conoce el Sol de la Frontera.

Quien no dispuso su mano en la cintura
y avanzó el otro brazo -semiperfil el cuerpo-
el índice izquierdo extendido señalando la luz.

Quien no lo hizo así a la Frontera teme.
Y a la luz señalada.

Y al Mar de la Frontera
y a mí, el Sol, y a él.

JUAN COBOS WILKINS
(Premio Andalucía de la Crítica)

ENSANCHAR LAS MENTES, ESTRECHAR LOS LAZOS

Sólo pueden diseñarse aduanas allá
donde el camino es estrecho y angosto
el entendimiento.

Las fronteras sólo son posibles cuando
el concepto de alambrada se incentiva
más que el de campo abierto e infinito.
Las banderas sólo sirven para decolorar
los primarios colores de la concordia
entre iguales.

El Estrecho de Gibraltar es un inmenso
cementerio donde sepultar las espaldas
mojadas de los que vieron hundidos sus sueños
y sus esperanzas. Un rubicón funesto,
helada agua de la Estigia, vórtice y
maremágnun, dédalo sin salida, laberinto
mortal donde quedan los cuerpos desalmados.

Pero el poeta ha ensanchado la dimensión
de su mente y no sabe sino derribar muros
con sus palabras, aunar orillas y construir
puentes, unir colores y mezclar culturas
en un único cáliz y un único ara donde
se contaminan dogmas y se diluyen estigmas.

Así, el Estrecho literario es una calle de agua
donde fluyen calmos los ríos y la navegación es
pacífica y fértil, y donde se confunden
las lenguas, se injertan los versos,
se solapan los sabores y se impone la pasión
por crear universos sin aranceles ni pasaportes.

Marruecos es también mi casa, mi mesa de trabajo,
mi despacho.

Marruecos habita con luz propia en mis raíces
y en mis genes, en los cimientos de mi alma
y en las galerías íntimas
de mis versos y mis metáforas.

Cuando pienso no distingo más países que
los de la realidad y el deseo.

Cuando escribo soy ciudadano del mundo,
de la Literatura Universal,
hijo soy de la palabra.

JUAN EMILIO RÍOS

(Presidente Ateneo Algeciras)

TÁNGER, circa 1950

Los escritores rubios bebían ginebra
sobre la lenta tarde de los transbordadores
y las banderas rugían contra los bulevares
con su raro estrépito de imperio y fanatismo.

A las afueras, en la colina batida por el cherki,
en un café que aún abre a los sueños,
fumaba lentos cigarrillos de hachís
un mundo que moría sin existir siquiera.

Aquel joven que escribía palabras en el aire
orinaba sobre la tumba de sus antepasados,
mientras mujeres de cheques millonarios
convidaban a fiestas de nunca acabar.

Tingis era un laberinto de pastelerías,
Cementerios judíos ocultos bajo llave,
Una copla temblando en el Gran Teatro,
La terraza de un hotel bajo el cielo protector.

En la plaza de toros, diestros de segunda,
Entre almuédanos que anuncian el más allá
Y una prolongada caravana de miseria
Lamiendo los umbrales de la montaña.

Los poetas llegaban del otro lado del mar
Como peregrinos a la calle de los enamorados.
A veces reunían a sus amantes mendigos
Y de ellos aprendían el lenguaje del gozo.

Todo ello ocurrió en una ciudad perdida,
en un mundo tan frío como sus guerras.
Olían a pasado el baúl de las ancianas
cuyo amor había muerto tanto tiempo atrás.

Ay de este largo ramadán de ausencias.
Hoy suenan las nubladas sobre mi memoria.
Quizá porque ya no almorzamos desnudos
y Juanita Narboni dejó de vivir aquí.

JUAN JOSÉ TÉLLEZ

(Director del Centro Andaluz de las Letras)

ALAMBRANDO LA PIEL

*This is my home
this thin edge of
barbwire.
But the skin of the earth is seamless.*

Gloria Anzaldúa
Borderlands/La Frontera: The New Mestiza.

los cuerpos avanzan abiertos
mientras en desiertos el silencio
derrama su voz y una promesa
la promesa de existir

hacia una cerca dorada los pasos
se precipitan implantados
entre dos orillas ancestrales
travesías de huellas en proa
el ser uno y otro ser y ninguno

paulatinamente la algarabía emigra
vestida de abecedarios señoriales
los cuales anhelan un digno sí
y un huerto donde articula el verbo

las letras se pierden en las letras
mientras hacia el templo su vuelo
alza y sagradas retornan las leyendas
talladas en jazmines y aceitunas

y ¿los memorables cuerpos?
guardan "la insoportable levedad del ser" (*)
lluvia y sol de un ayer amarrado
ahincando fantasías a punto de zarpar

quema el vivir y su revés quema
igual que las quemaduras de *Harraga* (**)
y otras reliquias del humano vivir
sólo aguarda la postrera madrugada

en sus curtidas llagas eterno el sufrir
y en azul la esperanza tatuada en efigie
a pigmentados pasajeros alivia al cruce
las orillas se funden y en su fundación
se amalgaman identidades gaviotas
narradas al compás de ocultas épocas

muelles soñados en ajenos azules

a l a m b r a n d o l a p i e l

tu alto destino a gritos zurce
en trance dilata íntimas geografías
y al tardío rocío resigna su amanecer

Cartago-(πῶλω)-Gibraltar-(كيشق)-Lampedusa-(migra)-Tijuana=(I Have a Dream!)

colmenas de alambradas lecturas
esperanzas de finita inmortalidad
en las costas las heroicas épicas
se niegan a cargar la torre de babel

alambrando la piel: porosa fábula

c u a n d o m i g r a r r e s u l t a u n d e l i r i o
c u a n d o l a d i c h a r i b e r a s h a d e c e d e r
c u t á n e o
a s e d i o.

KHÉDIJA GADHOUM

(Doctora en Literatura y Cultura Latinoamericanas
por Ohio State University. Profesora de Español
y Consejera de Estudios Internacionales en
The University of Georgia, en Athens –USA-)

(*) Idea inspirada en la novela checa, *La insostenible levedad del ser*, de Milan Kundera (Éditions Gallimard, 1984).

(**) “Harraga” es la forma plural de “Harrag” en el árabe dialectal magrebino y que significa alguien que “quema (‘hrag’) sus documentos migratorios”, antes de que lo agarre la policía. Dicho de otro modo, el “harrag” cruza la frontera de un modo ilegal, en busca de una mejor vida. Por lo tanto, los “harraga” serían los emigrantes magrebinos/ africanos indocumentados en Europa y otras regiones del globo.

FLORES EN EL DESIERTO

*Siento
el triste son de la engañada gente.*
Fernando de Herrera

*Hay ciertas maneras de ser feliz que son simplemente
odiosas.*
José Saramago

¡Qué súbita sevicia se embebece en los ojos
contemplando el silencio
donde el mar se confunde
con la arena anegada,
ese légamo antiguo, negro como la noche,
atezado en el alma de los rostros transidos,
ese triste perfume de las leves mujeres
que alientan en sus bocas amores imposibles!

¡Qué palabras amargas calla mi labio inerme
por olvidar el ruido de las necias palabras!
¡Qué dolor cristaliza la luz de mis pupilas
por no quebrarme en llagas
ni permitir al odio podreecer la belleza!

Y es que toda distancia no es más que mera excusa
donde el poder instaura sus razones alevés,
el ultraje infinito del hombre contra el hombre.

Es terne este desprecio que amenaza la vida
más denso y más arcano que el nadir de la nada.
Más lóbrego su miedo que el cráter más oscuro.
Más sórdido su aliento que el piélago más hondo.

¿Por qué gnosis inicua nos inviste la sangre
de oro o de miseria?
¿Qué justicia reclama un mundo que es injusto
desde el gris nacimiento?

Salgo a vivir
y busco estrechar otras manos
cuyo tímido tacto me vuelva poderoso.
Y me dejo la vida, la palabra, el abrazo
en aquel que se acerca con luz en la mirada
y sin pedirme nada me ofrece su sonrisa.
Contemplo a los amantes,
a los niños felices que en nada se asemejan
a otros niños lastrados por el hambre y la muerte.

Un sudor macilento
cruje en la piel reseca del hombre que suplica,
que llora y se rebela
porque lo hemos marcado como un paria sin nombre.

El delirio convierte las piedras angulares
en simas inasibles.
A escasos metros tiembla la fe
que reconoce, ajena a las efigies,
idéntica esperanza.

No hay verdad absoluta
ni leyes
ni fronteras
cuando una flor naciente sin agua se marchita,
cuando un niño de aire sus huesos tornasola.

Será mundo este mundo
cuando no haya banderas
cuando no existan límites,
cuando nadie conculque la pisada de nadie.
Será mundo este mundo
cuando riele la luna sobre el mar de las sombras,
eterna,
transparente,
fulgiendo sin medida
ungiendo nuestros manos,
besando nuestros besos.

MANUEL GAHETE

(Presidente de la Asociación Colegial
de Escritores de Andalucía)

CASTELLAR

Fuiste ya como ahora desde antes que la luz
y las tinieblas fuesen, cuando Dios un instante
nos tuvo entre sus dedos y me pensó aquí mismo
-mi morada suspensa, mi castellar cegado-,
camino de esta última estancia que me llama.

Por la alacena rota teje la araña el hilo
dorado del crepúsculo. Mas al fondo del cuarto
un ventano se abre al vacío que asientan
allá abajo las aguas, y en el aire purísimo
me suspenden las aves que cruzan en silencio.

MARÍA VICTORIA ATENCIA

(De *Compás Binario*)

(Premio Nacional de la Crítica
y Premio Andalucía de la Crítica)

MAR

Bajo mi cama estáis, conchas, algas, arenas:
comienza vuestro frío donde acaban mis sábanas.
Rozaría una jábega con descolgar los brazos
y su red tendería del palo de mesana
de este lecho flotante entre ataúd y tina.
Cuando cierro los ojos se me cubren de escamas.

Cuando cierro los ojos, el viento del Estrecho
pone olor de Guinea en la ropa mojada,
pone sal en un cesto de flores y racimos
de uvas verdes y negras encima de mi almohada,
pone henchido el insomnio, y en un larguero entonces
me siento con mi sueño a ver pasar el agua.

MARÍA VICTORIA ATENCIA

(De *Marta y María*)

(Premio Nacional de la Crítica
y Premio Andalucía de la Crítica)

ARCHIVO DE LA NOSTALGIA

Cada vez afectados por las olas agotadas,
los fragmentos del alma se disuelven.

Las montañas avanzan desde sus alcobas
para lamer nuestra nostalgia.

El asfalto desciende a la pesca
para enervar
la playa tragada por los barcos de los ciegos.
La selva persigue la cola de la nube,
y se escapa asustada
para dormir en el descampado.

El narrador dice:
Aquí enterré el alma del avión,
que tropezó
mientras llevaba todo su archivo.

MOHAMED AHMED BENNIS

(Poeta, traductor y ensayista
Doctorado en Ciencias Políticas por la
Universidad Mohammed V- Agdal, Rabat)

¡ESTRÉCHAME!

¡Madre, estréchame muy fuerte
en tus hogareños brazos,
que ya he salvado el Estrecho
que mediaba entre tú y yo!

¡Te suplico, madre, estréchame
y no me dejes caer,
que las púas y las olas
muy maltrecho me han dejado!

¡Estréchame mucho, estréchame!
¡Haz que tus brazos me sean
recios barrotes de acero
de una celda infranqueable!

¡Estréchame y no me sueltes,
que temo que me descubran,
me liberen y devuelvan
a la materna estrechez!

MOHAMED DOGGUI

(Poeta y novelista tunecino de expresión española.
Profesor en la universidad y en el Instituto Cervantes)

Tú, mi ciudad
Tú, mi ciudad, íntima y hermosa.
Te descubro en mí.
Te vivo, te siento.
Aunque haya un mar más o menos estrecho.
Aunque pasen los años.
Ni tu pierdes la belleza.
Ni yo la esperanza de recuperarte.
Tú, mi ciudad, íntima y hermosa.
Contigo vuelvo a nacer,
al abrigo de murallas y nevadas.
Tú, mi ciudad, fría y distante.
Contigo vuelvo a nacer,
al son de Amor y Sabiduría.
Tú, mi ciudad,
Tú, mi dolor y llanto
Tú, lejos en el ahora
Tú, cerca en el ayer.
Hemos vivido ya todos los sueños,
“Si una vida, como todo, es cuestión de historias
Acercarme a tus calles fue crear un destino”.

NISRIN IBN LARBI

(Profesora Departamento de Hispánicas
Universidad Abdelmakel Essadi de Tetuán)

RECUERDO EN ESTA LEJANÍA ¡TANTAS COSAS!

Recuerdos (I)

Salida:

Pasos acelerados cargados de silencios
irrumpen entre un maremagnum
de ojos callados.
Ruidos de pisadas a ciegas
por un pasillo tan finito
como la misma vida.
Olas calmadas miran insolente
mientras esperan el bullicio,
sobre la tarima de la nao,
que me traslade a Tánger.

Viaje:

El mar, callado, es cómplice
de mis silencios.
Ruidos ajenos retumban
por la cubierta
descontando los minutos.
El sol ilumina la cola de un delfín
que con cara de sirena
me sonrío a lo lejos.
Cierro los ojos y la luz penetra
en mis sentidos
con ruidos desconocidos
con silencios encontrados.

Llegada:

Movimientos,
pisadas,
miradas,
ruidos inauditos,
silencios escondidos.
Maletas,
codazos,
empujones,
Tánger es un imán de almas.
¡No puedo parar!
sigo los pasos,
desciendo casi en volandas.
El aire de Marruecos

reclama mis pulmones.
Mis oídos descubren ruidos nuevos,
mis ojos exploran lo desconocido.
Mi olfato huele aromas distintos.
He llegado a mi destino
y en un hueco de las maletas,
mis recuerdos se acomodan
por tiempo infinito.

Recuerdos (II)

Tánger:

Atravieso su puerto,
mezclo mi esencia con sus aromas,
mezclo mi alma con sus historias,
entremezclo mis grises con sus colores
y me convierto en otra persona.

Recorro sus calles con ojos vendados
de miedo e incertidumbre,
hurgo entre sus ropas
y encuentro coraje y esperanza
que se convierten, en noches cerradas,
en pateras fabricadas de llantos.

Y busco en cada rincón un alma
que me mire y me sonría,
sin saber ni siquiera mi nombre.

Y descubro en las esquinas
ojos pequeños como nubes de acuarelas,
que te hablan en el idioma de los profetas,
y que, con manos temblorosas,
te mendigan una moneda.

NURIA RUIZ FERNÁNDEZ
(Poeta y gestora cultural)

*A Paul Bowles, en una de sus visitas
a Algeciras para cruzar el Estrecho*

PUERTO DE ALGECIRAS

Este ir y venir de pasajeros,
de equipajes,
de mercancías.

Este aguacero que invade
los cristales del coche
y el vaho que no permite ver
me remiten al puerto de Algeciras.

Las luces empiezan titilando en Gibraltar
y se van desplazando
hasta lograr que la bahía quede envuelta
en centellas.

Los barcos trazan caminos al cruzar el Estrecho
de Este a Oeste,
marcando su zig-zag pasos alternativos,
baremo insostenible que no llega a quebrarse,
aunque la noche lo haya abordado
y una razia de gaviotas
asole los diques
con su intrusismo constante.

Un halo de luna blanquecino,
casi absorto en el bullicio
me despierta en la madrugada,
enlenteciendo los descoloridos rasgos
de imágenes retrospectivas:
caladeros exultantes,
traíñas cruzando la bocana
que encienden el carburo de su luz
conforme se van adentrando en la noche.

PALOMA FERNÁNDEZ GOMÁ
(Delegada de ACE-A en Cádiz)

TÉTOUAN

Te vemos como el mar
cuya agua se bebe
muchas veces sin que
se agote ni se enturbie.
(Al-Marini. S XII)

Nace en la mirada el equilibrio del mar
y aquella luz primera, el tiempo
del encuentro que traduce la sucesión
de imágenes, allá, desde la contemplación
del oasis y el monte Dersa.

La fuerza del paisaje, recreado en el sueño
de los días, tantos nombres, tantos pasos,
tanta levedad, tanta ausencia.
La miel de aquel instante, tomando *chebbakia*,
cantos de gozo, azahar y albahaca.

Calle Luneta 29, a la luz del zaguán.
Chilabas multicolores en la Plaza del Primo,
junto a la Iglesia de la Victoria
y el vuelo fiel de las palomas.
Tétouan, manantial de voz rifeña.

Y te llamabas Ahmed, Emilio, Rachid,
Abraham o Jacob. Protectorado Español
en Marruecos, lleno de evocaciones,
epitafios, velos y espigas.

Y ellas atendían por su nombre y su sed
de juventud: Farida, Yasmina, Teresa, Fátima
y Helena. Al fondo, las notas de un piano
reclamando el horizonte, aguamarina
de la noche, tan cerca la media luna
y el silencio de siglos junto al puente Buceja,
el poblado del Gorges, el campamento de Laucien
o el fortín de Mogote,
allí, en la ciudad eterna, generosa y blanca.

Un faro en la encrucijada redentora, la alegre
sinfonía coral, el regreso de la memoria

a la placidez de las aguas.
Aquella antorcha discurriendo por el aeródromo
de Sania Ramel, el misterio y las flores de
aquel jardín de amaneceres imposibles.

Huellas de los pasos en Río Smir,
donde late el bautismo de la vida,
en la comisura de unos labios, en la eternidad
de aquella sonrisa de juventud primera,
ancho el tobogán de las raíces, *Tetouan*,
subiendo gozosos la cuesta de Pabellones,
tomando té, verdad jubilosa, el canto
del corazón furtivo, desnudo de futuros presagios.

Serena la llegada de la caricia en el aleteo
de unas manos, sabias como el dátil de los siglos,
hermanados en la nave de la amistad.
Y ningún otro mar al alcance. Jamás por descubrir,
tan cerca y por siempre, otro paraíso.

PILAR QUIROSA-CHEYROUZE

(Poeta y gestora cultural)

TÁNGER, MI HONDO PENAR

Aires dorados mueven con pujanza
tus solícitos senos que entrañables
amamantan alientos insaciables
con lenitiva y cándida templanza.

Siempre pura y etérea en tu entrega
miscelánea de pueblos y razas
con arrebatador deliquio abrazas
a todos en tu vasta y fértil vega.

Bella perla enclavada entre dos aguas
flor de nácar debió ser tu destino.
Malhaya el enconado desatino
que de negrura tiñe tus enaguas.

Al vil mercantilismo te donaron.
Maldita la famélica mesnada
y maldita la mente descarriada
que al futuro ignoto te entregaron.

Mi Tánger baladí, dardo en ardor
yo te veo en el grito penetrante
yo te siento en el silbo lacerante
del salitre que oxida tu fulgor.

¿Dónde de tu rumor la sinfonía
que alegre de jazmines perfumaba?
¿Dónde de oro la arena que apreciaba?
¿Dónde el mar que sin velos te cubría?

Náufraga en tus cerúleas aguas voy
y agrias notas en son alzan su duelo
de ver que en mi tesoro, que es tu suelo
ya sin remedio triste extranjera soy.

Y aunque en acerbo lloro el mío adiós
polvoriento, gimiente se despida,
mi alma eterna, donde tu canto anida
tu eco perseguirá ¡bien lo sabe Dios!

RACHIDA GHARRAFI

(Profesora Departamento de Hispánicas
Universidad Abdelmakel Essadi de Tetuán)

BESO DE CONTINENTES

Milagro de la piel contra la piel:
eso es una frontera. Cae la noche
sobre un mar veterano, más profundo
que la propia memoria.

Viejo padre,
pastor de las palabras en mil lenguas.

Platón nos lo había dicho: Navegad
hasta llegar a las Columnas de Hércules.
Puede llamarse Atlántida, Trafalgar o Tartessos,
la vida entera ha ocurrido aquí.

Hay fronteras que rompen adjetivos,
otras que son el hueso y son la carne.
Y después estás tú, centro y placenta,
Gibraltar que se estrecha con un beso,
el límite del mundo conocido.

RAQUEL LANSE ROS

(Premio Unicaja de Poesía y Accésit del Premio Adonáis)

EL DESCONOCIDO

Esta luz neutral de amanecer de invierno,
como en aduana
de ciudad fronteriza,
mixtura de neón y de helio líquido,
inquieta,
si el día concluye lejos de los muelles.
Y en el país sin nombre al que ha llegado,
el extranjero entiende
que ésta ha de ser su luz.

ROSA ROMOJARO

(De *La ciudad fronteriza*)

(Premio Andalucía de la Crítica)

CREACIÓN LITERARIA (NARRATIVA)



IGLESIA DE LA PALMA Y PLAZA ALTA (ALGECIRAS)

LA PEQUEÑA Y ARROGANTE OLIGARQUÍA DE LOS VIVOS

Por Ángel Olgoso

Premio Andalucía de la Crítica

Cuatro días hace que llegué a la costa por cierto asunto. Como me ocupa sólo las tardes, dedico las horas de la mañana a pasear desde los últimos pinos del pueblo hasta los riscos puntiagudos del espigón, a recorrer la playa muy despacio y con la cabeza vacía, a dejar que la brisa salobre limpie de parásitos mi alma, encarado al Estrecho de Gibraltar. Y como es invierno, nadie suele molestarme. Ayer, cuando alcancé el suave promontorio donde muere el camino, no escuché el amortiguado rumor de las olas e intuí un mar desacostumbradamente sombrío, de tan pajizo, como si la luz del sol luchara sin ímpetu para abrirse paso entre las nubes o les pidiera licencia para reflejarse en el agua. Pero el cielo no estaba cubierto, excepto unas migajas sueltas color rosa vinagre que punteaban el norte. Acerté a pensar que esa luz cargada de tristeza, el silencio estéril, el opresivo horizonte, la naturaleza compacta del agua a lo lejos, la ausencia de salpicaduras en el ribete de la playa, todo conspiraba para imaginarme en la costa de otro país. Según salvaba los doscientos metros que separan en línea recta el promontorio de la orilla, no parecía sino que una especie de toldo infinito, de color ceroso y abullonado por una amalgama de pólipos u hongos, cubriera la superficie entera del mar. A decir verdad, sólo cuando estuve a varios pasos pude cerciorarme de lo singular de la visión: aquel mar era una apiñadísima masa de cuerpos inertes mecida por la marea, una maraña humana tan entrelazada que no permitía ver el agua por intersticio alguno. Levanté la mirada y comprobé que ese tumultuario aluvión, esa prieta esponjosidad de cadáveres desnudos, continuaban hasta perderse de vista en el horizonte. De pronto, una tímida ola que comenzó a pronunciarse mar adentro avanzó elevándose poco a poco, se dilató en los flancos y se adensó dispuesta a acometer la playa. En el cenit de su impulso, mientras se sustentaba pesadamente en el aire, advertí con claridad que su cresta se componía de personas vivas, como una espuma vehemente que se moviera con un frenesí un tanto pueril, como una delirante guirnalda de burbujas que eran cabezas embestidoras, ojos en alegre desafío, bocas que mostraban tesón o desdén, extremidades que braceaban al unísono, cientos de torsos jóvenes, elásticos, que se sostenían victoriosos arriba por un instante antes de derrumbarse, con una exhalación más sorda que bronca, entre la cinta pedregosa de la orilla y la superficie grávida de cuerpos. Allí quedaban, a la deriva, muertos ya e indistinguibles del resto de despojos, adormecidos para siempre en el placentario vaivén de un regazo ilimitado. Poco después, una nueva ola despuntó al fondo, inició la infatigable fuga hacia

delante, fue creciendo lentamente alentada por la premiosa resaca, y volví a ver esa onda colectiva, esa voluta donde bullían protuberancias tersas y peludas, ese festón horizontal de humanos vivos que, deslizándose sobre la base de difuntos, se esforzaban ciegamente, casi con altanería, con una engañosa vocación de eternidad, por ganar el rompeolas. Luego, a medida que se desplomaban contra las piedras de la playa con un blando golpeteo de rodamiento, con un roce viscoso, el múltiple cabeceo se debilitaba, la tenacidad desplegada cedía, las figuras vivas eran ganadas por una melancolía irreversible antes de morir, antes de sumergirse y volver a emerger y reintegrarse a los demás, a la mirada de prójimos, al tapiz de pieles, a la saturación animal de pellejos biliosos e hinchados, para no turbar un proceso que parecía incubarse a sí mismo sin descanso. Tardé en aceptar la evidencia de un pensamiento tan elemental: no se trataba de cadáveres desnudos flotando arracimados en el agua; esos cuerpos innumerables eran el agua, eran el mar mismo, eran sus corrientes, constituían cada una de sus moléculas, desde la superficie hasta los confines de las profundidades abisales, eran el turbión alimentado con el acúmulo de cien generaciones, el rompiente donde se engolfan todos nuestros antepasados. Comprendí también por qué razón las gaviotas sobrevolaban, sin precipitarse nunca, aquel mar incierto y pútrido. A fin de cuentas, en la distancia, en las alturas, la suplantada extensión acuática quizá se percibiera como la mole escamosa de un armadillo inabarcable, meciéndose morosamente, con su opacidad color badana, frente al litoral. De hecho, hasta donde alcanzaba la vista, no se distinguía ninguna embarcación, y el perfume del aire no traía el menor indicio de sal o de yodo. Mientras tanto, el sol hacía vano alarde de fuerza. Nada podía su luz velada contra el mórbido resplandor que despedía la palidez amarillenta de los cuerpos, de ese piélago silencioso y cárnico, frío y mortecino, de espeso reflujo, donde sin cesar, como obedeciendo a una llamada, nacían nuevas olas formadas por concentraciones de criaturas de fugacísima existencia, a las que pronto se les retiraría la exigua gracia concedida, ajenas por completo a la playa final, a su agónico desencuentro con la tierra, a la extinción de su breve reinado, a su veloz regreso, resignado y definitivo, al vasto mar de los muertos.

EN ALGÚN NUBARRÓN

Por KarimaToufali

Bilal descubrió su regazo en una discreta colina solitaria, en la parte alta del pueblo. Una hermosa colina que exhibía su esplendor revestida de verde con pinceladas de azul cielo. Con su timidez ante la dimensión del infinito cielo, y la mirada calmosa del mar, ella discretamente modosa jugaba a ser montaña. Orgullosa divisaba el poblado, minúsculo conjunto de casitas blancas y azules, entonadas por los flecos de sol, radiando infinidad de tonalidades azulinas.

A Bilal el destino le descubrió el poblado. Cuando llegó por primera vez, los pueblerinos le llamaban el muchacho. Era el lugar perfecto para su estudio, tranquilo y hospitalario. Ese entorno perdido entre las montañas, de belleza humilde y serena, ajeno a las formas exteriores de la experiencia metropolitana, de su ajeteo, la impaciencia, donde todo transcurre lo antes posible y el apego al mundo material se ha convertido en forma de vida popular. Bilal acudía frecuentemente a lo largo de mucho tiempo y permanecía largas temporadas. Con el tiempo su estancia en el poblado se hizo permanente. Quedó prendido por la calma que desvelaban los días en el discurrir del tiempo.

Como cada día Bilal se ausentaba para perderse en la naturaleza, alejarse del ruido humano, silencio mental más allá de la palabra, para diluirse en el sonido natural y divisar el poblado desde la colina sobre una roca apartada, habitante perpetua de la loma. Durante muchos años permanecía inmutable a la espera de algún forastero en busca de paz, o algún peregrino del espíritu que reclama soledad.

De la misma mochila que le había acompañado durante tantos años por pueblos y ciudades, aldeas y comarcas, desde oriente a occidente. Sacó un cuaderno compañero inseparable de vivencias y reflexiones, repleto de ordenadas anotaciones. El cuaderno, algo desbaratado, sobrevivía a toda una experiencia consumiendo sus últimos renglones.

Bilal era un viajero incansable, un viajero en busca de conocimiento. Ahora ya no tenía la misma capacidad de recorrer el mundo, se había deslizado un largo desfile de años, su etapa de madurez le concedía un equilibrio interior, el estado natural del hombre con capacidad de discernimiento. Tan sólo necesitaba tiempo para acomodar teoría y experiencia acumulada, ordenar y reflexionar sosegadamente para imbuirse en la introspección y vivir en el recogimiento.

Bilal envejeció acompañado de naturaleza y de la gente del lugar. Todos formaban parte de su vida.

-Desafortunadamente estamos continuamente corriendo tras la *dunya*. Ahora

disfruto esta etapa de mi vida con otro sabor, no necesito viajar hacia ningún lugar porque desde aquí, desde este pueblo apartado del mundo agitado, donde el ruido no invade ni agrede la naturaleza silenciosa, puedo volar a cualquier país, ciudad o aldea. –dijo Bilal.

Al atardecer Bilal se alzó sobre un nubarrón y viajó por la tierra...
Divisó el esplendor de las montañas del Rif, el majestuoso y profundo mar, los labriegos de las aldeas y el pequeño pueblo que tanto amaba, recogido y aferrado a la tierra, vio los chiquillos corretear por sus callejuelas simples y los ancianos, con su rutina reposada meditando en el patio de la mezquita mayor. Bilal comprendió que toda la belleza que rodeaba el pequeño pueblo, era fugaz y tristemente el irreflexivo mundo se había entregado al reino de lo efímero. Entonces entendió que el ser humano gastaba los mejores años de su vida persiguiendo algo que perece...
Bilal cerró los ojos y entonó en silencio unas aleyas, y escapó, alzado sobre el espumoso nubarrón, huyó de ese mundo.

*El Día en que la tierra y las montañas se convulsionen,
Y las montañas se desmoronen,
Y se conviertan en dunas de arena en movimiento...*

*Cuando las estrellas sean borradas
Y cuando el cielo sea partido en pedazos,
Y cuando las montañas sean esparcidas como polvo...*

Cuando los mares se desborden...

*Cuando el sol sea oscurecido,
Cuando las estrellas pierdan su luz...*

LAS LLAVES DEL HOGAR

Por Mohamed Bouissef Rekab

Novelista, exjefe Departamento de Lengua y Literatura
de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de Tetuán

El doctor Nicasio que estaba en suelo de Tetuán después de atravesar Bab-el-Oqla y recibir con inusitada sorpresa el fuerte vitoreo de “viva la reina” de parte de los hebreos de la ciudad, acto que le alegraba sobremanera, ya que enaltecía el nombre de la Reina Isabel II en tierra mora, se puso a contemplar lo que el soldado español acababa de conquistar a costa de un carísimo precio: la vida de miles de hombres, unos caídos defendiendo la ciudad-fortaleza y otros atacándola para adueñarse de ella.

A su alrededor reinaba el caos más horroroso.

¿Merecía la pena tanto sacrificio para que el ejército español entrara en Tetuán victorioso?

Y las miles de imágenes de hombres heridos que dejaron de respirar en sus manos atacaban sus sentidos; se adueñaban de sus pensamientos...

El soldado marroquí que llegó al hospital de campaña junto a otros dos de sus compañeros heridos y que murió entre sus manos no quería salir de su mente. Sin venir a qué se sentía culpable de esa muerte. Una bala española le perforó el estómago y la operación quirúrgica que se hacía necesaria, era imposible. No había ni aparatos ni utensilios ni medicamentos suficientes que permitieran efectuarla. Aliviaba un poco su presión el viaje de los otros dos marroquíes que fueron evacuados a un hospital de Málaga para que sanaran adecuadamente de sus heridas junto a otros cientos de soldados españoles. Él propuso tal evacuación tal como se lo indica la ley de su formación humanitaria.

Y se puso a andar detrás de las largas filas de soldados que se dirigían al centro de la ciudad. En un recoveco, donde una puerta estaba entreabierta, el doctor Nicasio se paró para ver quién había espiando detrás de la hoja de madera. Unos ojos almendrados, enormes y negros azabache lo escudriñaban siguiendo sus movimientos.

Saludó dirigiéndose a la invisible figura dando las buenas tardes en español.

La respuesta fue abrirse la puerta y dejar la entrada libre. Era una invitación.

¿Debía aventurarse y entrar? ¿Y si era una trampa y lo mataban?

Con los habitantes de la ciudad recién ocupada por el ejército enemigo había que ir con cuidado no fuera que le cortaran a uno la cabeza... Pero aún así y con bastante temor de ser agredido, decidió ver quién abrió esa puerta, quién le instigaba a entrar; la curiosidad pudo con él.

Se paró en el marco de la puerta y se asomó, ante él había un espacio sombrío en el que no podía vislumbrar nada. Al poco tiempo, su vista se acostumbró a la oscuridad y distinguió un sitio vacío y otra puerta al fondo, ésta también entornada. A ambos lados del lugar oscuro, había bancos para sentarse que

apenas podía percibir; bancos contruidos contra la pared. Siguió hacia delante y empujó con suavidad la puerta entrecerrada. Un fuerte haz de luz le golpeó de frente.

Estaba ante un patio maravilloso; una pequeña fuente de agua en el centro rodeada de plantas y flores de múltiples colores. En cada esquinita del bonito huerto un verdísimo naranjo o limonero y rodeando todo el patio unas blancas columnas que soportaban el peso de la construcción que había encima. Un chorro de agua manaba de la fuentecita de manera continua y la luz lo inundaba todo.

En el centro de la pared que tenía enfrente había una puerta abierta. Se dirigió hacia ella. Al asomarse vio a dos personas. Un hombre sentado en una estera y una mujer a su izquierda encima de una colchoneta. Repitió su saludo en español y la respuesta ahora fue un “muy buenas tardes, señor. Sea bienvenido a esta su casa”... El doctor Nicasio se sorprendió al oír ese saludo y esa invitación en su lengua. La mujer permaneció callada y únicamente miraba con detenimiento a ese hombre que acababa de entrar. El musulmán se levantó y al estrechar la mano del doctor Nicasio lo llevó a sentarse cerca de la mujer. Se trataba de una señora joven, bellísima con un pelo negro que le alcanzaba la cintura; sus bonitos y enormes ojos negros no dejaban de mirarle. “Soy médico y me llamo Nicasio Landa. Estoy aquí para ayudar a los que lo necesiten –explicó el hombre. Entré en su casa y pido perdón... porque no es educado hacerlo así.”

“No se preocupe, señor –dijo la mujer en un español correctísimo. Nosotros queríamos que algún cristiano nos oyera. Que entendiera que los que fuimos desterrados de España siempre guardamos el anhelo de ser reconocidos como hijos de esas tierras...”

“Mi apellido es Torres, hijo de Castilla, expulsado por los cristianos y ésta, mi mujer, es de la familia Baeza, también echada por la fuerza de esas tierras. Guardamos las llaves de nuestra casa en Toledo y los documentos que así lo acreditan y abrigamos la esperanza de regresar a ella algún día como acaba de decirle mi esposa. Si no lo hacemos nosotros, esperemos que lo hagan nuestros hijos o nietos...”

El doctor Nicasio no sabía qué comentar. Los pensamientos de esas dos personas, explicados de manera tan convincente, lo dejaron sin habla... ¿Qué podía decir ante tal decisión? Sabía que España era de los españoles y nada más, lo que se pudiera decir en contra serían simples palabras...

Y su pensamiento se trasladó a su niñez, cuando en el colegio le hablaban de que los Reyes Católicos echaron a los musulmanes y a los judíos porque no creían en Cristo... Porque podían manchar la sangre de los españoles creyentes.

“¿Y en qué puedo ayudarles yo? Como les acabo de decir soy médico y no tengo ningún peso para que la gente política me oiga”.

“Que se diga alto y que se sepa en la sociedad española. Que sepan que ese maltrato de los cristianos nos sigue doliendo a pesar de sentir amor por nuestra nueva patria. De sentir que acabamos de perder la guerra y de que vamos a ser invadidos –el hombre hablaba con tranquilidad, sin levantar la voz. ¿Qué pueden querer los españoles en nuestra ciudad? ¿Nos echan de nuestras tierras y ahora que estamos tranquilos vienen a atacarnos? ¿Es justo?”

¡Y nosotros que queríamos reivindicar nuestro derecho a ser reconocidos como hijos de Castilla!

El doctor Nicasio estaba ante unas personas que le hablaban de un tema que él no conocía bien. No sabía qué contestar ni qué decisión tomar, si irse y dejarles o seguir escuchando lo que anidaban en sus corazones. Él sabía que los moros habían ultrajado la bandera española cerca de Ceuta y había que escarmentarlos... y que él, como buen español, tenía el deber de ayudar a sus hermanos en la guerra que su país había declarado a Marruecos. En cuanto a musulmanes y judíos expulsados, sabía poco, porque la historia no era lo suyo. Y como le habían educado explicándole que ambas religiones podían manchar la limpia y cristiana sangre española, pues consideraba que era justo que se fueran... La mujer se levantó y salió de la habitación en la que estaban.

El hombre agachó la cabeza y declaró que los españoles saldrían de Tetuán y que la justicia les daría la razón en cuanto a su casa en Toledo...

“No puedo decir cuando, pero estoy seguro que la inteligencia del hombre se impondrá y la ecuanimidad de los responsables de España florecerá”. Al rato la mujer regresó con una bandeja con vasos, una tetera y platitos con pastelitos de diferentes formas y colores. Escanció té en los vasos y le ofreció primero al doctor Nicasio pidiéndole que se sirviera lo que le apeteciera, señalando los platos de las pastas.

Después hablaron de diferentes temas relacionados con la ciudad y de sus habitantes. El doctor Nicasio se fijó que estaba ante dos personas muy diferentes a los soldados palurdos que luchaban en el ejército marroquí. Eran educados y parecían estar convencidos de sus palabras.

El hombre, que decía pertenecer a la familia Torres, se levantó y cogiendo al doctor Nicasio del brazo lo guió hacia la salida.

“Únicamente le pido que lo divulgue entre sus amigos y colegas. Que la gente sepa que amamos a nuestra patria, pero que sentimos un profundo cariño por España porque nos consideramos originarios de esa tierra. En Tetuán somos muchas familias las que pertenecemos a esta clase de gente. Con nuestro agradecimiento le saludamos y le dejamos continuar su camino”.

El doctor Nicasio saludó a la esposa del musulmán que les siguió hasta la puerta con un gesto del brazo y dándole un apretón de manos al hombre, se fue. Ante la petición del hombre, el doctor Nicasio no respondió ni con un sí ni con un no; prefería dejar que la vida siguiera su curso sin intervenir en nada. Para él las palabras de esos musulmanes eran fantasía que no se haría realidad de ninguna de las maneras.

Mas su alegría de hombre vencedor que ocupaba una ciudad después de vencer a un durísimo enemigo, se desvanecía. Su encuentro con esa pareja de musulmanes lo dejaba ensimismado a pesar de intentar olvidarla.

Al alcanzar un lugar al que llamaban el Feddán, se encontró con que los jefes militares arengaban a sus soldados agradeciéndoles el esfuerzo desarrollado y glorificando su gallardía de españoles que nunca se echaban atrás... El momento de gloria lo envolvió de tal manera que se olvidó de su encuentro con la pareja de marroquíes que reivindicaba algo que para él era una pura utopía.

OTOÑO

Por Sergio Barce

Primer Premio de Novela *Tres Culturas* de Murcia
Finalista del Premio de la Crítica de Andalucía

Otoño, 2001.

Había tardado treinta años en embarcarse para ese viaje que tenía pendiente. Se había engañado diciéndose que si no lo había hecho antes había sido por respeto a Beatriz. Pero ella había muerto tras una larga enfermedad y ya no estaba, y poco a poco fue enterrando su ausencia bajo nuevas ilusiones, inventadas. Y ahora que por fin había tenido los arrestos necesarios para cumplir aquella promesa, Ismael Guillén regresaba gangrenado por la pena, que era su condena por falsario y traidor.

Se sentó en la mesa habitual, en la terraza del Alhambra, la de Casa Dioni, y pidió una caña y unos caracoles al poleo. Cerró los ojos. Quería estar solo.

Cuando dejó definitivamente Marruecos a principios de los sesenta, decidió establecerse en Algeciras porque pensaba que era una manera de no marcharse del todo de Tánger, de tener a mano la oportunidad de cruzar el estrecho cuando quisiera... Dio un sorbo a la cerveza, y trató de pensar en aquella joven que un día, mientras se abrazaban, le prometió esperarlo, tardara lo que tardara. Pero fue un cobarde, y se acomodó, y se olvidó de esa promesa. Había tardado treinta años, y ahora sabía que los años pueden convertir los sueños en pesadillas.

Pese a que la ciudad había cambiado, seguía siendo la misma. No le costó nada moverse por sus calles. Pero dio vueltas con una inesperada indecisión en el ánimo, como si a última hora se diera cuenta de la insensatez que estaba cometiendo. Se pasó toda la tarde sentado en el Café de París, encendiendo un cigarrillo tras otro, con una expresión imperturbable, hechizado por la pasividad de las agujas de su reloj que había dejado sobre la mesa, junto al vaso de té, que no había probado. No se atrevía a cogerlo porque las manos le temblaban.

Decidió caminar. Solo pensaba en la reacción de Latifa cuando lo viera. En su propia reacción. Se separaron siendo aún jóvenes, y ahora él tenía sesenta años y ella cincuenta y uno. Prométeme que vendrás a por mí, susurró ella. Te lo prometo, respondió él creyendo sus propias palabras.

Habían pasado treinta años de silencio, y ninguno había sabido nada del otro desde entonces. Dio varias vueltas por las sucias callejuelas del barrio, en las que flotaba un intenso olor a tayin de carne de cordero. Se le acercaban los chiquillos esperando que les diera algo, pero Ismael Guillén se los sacudía de encima.

-¡*Sirf alak, sirf alak!*

Siguió dando bandazos hasta que la luz de la tarde se amortajó. Sólo entonces entró en la callejuela, que ahora le parecía más angosta. Cuando se sentaba en la terraza del Alhambra, la de Casa Dioni, Ismael imaginaba algo distinto a lo que ahora sentía. Nunca habría creído que volver a ese lugar fuera a provocarle este terror insospechado. Pero continuó andando. Y llegó a la casa de Latifa cuando comenzaba a chispear. Ya frente a la puerta, trató de convencerse de que solo había venido para volver a verla, para saber de su vida, como si visitara a una amiga muy especial. Solo eso. Lo demás era una insensatez de adolescente.

Despegó la vieja aldaba, soldada por el desuso a la madera empobrecida, y dio un golpe seco que retumbó en el silencio del pasaje. Creyó ver una sombra en la ventana enrejada de la fachada, pero luego se dio cuenta de que sólo era un trozo de cartón prendido de la pared. Volvió a golpear. Nadie respondía. Le enfureció de alguna manera la ausencia, y se barruntó que ella ya no vivía en esa casa.

-¿A quién busca? –la voz procedía de otra ventana, a tres o cuatro metros de distancia. La perfecta pronunciación en español delataba a una mujer marroquí de bastante edad.

-Perdone... ¿Conoce usted a la familia que vive aquí?

-¿A quién buscas? –volvió a insistir la mujer.

-A una joven... -cerró los ojos, sin poder evitar sonreír antes de rectificar-. A una mujer. Se llama Latifa.

Escuchó una conversación en susurros. La mujer de la ventana discutía vehementemente con un hombre, pero sin levantar en ningún instante la voz, discretos.

-¡La hija de Hamid! –añadió entonces Ismael Guillén.

-¡Ah! Sí, sí... Pero ella está fuera...

Una descarga de adrenalina le recorrió el cuerpo hasta notar la tensión en los globos oculares. Era una mezcla de entusiasmo y de temor, y abrió los labios en un movimiento errante.

-¿Sabe dónde podría encontrarla?

-Estará cerca del consulado español. Siempre está por esa zona.

Ismael creyó entenderla mal, y frunciendo el ceño, espetó de nuevo a la mujer.

-¿Qué hace allí?

-Latifa vive de la limosna... Es un buen sitio.

Ismael sintió un frío cortante rajándole el pecho. La mujer le seguía hablando pero ya sus palabras le llegaban en un eco incomprensible.

-Estará allí, seguro... Mi marido le acompañará, espere un momento... -él se volvió para salir del callejón, ahora irrespirable-. Baja enseguida... La pobre está sola, su padre murió hace mucho tiempo, antes de nacer mi hijo... Latifa es una buena mujer, de verdad que sí... -Ismael no tenía fuerzas para escapar

del lugar, como si la oscuridad fuera un muro inexpugnable-. ¡Bienvenido! –le gritó la mujer desde la ventana.

Ismael Guillén y el hombre que lo guiaba no hablaron en todo el trayecto. Aunque conocía perfectamente el camino, seguía a ese desconocido que se cubría con la capucha de su chilaba, y mientras avanzaban no podía imaginarla sentada en el suelo desabrigo de una avenida, al relente, tiritando, sola. Apretó el paso, y adelantó al hombre. De pronto, ardía en deseos por arroparla, por llevársela lejos y compensarla quizá por no haberla buscado antes. La besaría en los ojos y bebería de sus lágrimas perdidas, le acariciaría las mejillas para sanarle las heridas abiertas en el alma. Pero todo eso no bastaba para ocultar su falta de valor, su miedo profundo a verla cara a cara sabiendo lo que ahora sabía.

Llegaron a la Gran Mezquita, sorteando a la masa que se removía por las aceras, agobiado por el ruidoso tráfico. Pasaron junto al Instituto y, cuando la enrejada puerta de la legación estuvo a menos de diez metros, Ismael Guillén vio que su acompañante se acercaba a una mendiga, agachándose para observar de cerca su rostro. Se giró, y la señaló con un dedo.

Ismael sintió vergüenza, pero dio un paso adelante, y fue como caer al abismo. Esa mujer se cubría con un jaique que una vez fue blanco, del que solo asomaban sus ojos. Mantenía una mano inerte y fría sobre el regazo, con una triste moneda en su palma a modo de reclamo de otras monedas que, tal vez, no llegaron ese día. Ismael se agachó, temblando por el pudor y por el miedo, del que no se desprendía. Sintiendo que el remordimiento se anudaba a su cuerpo.

Siempre había llevado el dulce rostro de Latifa grabado en la memoria, y la rescataba de tarde en tarde, sentado en la terraza del Alhambra, cuando la añoranza le hacía beber sin medida. Ahora, pasados treinta años desde que se separaran, la tenía de nuevo frente a él, pero no sentía más que un desgarramiento insoportable en su interior. Continuaba chispeando. Latifa parecía mirarlo con una fijeza profunda y atenta, pero Ismael comprendió enseguida que sólo eran unos ojos perdidos en un paisaje de desamparo. Era tan distinta a aquella joven de la que se enamoró, de aquella joven que le juró esperarlo tardara lo que tardara en volver, que resultaba difícil creer que ese despojo humano fuera la misma persona. Estudió el viejo jaique que la cubría, y las babuchas que había a su lado, junto a un hatillo. Descubrió bajo la tela deshilachada unos pies desnudos, sobre los que descansaba el cuerpo, cubiertos de mugre, con sangre reseca en las uñas, y se le saltaron las lágrimas, como si vomitara de pronto.

Latifa se movió. Había echado el cuerpo adelante, un cuerpo frágil y vapuleado que parecía a punto de deshacerse. Ismael trastabilló al dar un paso atrás mientras trataba de incorporarse, y cayó, quedándose sentado también en el suelo. El hombre que lo había llevado a ese lugar trató de ayudarlo, pero Ismael Guillén se zafó de su mano. Latifa volvió a moverse, e Ismael creyó por un segundo que al fin lo había reconocido. Su acompañante trataba aún de que se incorporara porque la gente tropezaba con él y maldecían el lugar que había elegido para sentarse. La lluvia se hizo más continua. Pero a Ismael nada de eso le importaba.

Latifa había dejado la moneda en un doblez del jaique y alargó su mano. Los dedos se deslizaron como espigas secas, solo huesos cubiertos de piel. Ismael

retuvo la respiración, quieto, esperando la caricia que Latifa iba a regalarle. Alguien tropezó con su espalda y su guía le rogó por última vez que se levantara, que no podía estar ahí en medio sentado con una mendiga. El hombre lo abandonó, desesperado por su estúpida tozudez. Él tragó saliva cuando los dedos de Latifa estaban ya apenas a unos centímetros de su mejilla. Sin embargo, ella se limitó a abrir la mano, y a rogarle, con una voz irreconocible:

-Dame algo, por favor...

La lluvia mojaba su mano extendida. Entonces Ismael miró fijamente sus ojos y no encontró ni rastro de su mirada apasionada, nada de aquel color caoba. Solo quedaba en ellos un resto apagado de melancolía.

-Latifa –pronunció su nombre como si fuera una oración que pudiera alejarla de la podredumbre y rescatarla de su desdicha. Pero ella continuaba aguardando una limosna, con esa paciencia infinita de quien no tiene nada.

La mandíbula de su rostro se había afilado, y los pómulos también se marcaban de manera definida y prominente; la piel reseca, surcada de estrías dibujadas por el sufrimiento y por la privación. Tenía una pequeña herida en la ceja derecha, quizá fruto de una caída. Las pestañas quemadas. Movié la boca, como si masticara algo imaginario, y los labios se arrugaron hasta hacerse minúsculos, una línea delgada que hacía imposible imaginar aquellos otros labios que lo besaron en un pasado irrecuperable.

Ismael Guillén ya no sabía qué hacía allí, en medio de la acera, sufriendo los empujones de los que tropezaban con su cuerpo insensible, bajo esa lluvia cansada y ácida, seguro ya de que Latifa jamás iba a escapar de esa cárcel ignota en la que estaba encerrada, sin memoria y sin recuerdos. La hendidura que se le había abierto en el alma se agigantaba por momentos, machacándolo.

-Soy Ismael. Y sólo he regresado para verte –ahora ya sabía que sus palabras se perderían en el vacío-. Te prometí que volvería para llevarte conmigo, ¿recuerdas?

La última palabra se quebró en un crujido de tristeza. Trató de secarse las lágrimas con la manga empapada de la chaqueta, sin desviar su mirada de la mirada inane de Latifa, mientras su cerebro se removía en un esfuerzo por aclarar las ideas, por hacerle pensar con algo de coherencia. Ismael recordó entonces su piel nítida y ávida, el sabor providencial de sus labios, aquella sonrisa desbordante. Y, sin saber por qué, volvió a repetir su nombre:

-Latifa...

Ella sólo respondió con un leve movimiento de la mano, imperativa y exigente al reclamar esa moneda que no llegaba. Un trueno resonó en el mar. Seguía lloviendo. Aturdido aún, se puso a buscar el dinero en el bolsillo del pantalón cuando alguien se detuvo a su lado.

-¿Qué hace? -era un joven, que lo miraba con extrañeza. A su lado, el hombre que lo había llevado hasta allí.

Al fin, logró sacar unos billetes y se los dio a Latifa. Luego, le cogió la mano y se la cerró en un puño.

--¡Saha! –dijo ella sin afectación alguna.

Ismael le apretó más los dedos, para que sintiera la rugosa fibra del papel. Se estaban empapando con la lluvia, pero la gente seguía llenando la calle.

-Con eso no tendrás que pedir durante varios meses... Guárdalo bien, que nadie vea esos billetes. ¿Me escuchas? –su voz subió de tono y el joven que estaba a su lado se sorprendió de la rabia con la que le hablaba a esa pobre. Se le escapaban las lágrimas-. ¿Me escuchas? ¡Que no lo vean!

Latifa dio un tirón zafándose de la mano de Ismael, guardó los billetes entre los pliegues del jaique, sin ni siquiera mirarlos, y permaneció en su posición mendicante del principio. Mientras tanto, el otro hombre y el joven, que intentaba también cubrirle con el paraguas que portaba, lo ayudaron a levantarse del suelo. Tenía las piernas dormidas y ateridas por la humedad y el frío punzante de la acera.

-Su amigo nos ha avisado y el secretario del señor cónsul me ha ordenado que saliera para ver qué ocurría. ¿Se ha mareado? Acompáñame, le vendrá bien descansar... -Ismael miraba a Latifa, a esa anciana que extendía de nuevo su escuálida mano aguardando la caridad de los desconocidos pero en la que sólo se posaba la lluvia-. Tiene usted mala cara. Entremos... ¿Por qué le ha dado tanto dinero a esa mujer?

Pero Ismael se alejó de los dos hombres sin hacerles el menor caso. Quería que la tierra se abriera y lo engullera, quería desaparecer para siempre. Partió de Tánger a la mañana siguiente. No tenía sentido seguir allí por más tiempo. Ya en el barco, salió a cubierta para ver la ciudad por última vez, y en esta ocasión no existía la más remota posibilidad de lo contrario. Era un día excesivamente radiante, luminoso, insultante incluso. No había rastro de la lluvia de la noche anterior. El sol lamía los edificios que, desde el puerto, parecían encalados y bien cuidados. Olía a salitre y a pescado, a mar salvaje y a amapolas marinas. Había una quietud sorprendente en las gaviotas que planeaban alrededor del buque, como si volaran por el mero placer de hacerlo. Ismael Guillén se sentó en la mesa habitual, en la terraza del Alhambra, la de Casa Dioni, y pidió una caña y unos caracoles al poleo. Cerró los ojos. Quería estar solo.

Cuando dejó definitivamente Marruecos a principios de los sesenta, decidió establecerse en Algeciras porque pensaba que era una manera de no marcharse del todo de Tánger, de tener a mano la oportunidad de cruzar el estrecho cuando quisiera... Dio un sorbo a la cerveza, y trató de pensar en aquella joven que un día, mientras se abrazaban, le prometió esperarlo, tardara lo que tardara.

ÁLBUM FOTOGRÁFICO



ÁLBUM FOTOGRÁFICO DE LAS “DOS ORILLAS”
REALIZACIÓN: PEPE PONCE



Melilla



Tarifa



Tetuán



Nador



Chauen



Larache



Algeciras



Tánger



Ceuta



Alhucemas



Melilla



Chauen



Larache



Algeciras



Tarifa



Tetuán



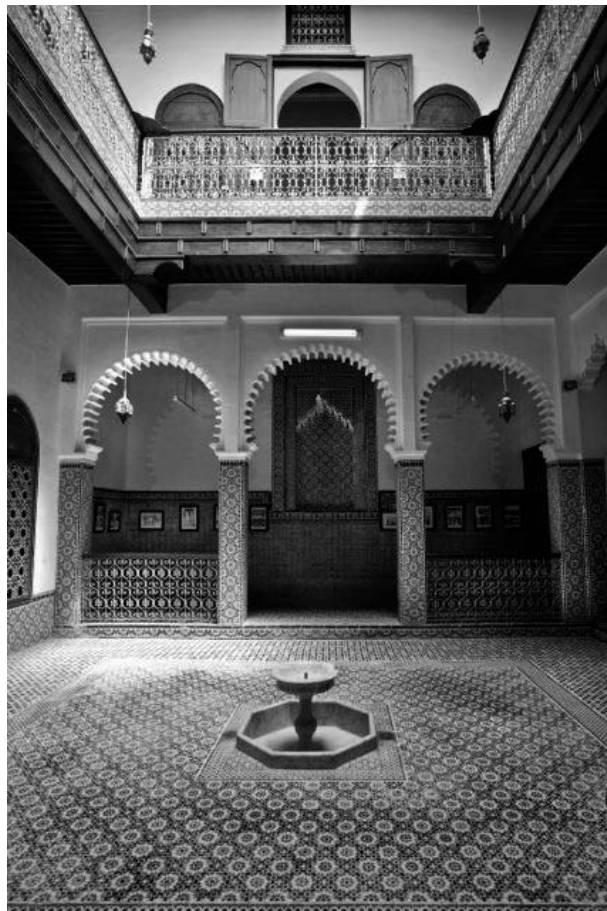
Ceuta



Tánger



Nador



Tetuán



Alhucemas



Ceuta



Tánger



Melilla



Tetuán



Alhucemas

